

1. LA CONFIGURACION ACTUAL DE LA PREHISTORIA: ASPECTOS TEORICO-METODOLOGICOS

I. INTRODUCCION: LA CRISIS DEL «CONCEPTO DE PREHISTORIA» EN LOS CONTEXTOS EUROPEO Y AMERICANO

La investigación que se pretende desarrollar parte de la convicción que existe una crisis en los estudios de Prehistoria en España, influida en parte por la que se inició a mediados de los sesenta en la investigación anglosajona y en la de su área de influencia (Kristiansen, 1981, p. 33; Shennan, 1987, p. 365).

D. Clarke (1973, p. 6), en expresión afortunada a juzgar por el frecuente uso que se viene haciendo de ella, definió esta situación como una «pérdida de la inocencia» disciplinar. Tras la delimitación inicial del campo de estudio por una práctica intuitiva e imitativa («consciencia»), la creciente complejidad teórica y tecnológica compartimenta la Prehistoria en grupos locales o regionales que reclaman para sí una «autoridad» exclusiva y excluyente («autoconsciencia»). La «autoconsciencia crítica» recupera la concepción unitaria de la disciplina al abordar el problema del conocimiento y sus límites desde una perspectiva epistemológica (*ibidem*, p. 7).

Ese proceso tiene lugar entre 1950 y 1970 por diversos factores interrelacionados vinculados con el desarrollo económico de los países occidentales industrializados. Clarke (*ibidem*, p. 8) valora entre ellos la transformación de las disciplinas afines (Nueva Matemática, Nueva Biología, Nueva Geografía, Nuevos Estudios Sociales), el incremento de fondos para la investigación arqueológica y la docencia universitaria y la generalización de los procedimientos computerizados y la cronología isotópica.

Hoy en día, la implantación de la fase de «autoconsciencia crítica» en los países donde se inició la crisis queda patente en la identificación internacional de su investigación prehistórica con la que refleja con más fidelidad esa forma de «autoconsciencia».

La prehistoria continental oficial, por el contrario, mantiene su

inocente empirismo con un énfasis especial, por ejemplo, en Alemania y Francia (Renfrew en Sanctis y Finis, 1988, pp. 84-85), quizá por las connotaciones nacionalistas de la disciplina en esos países, y en España por el prestigio científico de ambos, derivado de las relaciones históricas y políticas existentes entre las tres naciones, frente al generalizado desconocimiento de la investigación humanística anglosajona.

La atención desigual que se presta a los aspectos teórico-metodológicos en los estudios prehistóricos anglosajones y en los de los demás países europeos está vinculada con sus respectivas tradiciones científicas. Como advierte Laming-Emperaire (1968, p. 5), bajo la «simplicidad aparente» del término «Prehistoria»¹ «reina una gran confusión».

Generalmente se han venido distinguiendo dos «conceptos de Prehistoria» distintos, dependientes de la vinculación de la disciplina con la Historia o con la Antropología cultural. Esta disyuntiva se basa en la identificación de la primera con la historiografía positivista y en la consideración unitaria de la segunda, cuestiones ambas que merecen ser explicadas.

La reducción de la Historia a uno de sus posibles enfoques, el positivista, se debe al papel hegemónico que éste ha tenido en la investigación arqueológica (Lewthwaite, 1987, p. 35).

En cuanto a la Antropología cultural, si bien cuenta con múltiples y, a veces, enfrentadas escuelas de pensamiento (Harris, 1979), ello no excluye su interés común por temas contrapuestos a los que preocupan a la historiografía positivista. Al propio tiempo su misma pluralidad interpretativa lleva a una discusión en profundidad del tema de la objetividad de la observación ajeno, en cambio, a la práctica positivista.

El «concepto de Prehistoria» tradicional está representado por investigadores que, como Daniel (1973) o Almagro Basch (1973, pp. 19 y 21), consideran la Prehistoria «simplemente una parte de la Historia Universal». Según esta concepción «ni por el método, ni por el

¹ He seguido a I. Rouse (1973, pp. 7-8), asimilando el término «Prehistoria» con el de «Arqueología», cuando manejaba publicaciones norteamericanas. Según el autor, el uso de uno u otro término se explica por las diferentes circunstancias históricas que han acompañado el desarrollo de la Prehistoria en Europa y América. «La era histórica empezó tan tarde en los Estados Unidos —no empezó hasta la llegada de los europeos durante el siglo XVII— que los arqueólogos locales se preocupan principalmente de los restos prehistóricos y tienden a equiparar la arqueología con la Prehistoria».

objeto, ni por los fines alcanzados es lógica ya, ni conceptualmente válida, la división de Prehistoria e Historia». Su objeto de estudio es «la serie de *datos* sobre el hombre y su actividad remota en la tierra, desde sus orígenes» a la aparición de la escritura (*ibidem*) (el subrayado es mío)².

Otro grupo de prehistoriadores entienden, por el contrario, que la Prehistoria «junto con la etnología o antropología social, antropología física y lingüística comparativa» es parte integral de la Antropología Cultural (Trigger, 1978, p. 3). La disciplina pasa a definirse entonces como «la antropología global de culturas desaparecidas» (Braidwood, 1959, p. 79, citado por Ehrich, 1972, p. 24).

Este dualismo³ se configura por diversos factores interconectados.

La influencia de la práctica habitual de la investigación histórica positivista (véase *supra*) se concreta en que, aunque Prehistoria e Historia —en su acepción amplia— comparten «los esfuerzos [...] para establecer secuencias locales» y «todas las actividades del hombre a través del tiempo» (Ehrich, 1972, pp. 24-25), en realidad, los historiadores:

se limitan generalmente a una orientación historiográfica de su objeto de estudio, trabajando solamente con documentos escritos, y concretándose sobre pueblos conocidos, individuos y acontecimientos.

Las formas de vida, no llegan a considerarse como objeto de estudio por el [...] historiador [...]. Así pues, el campo académico de la historia trata solamente con una parte del material incluido dentro de su propia autodefinición [*ibidem*].

Este factor afecta a parte de la investigación inglesa⁴ y a la del resto de Europa⁵.

² Klejn (1977, p. 2), desde una perspectiva marxista, reivindicará para los estudios del pasado «la identificación de las *relaciones causales* entre sucesos» (el subrayado es mío). Al trasladar el énfasis de unos a otras pone de manifiesto las posibilidades de conocimiento de una cierta manera de entender la Historia frente a las limitaciones de otra.

³ El tema de la construcción científica de la Prehistoria como Historia o como Antropología cultural se aborda con mayor detenimiento en el epígrafe II.5 del cap. 1.

⁴ Ya durante la primera mitad del siglo la «arqueología cultural» de Childe y Clark desde modelos teóricos marxista y funcionalista, respectivamente, servía de contrapunto a la de orientación positivista (Klejn, 1977, p. 3).

⁵ No tengo conciencia de otra excepción que la muy notable de A. Leroi-Gourhan.

Siguiendo a Ehrich (*ibidem*) son los intentos de la Prehistoria de «reconstruir, hasta donde es posible, el modo de vida total de un pueblo concreto en un tiempo determinado», lo que sitúa esta disciplina en el campo antropológico, en vez de histórico.

En cambio Trigger (1978, pp. 3 y 93; también en Rivera Dorado, 1981, pp. 107-108) hace depender los dos «conceptos de Prehistoria» de otros elementos que intervienen en la investigación norteamericana, por un lado, y europea en su conjunto, por otro. Derivan de la diferente amplitud temporal del registro arqueológico —y consiguientemente de su riqueza y complejidad— en cada continente, así como de la conciencia europea de un *continuum* histórico definido por la idea de «progreso». Dicha conciencia está ausente de la arqueología americana, emprendida, hasta contados y muy recientes casos, por personas de raza blanca (Trigger, 1984, p. 366) que interpretaban la falta de evidencia de cambios tecnológicos importantes en el registro «como demostración de que los indios [...] carecían de una historia significativa» (Trigger, 1978, p. 94). Así mientras «la mayoría de los arqueólogos europeos [...] han concebido su disciplina como una extensión de la historia europea a las épocas prehistóricas», los norteamericanos han integrado tradicionalmente la Arqueología⁶, junto con otras disciplinas humanas, en la Antropología, como «aspectos diferentes de un estudio holístico del indio americano» (*ibidem*, p. 3).

La tradición científica de la prehistoria norteamericana hará que el fenómeno de la «pérdida de la inocencia» se produzca allí antes que en el resto del mundo occidental. En consecuencia, bien de modo directo, bien a través de su influencia en los autores ingleses (Trigger, 1984, p. 367), modificará significativamente la orientación historiográfica positivista europea.

Trigger (1978, pp. 4-5) señala cómo en la década de los treinta: «los arqueólogos americanos se han interesado principalmente por la definición de culturas arqueológicas en términos de su contenido formal, delimitándolas geográfica y cronológicamente, y explicando sus interrelaciones mediante conceptos tales como migración y difusión».

Este «enfoque historicista» —equivalente en todo al europeo— pretende exclusivamente «construir secuencias irreversibles y no recurrentes en las cuales lo singular es significativo» (Rivera Dorado, 1981, p. 97, nota 3).

⁶ Véase nota 1.

Sin embargo, ya entre 1940 y 1958 los trabajos publicados por C. Kluckhohn, W. Taylor, G. R. Willey y P. Phillips planteaban como alternativa al estancamiento producido por esa orientación una modificación en el objetivo de la investigación: «explicar cómo y por qué cambia la cultura, descubriendo las leyes que gobiernan las acciones humanas» (Trigger, 1978, p. 5).

La orientación nomotética tendrá su máximo exponente en la denominada «Nueva Arqueología» que, según expresiva declaración de uno de sus principales promotores (Binford, 1972*b*, pp. 12-13), está constituida como «Mafia» hacia 1966 y cuyos miembros se incorporaron a comienzos de los años setenta a la docencia universitaria por todos los Estados Unidos.

Las publicaciones de los integrantes de esta tendencia disciplinar: «aunque a menudo difieren radicalmente en aspectos particulares, pretenden: *a*) investigar la estructura teórica de la arqueología prehistórica, *b*) formular un canon más riguroso para la interpretación de los datos arqueológicos y *c*) probar nuevos métodos de análisis» (Trigger, 1978, p. 19).

El aspecto que me interesa destacar aquí⁷ de la «Nueva Arqueología» (N.A.) es su caracterización del científico por «hacer explícitas sus presunciones y estar preparado para defender sus argumentos dentro de un marco lógico expreso» (Binford, 1972*b*, p. 7).

Como Fritz y Plog (1970) y Watson, Leblanc y Redman (1974) abogaron por una cientifización de la arqueología más rigurosa y directamente que Binford, constituyeron una rama especial de la N.A. (Klejn, 1977, p. 17) que Flannery (1973) definió como de «ley y orden».

La objeción fundamental es que intentaron lograr ese objetivo mediante una versión del método hipotético-deductivo de Hempel⁸ que: «pone a la Arqueología en una situación paradójica al prescribir como obligatoria una forma de explicación tan poco apropiada que [...] pocas de las buenas explicaciones ya aceptadas en el campo podría considerarse que se ajustan a ella» (Renfrew, 1982, p. 8).

De hecho, «la investigación práctica de la “Nueva Arqueología” no siempre siguió estrictamente sus rígidas prescripciones teóricas» (Klejn, 1977, p. 23; Renfrew, 1982, p. 10).

⁷ Véase nota 3.

⁸ Se recoge la crítica detallada de J. M. Vicent al «enfoque parcialmente hempeliano» en el apartado II.4 del cap. 1 («Cientifismo» o «Neopositivismo»).

La identificación de la propuesta de la N.A. de una teorización explícita (Binford, 1972*b*, p. 7) —por otra parte, reconocida generalmente como necesaria (Renfrew, 1982, p. 7)— con la alternativa concreta de los «hempelianos» fue negativa. Los críticos se sirvieron a menudo de las graves limitaciones de esta última, observadas por los propios «nuevos arqueólogos» (Flannery, 1973; Binford, 1988, p. 18), para descalificar globalmente el programa de la N.A. Tal descalificación se definía como una nueva «pérdida de la inocencia» frente a las excesivas expectativas de conocimiento de la N.A. (Kohl, 1985).

Otra distorsión del mismo, atribuida por Klejn (1977, p. 12) al «estrato más autoritario de la arqueología tradicional», consistió en reducir el programa de la N.A. «a la introducción de los métodos de la ciencia natural en Arqueología y a tomar prestado de ella una jerga que sonara científica».

Hoy día puede considerarse desacreditada la línea «ley y orden». Ya hace tiempo que se ha advertido que los resultados de su aplicación no han dado lugar hasta la fecha más que a leyes triviales («leyes de Micky Mouse» Flannery, 1973, p. 51) o tautológicas (Renfrew, 1982, p. 8). La insistencia en su crítica parece que no puede servir —excluyendo los propósitos historiográficos— más que para mantener el empirismo disciplinar, dada la asimilación habitual entre la parte y el todo a la que me he referido.

Otro tanto cabe decir de la tendencia a definir como «nuevo arqueólogo» —en sentido binfordiano— a todo aquél que introduce nuevos procedimientos de estudio. La confusión entre «metodología» y «procedimiento» (Vicent, 1982, p. 9) además de atribuir a la N.A. líneas de investigación preexistentes (Trigger, 1978, pp. 4-13) o de distinto origen (Klejn, 1977, p. 18), favorece una puesta al día superficial de la Prehistoria que deja inalterada su fundamentación teórico-metodológica⁹.

En este momento, las señas de identidad de la N.A. están muy difuminadas. Las distintas tradiciones que explicaron el eco de sus propuestas (Trigger, 1978, pp. 4-13), en un contexto histórico deter-

⁹ No niego que «el desarrollo de los métodos científicos produce nuevos tipos de datos y da forma a un nuevo tipo de arqueología» (Renfrew en Sanctis y Finis, 1981, p. 81). Entiendo, sin embargo, que un debate centrado en dicha fundamentación permite beneficiarse de las posibilidades ofrecidas por la innovación tecnológica con la ventaja añadida de que el cambio disciplinar, al estar conscientemente dirigido, se acelera, ampliándose y profundizándose.

minado (Trigger, 1984, pp. 366-367), han recuperado su propio protagonismo. En el ámbito teórico-metodológico queda el éxito de «su alegato destinado a forzar a los arqueólogos a levantar las cabezas de sus catas y a interpretar sus descubrimientos desde una perspectiva más amplia» (Kohl, 1985, p. 106).

Una vez que el fenómeno de «pérdida de inocencia» ha traspasado los límites de esta tendencia disciplinar, el debate en torno al estudio del pasado tiene en cuenta dos caminos diferentes: «uno hacia lo general y, por tanto, hacia lo comparativo; el otro hacia el análisis específico del contexto y, por tanto, en último término, hacia lo único» (Renfrew, 1982, p. 21).

Planteando la cuestión de un modo esquemático ¹⁰ se podría decir que la disyuntiva expresa la posición de los prehistoriadores en torno al concepto de «ley». La primera vía correspondería a quienes hacen depender la científicidad de la investigación del recurso a leyes sean nomotético-deductivas, probabilísticas o históricas (Klejn, 1977, p. 25), como quieren los herederos de la N.A., y los marxistas. Es por la que personalmente me inclino. La segunda vía estaría representada por quienes defienden la ausencia de determinación y regularidad en la conducta humana y, en consecuencia, ponen en cuestión la posibilidad de la comprensión del pasado como un proceso racional e inteligible (Kohl, 1985, p. 115).

Detrás de todo esto se encuentra la dicotomía esencial entre materialismo e idealismo que subyace en parte a los dos «conceptos de Prehistoria» cuya presentación era objeto de este apartado.

Como se ve, la discusión en torno a la construcción científica de la Prehistoria pone en juego tanto cuestiones epistemológicas como antropológico-culturales que son de difícil individualización. Sin embargo, me parece que un intento en ese sentido, de tener éxito, puede ayudar a la clarificación del debate. Para procurar conseguirlo, me he ocupado de ellas de una manera diferenciada, en la medida de lo posible, reservando el siguiente epígrafe a las primeras y el II.5 a las segundas. En ambos casos se presentan los aspectos, a mi juicio, más importantes de las diversas vertientes del tema. Su caracterización no se desarrolla en extenso. De abordarse de otro modo, esta parte introductoria del libro se alargaría en exceso. Sin embargo, confío en que su tratamiento sí resulte suficiente para lograr su adecuada contextualización.

¹⁰ Véase nota 3.

II. EL PROBLEMA DE LA CONSTRUCCION CIENTIFICA DE LA HISTORIA

II.1. Una definición del conocimiento científico

El punto de partida de la investigación epistemológica en cualquier disciplina —la Prehistoria en nuestro caso— es la definición del conocimiento científico. Dicha investigación ha estado alejada, como indiqué, de las preocupaciones de la mayor parte de los autores, especialmente en España. Ese contexto realza el interés intrínseco de la aportación de J. M. Vicent García al tema, aportación que será el núcleo de la exposición que sigue ¹¹.

Según J. M. Vicent (1985, p. 62), la ciencia tiende a considerarse:

una forma discursiva de conocimiento, es decir, un tipo de lenguaje. Lo que diferencia a este lenguaje de los demás [...] es no sólo su referencia inmediata a la realidad [...], sino la posibilidad de adoptar decisiones terminantes sobre la verdad o falsedad de cualquier expresión formulada en él. El sistema de criterios que permiten adoptar estas decisiones forma el núcleo de lo que llamamos Metodología Científica.

En este sentido hay que distinguirla del «conjunto de disposiciones normativas que dirigen la investigación factual» (los procedimientos) que, con frecuencia, se definen de forma incorrecta con ese mismo término o con el de «método» (*ibidem*, p. 59). En esta exposición «método» se emplea en la primera acepción citada.

Para determinar la científicidad de un lenguaje es necesario:

1. Hacer explícitos los «criterios de demarcación» entre «Ciencia» y «No-Ciencia» (*ibidem*, p. 62).

¹¹ Adelanto aquí ciertas características de una de las alternativas españolas a la crisis disciplinar, a la que dedico un apartado más adelante. J. M. Vicent García es el investigador que tiene mayor número de trabajos publicados individualmente sobre problemas epistemológicos. Por otra parte, considera de manera expresa los rasgos de la Prehistoria española. Su análisis ha escogido un enfoque independiente de cualquier línea de investigación, lo que ofrece una mayor garantía de imparcialidad en su evaluación crítica de las mismas. Inicia esta trayectoria recientemente (Vicent, 1982), incorporando las últimas corrientes de la Filosofía de la Ciencia ausentes de las publicaciones de los investigadores anglosajones adscritos, en general, a un positivismo lógico ya periclitado. Entiendo que al lector, para evaluar esta parte del texto, le puede resultar útil conocer que he podido discutir directamente con el autor (también del dpto. de Prehistoria, CEH, CSIC) los temas relativos a la construcción científica de la Prehistoria y que mi «versión» de su obra ha sido revisada por él.

2. Disponer de un «Objeto Formal», es decir, de un «sector perfectamente delimitado de la realidad» que es la «referencia de cada lenguaje científico» y le proporciona una «coherencia externa» (*ibidem*).

3. Contar con un «Objeto Teorético», un «objetivo cognoscitivo que constituye la finalidad última de las actividades que determina este lenguaje» y le da una «coherencia interna» (*ibidem*).

El autor (Vicent, 1982, pp. 17-28) señala cómo a cada «objeto teorético» corresponde «una instrumentación metodológica» y una «noción de certeza» que definen una disciplina posible. Así, por ejemplo, «el enfrentamiento entre la “New Archaeology” y la Prehistoria tradicional es en realidad la confrontación de una “Prehistoria-ciencia-social” y una “Prehistoria-historiográfica”» (*ibidem*, p. 17).

Cada una de las posibles concepciones de la «noción de certeza» remite a modelos de racionalidad («metateorías») que afectan «a todo el ámbito cultural», si bien «experimentan una adaptación “especial” a las condiciones específicas de cada campo disciplinar» (*ibidem*, p. 19).

Esta «racionalidad cultural» explica la transformación más o menos simultánea de las diferentes disciplinas científicas y alcanza su rango canónico gracias a un contexto histórico concreto (Chalmers, 1984, p. 56) (recuérdese el caso de la N.A. p. 1). La amplitud de su ámbito de aplicación es un argumento adicional (véase *infra*) en favor de la puesta en cuestión de la distinción tradicional entre ciencias humanas y científico-naturales.

La disyuntiva de Chalmers (*ibidem*, p. 143) entre un polo racionalista y otro relativista en el debate «en torno a [...] la valoración y la elección de la teoría y a las formas de demarcar la ciencia de la no ciencia» es útil para estructurar las distintas alternativas propuestas a propósito de la construcción científica de la Prehistoria.

El «racionalista radical asegura que hay un solo criterio, universal e intemporal por el cual deben ser juzgados los méritos relativos de las teorías rivales» (*ibidem*).

En el caso de la Prehistoria, esta opción se identifica con un empirismo que va del inductivismo ingenuo («anticientifismo», «reformismo pragmático») a la forma extrema representada por el positivismo lógico («cientifismo») ¹². El modelo de ciencia es el de las dis-

¹² Véase apartado II.4 del cap. 1.

ciplinas científico-naturales, manteniéndose una posición pesimista (la primera) y optimista (las restantes) acerca de la posibilidad de cientificación de la Prehistoria a tenor del mismo. Dentro del racionalismo, el marxismo representa una versión más distanciada de dicho modelo, con expectativas positivas de conocimiento. Se reivindica una teoría «que establezca los niveles dialécticos entre las esferas conceptual y fáctica» (Lull, 1988, p. 69), otorgando a la «inducción [...] su justo lugar junto con la deducción como ejercicio necesario y legítimo» (Kohl, 1985, p. 108). Sin embargo «no está totalmente claro qué constituye, precisamente, la *forma* deseada de explicación» (Renfrew, 1982, p. 11).

Según Chalmers (1984, pp. 144-145), el relativista, por el contrario,

niega que haya un criterio de racionalidad universal y ahistórico por el cual una teoría pueda ser juzgada mejor que otra [...]. Las descripciones del progreso y las especificaciones de los criterios para juzgar los méritos de las teorías serán siempre relativas al individuo o la comunidad que las suscriba [...]. La comprensión de la elección hecha [...] conllevará una investigación psicológica o sociológica.

La «arqueología contextual», «simbólica y estructural», «radical», «postprocesual» (Hodder, 1982, 1986 y 1987a, por ejemplo) es la abanderada de esta alternativa en nuestra disciplina.

Es importante recalcar que «todo científico, y por lo tanto, todo prehistoriador, trabaja dentro de un sistema metateórico y conforme a un método» (Vicent, 1982, p. 18). Ahora bien, como los investigadores se ponen al corriente de ellos de forma tácita, a través de su formación científica (Chalmers, 1984, pp. 132-133), pocos son conscientes «de la concepción del conocimiento científico que da coherencia a su labor y a sus resultados» (Vicent, 1982, p. 18). En el caso de la prehistoria continental europea y, sobre todo, de la española donde apenas se reconocen las determinaciones teóricas, el carácter implícito de dicha concepción favorece el dogmatismo al «crearse la ilusión de una metodología unitaria, propia de la tradición disciplinar, cuya existencia es consustancial a la propia disciplina» (*idem*, 1984, p. 80).

Esta circunstancia otorga una importancia crucial a la tarea del crítico que deberá tratar de hacer explícitas «las "Filosofías de la Ciencia" que vertebran los distintos programas de investigación presentes

en la Prehistoria». Su trascendencia reside en el hecho de que el problema de la disciplina es «de discontinuidad metateórica», es decir, de confrontación entre distintas «filosofías de la Prehistoria», que fundamentan y dan vida a distintos «conceptos de Prehistoria» (*idem*, 1982, p. 18).

Las bases de este método crítico son dos conceptos y su correspondiente instrumentación técnica: «reconstrucción racional del proceso científico» y «distinción lenguaje-metalenguaje».

El concepto «reconstrucción racional» [Lakatos, 1974, pp. 11 ss.] se basa en la distinción entre historia interna y externa de la Ciencia [*ibidem*, pp. 34 ss.]¹³.

Una «reconstrucción racional» pretende conectar entre sí los elementos de la historia interna en un modelo explicativo que muestre la genealogía de los conceptos y el conjunto de determinaciones racionales que hacen que «el estado actual de nuestros conocimientos» revista la forma actual y no cualquier otra.

La distinción lenguaje-metalenguaje parte del carácter discursivo del conocimiento científico: «Un metalenguaje es un lenguaje en el que podemos hablar acerca de otro lenguaje» (lenguaje objeto) (Popper, 1974, p. 284). Así, por ejemplo, la gramática es el metalenguaje del lenguaje ordinario, o la Epistemología es el metalenguaje de la Ciencia» (Martínez Navarrete y Vicent, 1983, p. 344).

El empleo de estos instrumentos de análisis ha permitido a J. M. Vicent definir varios ciclos históricos disciplinares. Antes de pasar a su exposición me parece de interés insistir en un aspecto generalmente confuso: la distinción epistemológica entre «Prehistoria» y «Arqueología» (Vicent, 1985). Esta distinción no es prioritaria desde el punto de vista conceptual, pero facilita la caracterización de los ciclos históricos de la Prehistoria.

II.2. Distinción epistemológica entre «Prehistoria» y «Arqueología»

Prehistoria y Arqueología comparten un mismo «Objeto Formal»: «los restos materiales de los grupos humanos del pasado» (Vicent,

¹³ «La historia externa contempla el desarrollo de una disciplina en su contexto histórico, sociológico, filosófico, etc. La historia interna la evolución de sus conceptos y métodos y sus conexiones racionales, prescindiendo de cualquier otra consideración» (Martínez Navarrete y Vicent, 1983, nota 2).

1985, p. 64). En cambio, cada una de estas disciplinas tiene un «Objeto Teorético» distinto, como se deduce del diferente significado que tiene un término de tan fuerte contenido teórico como el de «cultura», en cada una de ellas.

[En Prehistoria se emplea] Cultura en sentido antropológico para referirse a la totalidad de los comportamientos de un grupo tanto en los aspectos materiales como sociales, religiosos, económicos, etc. Evidentemente este uso se inscribe de forma necesaria en el seno de grandes teorías explicativas orientadas hacia la generalización [*ibidem*, p. 65].

[Por el contrario, el término se usa en Arqueología] en sentido taxonómico como sinónimo de asociación tipológica persistente, es decir, con un sentido puramente clasificatorio y referido exclusivamente al repertorio material [*ibidem*].

El uso antropológico [configura una] disciplina sintética en la medida en la que supone la atribución al Objeto Formal de una serie de predicados extrínsecos a él referidos a categorías teóricas [*ibidem*].

Evidentemente para lograr una «imagen globalizadora» del grupo humano creador de la «cultura material» que se estudia, es necesario recurrir a conceptos («religión», «sociedad», etc.), funciones y relaciones «que trascienden con mucho a las características intrínsecas de los objetos» (*ibidem*).

Por su parte, el «uso taxonómico del término Cultura» define una disciplina analítica en la medida en que apela únicamente a las características intrínsecas de los objetos que contiene el registro empírico. [Sin embargo,] la mera descripción de estas características [no constituye] la finalidad última de esta disciplina, puesto que se les atribuye un orden y una jerarquía que permite la abstracción de categorías formales, [denominadas] «tipos» (*ibidem*). [Así pues, el concepto] tipo [forma el núcleo real del Objeto Teorético de la disciplina siendo el] concepto taxonómico Cultura [reductible a una mera asociación de] tipos [*ibidem*, p. 66].

[De acuerdo con este análisis, J. M. Vicent (*ibidem*) define la Prehistoria como] Ciencia Teórica de la Cultura entendiendo «Cultura» en su sentido antropológico. [La Arqueología queda caracterizada como] sistemática de la cultura material, [siendo su finalidad última] la transformación de los datos en bruto ofrecidos por la realidad en lo que se llama «registro arqueológico», en el que estos datos se ordenan y relacionan ¹⁴.

¹⁴ I. Rouse (1973, p. 7) propone unas definiciones bastante similares, si bien no insiste tanto en los aspectos epistemológicos: «arqueología significa [...] el estudio sistemático [...] de los restos de pueblos del pasado [...]. La prehistoria, en cambio, es

Estò equivale a decir que el objeto teórico de la Arqueología es el objeto formal de la Prehistoria, lo cual revela el entramado lógico que estructura las relaciones entre ambas disciplinas [*ibidem*, nota 16, pp. 71-72].

«A estas dos finalidades epistemológicamente diferenciadas corresponden metodologías diferentes y, lo que es más importante, distintas actitudes epistémicas por parte del investigador» (*ibidem*, p. 66). El hecho de que normalmente arqueólogo y prehistoriador sean una misma persona ha dificultado esta diferenciación. La consecuencia es la siguiente: «se pasa del proceso analítico al sintético sin abandonar la actitud epistemológica del primero, ni las categorías teóricas que lo definen. Esta es la razón por la que frecuentemente las «culturas de la Prehistoria» no pasan de ser asociaciones tipológicas» (*ibidem*).

Para evitar este problema, que ha supuesto la subsunción de la Prehistoria continental europea y, especialmente, de la española en la Arqueología, resulta fundamental:

la explicitación y redefinición de cada uno de los campos disciplinares que nos interesan y de sus relaciones mutuas, así como la reconstrucción de la Prehistoria teórica según los Modelos más recientes en el campo de las Ciencias Humanas [...]. Por otra parte el único camino para definir unas relaciones estables y no conflictivas entre Prehistoria y Arqueología sería la discusión profunda de la posición de la «cultura material», objeto de la Arqueología en la totalidad del complejo cultural en sentido antropológico, objeto de la Prehistoria [*ibidem*, p. 67]¹⁵.

Esta tarea excede con mucho las posibilidades de una investigación individual. Requiere el concurso de todos los profesionales interesados en encontrar un marco teórico explícito para el desarrollo

una disciplina totalista a la que le corresponde la totalidad de los rasgos humanos [...]. La arqueología [...] subdivide [los] restos en categorías y estudia sus relaciones entre sí. Por ello su enfoque es analítico. La prehistoria combina los resultados del análisis arqueológico con los resultados obtenidos en otras disciplinas analíticas [...] su enfoque es más sintético que analítico».

¹⁵ C. Martín de Guzmán (1984, p. 36) desarrolla en distintas ocasiones en su ponencia las relaciones entre la «cultura material» y la «cultura» global. Desde la «perspectiva estructural y antropológica» en que se sitúa este autor, la distinción entre lo «material» o «institucional» del «artefacto» «no puede eludir los planteamientos socioeconómicos y la visión totalizadora de que los restos, las ruinas, los incompletos vestigios estudiados, son al mismo tiempo los productos y los fundamentos de un sistema cultural y, en última instancia, de un sistema social extinguido».

de su trabajo. Un paso inicial para alcanzar ese objetivo es identificar las determinaciones teóricas que subyacen en la configuración actual de la Prehistoria, tal como ha llegado hasta nosotros. La primera de ellas reside en las circunstancias históricas que rodean su aparición como ciencia independiente. J. M. Vicent (1982, p. 20) considera el nacimiento de la Prehistoria un

resultado de la extensión de la mentalidad científico-positiva del siglo XIX a los objetos históricos [...] nace pues con forma de ciencia natural, conquistando el pasado antehistórico del hombre para la imagen científica del universo que se construye, [durante ese siglo] sobre los supuestos epistemológicos de la Física. En este hecho quedan potencialmente implícitas sus grandes líneas de desarrollo, la forma presente de su corpus doctrinal y gran parte de los problemas que hoy plantea.

En opinión de este autor (*ibidem*, p. 19), «las limitaciones de la disciplina» —en último término el verdadero origen de la crisis— «estarían precisamente en su génesis histórica a partir de modelos de racionalidad inadecuados a la naturaleza de su objeto. En definitiva, el problema de la Prehistoria sería, contra lo que se cree habitualmente, su constitución epistemológica, como Ciencia Natural».

Sobre estas bases (*ibidem*, p. 20), «la Prehistoria evoluciona de forma relativamente independiente, aunque siempre sometida a los avatares de las disciplinas conexas, tanto temáticamente como la antropología, como epistemológicamente, como las ciencias naturales. Esta evolución se manifiesta en tres planos paralelos o interactuantes: el metateórico-metodológico (*i.e.* la «forma» de la disciplina), el conceptual (su contenido teórico) y el de los resultados, es decir el caudal de información que ha ido acumulando».

La interrelación existente entre los planos hace que sea imposible comprenderlos por separado, de ahí el interés de que la «historia de la investigación» no se restrinja, como es habitual, al último de ellos. En este sentido es tan importante la descripción detallada de los esfuerzos individuales que condujeron a la puesta a punto del método tipológico, del esquema de las «Tres Edades» o la incidencia de los avances de la Geología o de ciertos descubrimientos (Daniel, 1973, pp. 27-43), como el análisis del ambiente científico que los hizo posibles.

II.3. «Ciclos metodológicos» en Prehistoria

La evolución de la Prehistoria se expresa en los cambios radicales que ha experimentado su orientación metodológica a lo largo de su desarrollo histórico. J. M. Vicent (1984, p. 80) denomina «Ciclos metodológicos» a los elementos de este proceso.

Según el autor (*idem*, 1982, p. 21) dichos ciclos «están caracterizados por la vigencia de un determinado esquema de racionalidad, así como por la puesta en práctica de una determinada estrategia de investigación y, por lo tanto, por la obtención de un determinado tipo de resultados».

Es importante resaltar que «estos ciclos no se sustituyen unos a otros, sino que conviven, agregándose, a medida que aparecen, a la tradición disciplinar», de forma que hoy día coexisten todos ellos. Esta coexistencia no se refleja sólo en el desarrollo de orientaciones teórico-metodológicas distintas entre los investigadores, sino incluso en el trabajo de un mismo profesional. La explicación de esta inconsistencia teórica se encuentra en el hecho ya mencionado (*ibidem*, p. 18) de que la mayor parte de los prehistoriadores no son conscientes de la concepción del conocimiento científico que subyace a su trabajo. Así mantienen a menudo posiciones contradictorias, haciendo difícil su adscripción a una u otra metodología. De ahí la importancia de adoptar un enfoque lo más amplio posible, articulado en el concepto de «reconstrucción racional» (*cf.* p. 11).

J. M. Vicent (1984, pp. 80-81) utiliza como referente para la caracterización de los ciclos históricos de la Prehistoria el esquema de Harris (1979, pp. 1-6) de los ciclos históricos de la Antropología, debido a la estrecha vinculación existente entre ambas disciplinas. Este último autor distingue tres ciclos sucesivos:

Un primer período nomotético en el cual el interés fundamental de los investigadores se centra en la formulación de teorías generales de la Cultura.

Un período ideográfico en el cual —a partir de un énfasis teórico en los caracteres irracionales de los fenómenos culturales— el interés de los antropólogos se desplaza hacia el trabajo de campo, según una orientación boasiana. De este modo la Antropología es sustituida en la práctica por una Etnología descriptiva. Harris subraya con respecto a este período que el desinterés por la teorización (incluso la negación de la posibilidad de teorización) no puede evitar la dependencia implícita de modelos teóricos.

Un segundo período nomotético en el que el fracaso de las expectativas boasianas produce una reacción pendular que se traduce en un renovado in-

terés por la teorización especialmente centrada en la formulación de «Leyes generales» [Vicent, 1984, pp. 80-81].

Harris señala que los ciclos no se sustituyen unos a otros, sino que se superponen de forma que en el último perviven implícitamente los modelos teóricos formulados en los dos primeros.

Según J. M. Vicent (*ibidem*, p. 81), en la Prehistoria estas divisiones se reconocen de forma más confusa: «El primer período corresponde a la incorporación de los dos grandes modelos teóricos tradicionales (Difusionismo y Evolucionismo). Paralelamente comienza a desarrollarse la orientación positivista (correspondiente al interludio ideográfico de Harris).»

La culminación del ciclo metodológico ideográfico consistirá en la sustitución «de la Prehistoria, como ciencia teórica, por una Arqueología Prehistórica, que obtiene su consagración mediante las modificaciones producidas por la Revolución Tecnológica» (*ibidem*).

En cuanto al «último período de Harris [...] se puede identificar con la irrupción de orientaciones científicas», como las representadas por la Nueva Arqueología (*ibidem*). Esta última ha tenido, como se sabe, un papel hegemónico durante las dos pasadas décadas en la investigación anglosajona y en la de su ámbito de influencia, pero apenas se ha dejado sentir en el continente europeo. Desde la década de los setenta su versión más radical (grupo «ley y orden») ha sido puesta en cuestión por parte de las otras orientaciones científicas.

Carecemos todavía de perspectiva temporal suficiente¹⁶ para determinar si el relativismo de la «arqueología contextual» (Hodder, 1982) con su descalificación global de las orientaciones científicas merece el rango de «ciclo metodológico».

Vicent (1982, p. 23) denomina «ciclo tradicional» al positivismo clásico de los dos primeros ciclos históricos. Me detendré en su exposición por su decisiva influencia en la configuración actual de la Prehistoria española.

Como ya se indicó, «la Prehistoria es posible como disciplina desde el momento en que su objeto es susceptible de conocimiento a través de los supuestos epistemológicos del positivismo científico del siglo XIX» (*ibidem*, p. 22). Uno de los más característicos es la creencia en que «sólo son admisibles (*i.e.* «científicas») las proposiciones

¹⁶ Este problema es especialmente determinante en el caso del trabajo de Vicent (1984), redactado en 1981.

empíricamente verificables, siendo requisito *sine qua non* de esta condición su referencia directa a fenómenos observables». Si tenemos en cuenta que el «objeto de la Prehistoria es observable sólo en su manifestación arqueológica», resulta natural que la disciplina se vea pronto reducida a una sistemática de la cultura material, es decir Arqueología (*ibidem*). Esa es la razón según el autor (*ibidem*, pp. 22-23),

por la cual el primer período de Harris se manifiesta muy débilmente en Prehistoria y tomando exclusivamente [...] formulaciones teórico-nomotéticas de [...] la Biología, caso del Evolucionismo, o la propia Antropología, caso del Difusionismo [...] los dos sistemas teóricos históricamente dominantes. Pronto se manifiesta la total imposibilidad de trabajar con una orientación teórica, teniendo a cada caso que recurrir a la suposición para rellenar las lagunas del registro empírico [...]. En consecuencia la prehistoria teórica desaparece en favor de una Arqueología prehistórica positivista [...]. Sin embargo, no se renuncia al objetivo teórico inicial —la comprensión global de los fenómenos de la prehistoria-objeto en términos histórico-culturales— y se produce un fenómeno de extrapolación metodológica sistemática, consistente en la interpretación de las categorías taxonómicas en dichos términos.

En su opinión (*ibidem*, p. 24), la situación no pasa desapercibida a la mayoría de los prehistoriadores que, sin embargo, atribuyen sus causas al «confusionismo terminológico» o la «escasez de datos» y sólo raras veces a «las contradicciones estructurales de la disciplina».

J. M. Vicent (*ibidem*, p. 27) señala tres alternativas a la crisis:

1. «retorno a la situación anterior perpetuando la tradición disciplinar»;
2. «renuncia a los objetivos disciplinares tradicionales, conservando los nuevos procedimientos» incorporados a la Prehistoria como consecuencia de la «Revolución Tecnológica», «en espera de una adaptación gradual», y
3. «renovación total de los objetivos disciplinares y redefinición metodológica de la disciplina sobre la base de las nuevas condiciones factuales, teóricas y metateóricas».

Cada una de estas alternativas configura lo que el autor denomina una «tendencia disciplinar» (*ibidem*, p. 51): «una corriente definida dentro de la disciplina, constituida por la interrelación de [...] una metateoría, un método, una estrategia de investigación factual, un tipo

de praxis, etc., que son compartidos por un grupo de científicos lo cual dota a sus resultados de unos rasgos comunes discernibles».

Las «tendencias disciplinares» son cortes sincrónicos en la estructura de una disciplina, mientras que los «ciclos históricos», como su propio nombre indica, son de tipo diacrónico. Entre unas y otros no hay más diferencia que la perspectiva escogida para el análisis.

II.4. *Tendencias disciplinares en Prehistoria*

Las «tendencias disciplinares» de la Prehistoria actual son denominadas respectivamente «Anticientifismo», «Positivismo modificado o Reformismo pragmático» y «Neopositivismo o Cientifismo». A juicio de J. M. Vicent (1982, p. 27), «estos tres modelos de la disciplina conviven hoy día según un conflictivo esquema de relaciones, cuya consecuencia aparentemente inevitable [...] parece ser la escisión de la Prehistoria en tres disciplinas incompatibles a las que sólo dará apariencia de unidad el llevar el mismo nombre».

El «Anticientifismo» (*ibidem*, p. 28) se define por una metateoría fundamentada en el Positivismo Clásico y unas prácticas «de carácter decididamente subjetivista basadas en el tópico de la oposición entre pensamiento científico y humanístico».

«En consecuencia la Prehistoria queda redefinida como una “arqueografía” descriptiva de lenguaje cualitativo, más parecida a la Historia del Arte que a una Ciencia positiva» (*ibidem*)¹⁷.

Esta tendencia disciplinar sólo considera científicamente válido el conocimiento basado en la observación directa. «Ahora bien, al no existir ningún criterio restrictivo para la generalización, particularmente un criterio de cantidad, la especulación no está sometida a ninguna limitación.» Así, por ejemplo, basta la presencia en un yacimiento cualquiera de un solo objeto «previamente asociado a una comunidad histórica o racial», para «postular tal origen para todo su complejo cultural» (*ibidem*, pp. 28-29).

Los presupuestos anticientifistas son idóneos para la defensa de modelos historicistas de los fenómenos culturales. Un prehistoriador de esta tendencia

¹⁷ Resulta muy expresiva en este sentido la cita de sir Mortimer Wheeler, que recoge G. Daniel (1974, p. 21): «¿Qué es en realidad la arqueología? Ni yo mismo lo sé con certeza [...]. Ni siquiera sé si la arqueología debería considerarse como un arte o como una ciencia.»

no se preguntará sobre el funcionamiento o la naturaleza de un complejo cultural, sino sobre su origen geográfico, su cronología o la raza de sus portadores. El término «cultura» tiene pues, en este contexto, un sentido puramente partitivo, traducible a un lenguaje histórico, pero nunca antropológico. *De esta manera, el contexto metateórico determina no sólo un tipo determinado de resultados, sino incluso una categoría específica de problemas, que carecerían de interés en otras circunstancias* [el subrayado es mío] (*ibidem*, p. 29).

Este último aspecto es importante, porque demuestra hasta qué punto la propia observación, criterio de verdad del positivismo clásico, está condicionada por la metateoría que fundamenta todo el trabajo de investigación. Tal situación pone de manifiesto la imposibilidad de que aquélla pueda considerarse por sí misma garantía de «objetividad», como pretende esta tendencia disciplinar.

El arraigo del «Anticientificismo» en la Prehistoria europea es todavía significativo. Su influencia se manifiesta no sólo en la extendida consideración de la objetividad de la observación, sino también en la permanencia de modelos teóricos, como el difusionismo y evolucionismo, en sus versiones más clásicas, o la ecuación raza-cultura, que en otras disciplinas «resultan hace tiempo anacrónicos» (*ibidem*).

Las críticas a esta tendencia disciplinar (*ibidem*) desde las concepciones más recientes de la racionalidad científica (contrastabilidad empírica, estructura de las teorías científicas) «no permiten admitir la Prehistoria Anticientifista dentro del cuerpo de las disciplinas científicas». Pero es que tiene además elementos que «no son admisibles en ninguna actividad intelectual que sea seria y rigurosa, sea o no científica» (*ibidem*, p. 30). Este es el caso de:

1. La ausencia de cualquier «criterio restrictivo en la interpretación histórica del registro arqueológico», lo que determina que «las posibilidades de especulación subjetiva [sean] muy amplias».

2. El «uso indiscriminado del “argumento de autoridad” como instrumento de corroboración que ha alcanzado auténtico rango metodológico» (*ibidem*).

Ambos elementos quedan perfectamente ilustrados en un texto de sir Leonard Woolley, citado por G. Daniel (1974, p. 20): «según avanza su trabajo de campo, el excavador está constantemente sometido a impresiones demasiado *subjetivas* e intangibles para ser comunicadas, y de ellas surgen, por un proceso sin lógica estricta, teorías que podrá formular y quizá sostener, pero no probar: su veracidad de-

penderá en último término de la propia capacidad del arqueólogo» (el subrayado es mío).

3. La oposición entre Ciencia Natural y Humanismo, basada en la errónea consideración de la Ciencia Natural, como el único género de pensamiento científico posible (Vicent, 1982, p. 30).

Nos detendremos en este tercer elemento del «Anticientifismo» por ser el único que puede no resultar evidente por sí mismo, desde la actual configuración positivista de la Prehistoria. Según J. M. Vicent (*ibidem*), su fundamentación reside en la convicción de que «el lenguaje cuantitativo del método científico-natural no es susceptible de aplicación a la realidad cualitativa del objeto humano». Pueden hacerse dos objeciones a este respecto:

1. «El método cuantitativo no es el “criterio de demarcación” que separe la Ciencia de la no-Ciencia. Un lenguaje científico es, a grandes rasgos, aquél que permite en cualquier momento una decisión apodíctica sobre la verdad o falsedad empírica de cualquiera de sus enunciados, independientemente de su carácter cualitativo o cuantitativo. Es pensable, pues, un lenguaje científico de corte cualitativo.»

2. «La oposición cualitativo-cuantitativo no es ontológica [...], sino que pertenece al lenguaje [...]. Los objetos no son cuantitativos o cualitativos: nos referimos a ellos en unos u otros términos. De esta forma es igualmente pensable una Ciencia de la Cultura construida sobre un lenguaje cuantitativo.»

En conclusión, no es posible acudir a la oposición entre pensamiento científico y humanístico para fundamentar la actitud antiteórica del Anticientifismo (*ibidem*).

El «Positivismo Modificado» o «Reformismo Pragmático» «es más una estrategia de investigación [...] que un programa metateórico estrictamente diferenciado del tradicional» (*ibidem*, p. 31).

El programa reformista

implica una interpretación de la tradición disciplinar inversa a la del anticientifismo, sostenida sobre una valoración preeminente de las relaciones históricas de la Prehistoria con las Ciencias Naturales (*ibidem*).

[La concepción del conocimiento científico del Reformismo] coincide [...] con la del empirismo clásico: Ciencia es el conocimiento objetivo de la realidad mediante la observación imparcial minuciosa y exhaustiva. Esta noción se expresa históricamente en las Ciencias Naturales [y descansa sobre dos te-

sis fundamentales:] un concepto verificacionista simplificado del conocimiento científico y una concepción mecanicista de la realidad (*ibidem*, p. 32).

[Coherentemente con estos planteamientos el objeto de la Prehistoria se concibe como] un continuo de hechos materiales causalmente ordenados, cognoscibles por observación directa [...]. Sobre este supuesto la actividad teórica se reduce a la lectura del registro empírico, que es un correlato objetivo de la realidad. A medida que los hechos se incorporen al registro las relaciones causales que los unen se mostrarán automáticamente. La comprensión total del objeto, el conocimiento ideal, se producirá como consecuencia de la incorporación al registro de la *totalidad de los hechos*. El progreso del conocimiento se concibe, pues, como acumulación de información [*ibidem*].

En consecuencia, el «Reformismo concentra sus expectativas en la ampliación cuantitativa de la base empírica», mediante la interdisciplinariedad y la reforma de la práctica disciplinar. La primera asegura la incorporación de nuevos datos y la segunda la progresiva «cientificación» de la disciplina mediante la asimilación de nuevos procedimientos de investigación factual (*ibidem*, y p. 32).

Las objeciones que se pueden plantear a esta tendencia disciplinar son las que ya se expusieron en la crítica al «ciclo tradicional» (Positivismo Clásico). No obstante, me detendré brevemente en los aspectos particulares que reviste el enfoque positivista en el «Reformismo Pragmático». Su amplia difusión entre los profesionales españoles más activos, algunos de los cuales han accedido ya al mundo académico, dota a esta tendencia disciplinar de una gran influencia en la configuración de la Prehistoria en nuestro país. Esta circunstancia hace especialmente necesaria su evaluación.

Según el autor (*ibidem*, p. 33), «lo único en que difiere sustancialmente» el «Reformismo Pragmático» del ciclo tradicional «es en la radicalización de la reacción antiteórica: la ilusión de los hechos sin teoría». Coherentemente con este presupuesto el Reformismo se plantea la reconstrucción histórica de la Prehistoria no a través de la *interpretación* del registro arqueológico, como venía haciendo la tradición disciplinar, sino por simple *descripción*. Es decir, se entiende que la «Prehistoria-objeto se podrá conocer cuando se disponga de la totalidad de los datos que constituyen el registro arqueológico». Es obvio que, «dada la naturaleza del objeto de la Prehistoria», esto nunca será posible, «porque la mayor parte de los hechos que lo constituyen no han llegado hasta nosotros, al menos en forma de hechos descriptibles» (*ibidem*).

Se desemboca así

en una contradicción idéntica a la que caracterizaba al Positivismo Clásico: o se recurre a la introducción de proposiciones teóricas inverificables por observación directa, con lo cual se entra en contradicción con los fundamentos epistemológicos del sistema, o se reduce la Prehistoria a una Arqueología Descriptiva. Es evidente, y ésta es la diferencia con el Anticientifismo, que se prefriere esta última reducción a la contradicción interna [*ibidem*].

Así, «Prehistoria» pasa a ser sinónimo de «sistemática descriptiva de la cultura material, sin otros objetivos cognoscitivos, no sólo definidos, sino definibles» (*ibidem*, p. 34).

El «Cientifismo» o «Neopositivismo» es la tendencia disciplinar que representó la «Nueva Arqueología». Como se indicó, fue una tendencia generalizada en los Estados Unidos durante la década de los setenta y hoy desechada en lo que al programa más rígidamente positivista se refiere. Allí ocupa el lugar que tiene en la mayor parte del continente europeo el actual «Reformismo Pragmático» donde, en cambio, el «Cientifismo» puede definirse como la tendencia que nunca existió de manera oficial.

La adopción del «Cientifismo» (*ibidem*, p. 36) por gran parte de los prehistoriadores norteamericanos permitió unificar en una sola metateoría, el Neopositivismo, los diversos objetos teóricos ya existentes —«el antropológico-cultural, el sociológico, el ecológico, el sistemático [...] con las ventajas que esto supone en cuanto a la fluidez de los resultados entre las distintas perspectivas». Esto hace que el «Cientifismo» se parezca «más a una nueva disciplina, con numerosos campos especiales, que a una variedad de la Prehistoria positivista, tradicional y reformista». Como indica el autor (*ibidem*):

De hecho estamos ante dos lenguajes incompatibles: los problemas más relevantes para un prehistoriador empirista —por ejemplo, los relativos al origen etno-geográfico, cronología e interpretación histórica de un grupo cultural— son de una trivialidad irrisoria para un investigador cientifista; por otra parte, los problemas que ocupan a este último —el cambio cultural, estudios locacionales, demográficos, macro y microeconómicos, formulación de macroteorías— serán incomprensibles para el primero.

El «Cientifismo», desde el punto de vista epistemológico, cuestiona la validez de ciertos fundamentos del empirismo clásico, «particularmente la del método inductivo», pero mantiene inalterados

otros principios básicos positivistas como el «monismo metodológico» y el «reduccionismo fiscalista»¹⁸ (*ibidem*, p. 35).

Las bases epistemológicas del «Neopositivismo» se expresan en la «concepción hipotético-deductiva de la explicación científica» de K. G. Hempel. Esta concepción no es sino una adaptación de la «Concepción Heredada» y, en último término, de los desarrollos de la Lógica Matemática debidos a A. N. Whitehead y Bertrand Russell (*ibidem*, pp. 37-38), a la investigación filosófico-científica.

La introducción del hipotético-deductivismo en Prehistoria servirá como «auténtico criterio de demarcación, cuya adopción permite distinguir a la Prehistoria «precientífica» de la nueva ciencia prehistórica» (monismo metodológico) (*ibidem*, p. 39). Provoca además una transformación del concepto de la disciplina. Para los científicos su misión es «explicar y exponer los fenómenos de los que se ocupa». Como, siguiendo a Hempel, la explicación se define como la «subsunción de un fenómeno bajo una ley general [...] la misión del prehistoriador [será] la búsqueda de estas leyes generales y la construcción de modelos explicativos que permitan interpretar el registro arqueológico» (*ibidem*). Su «principal objeto [es] la formulación correlativa de predicciones sobre los fenómenos» (*idem*, 1984, p. 84).

J. M. Vicent (1982, p. 40) distingue tres grupos de críticas al «Cientifismo» dirigidas contra «la concepción hipotético-deductiva de la ciencia en el ámbito de la Filosofía General»¹⁹, contra la adaptación a la Prehistoria» de dicha concepción y «contra las consecuencias de la introducción en Prehistoria de una metodología científico-natural». Como este tercer grupo de críticas es extensible a las anteriores tendencias disciplinares, la exposición se reducirá a los dos primeros.

¹⁸ G. H. von Wright (1979, p. 21) (citado por Vicent, 1982, p. 35) define el primero como «la idea de la unidad del método científico por entre la diversidad de objetos teóricos de la investigación científica». Se concreta en «la consideración de que las ciencias naturales exactas, en particular la física matemática, establecen un canon o ideal metodológico que mide el grado de desarrollo y perfección de todas las demás ciencias, incluidas las humanidades». Por «reduccionismo fiscalista», J. M. Vicent (*ibidem*) entiende «la reducción universal del conocimiento a los términos de la Mecánica, fundamento de la Física».

¹⁹ J. M. Vicent (1982, p. 19) considera «sumamente relevante la distinción entre Filosofía General y Especial de la Ciencia, establecida por W. Stegmüller (1981, pp. 61-63). Para este autor, la Filosofía General de la Ciencia supone el establecimiento de condiciones *necesarias* para la definición de los principales conceptos metacientíficos, mientras que sólo es posible establecer condiciones *suficientes* en el seno de cada disciplina».

Las críticas iniciales (*ibidem*) se dirigen a los mismos fundamentos de la concepción hipotético-deductiva: «la distinción observacional-teórico, la concepción enunciativa de las teorías, el requisito de formalización, y en general la concepción misma de la ciencia desde una perspectiva logicista y estática». Sin embargo, lo que más interesa para la Prehistoria es la problemática planteada por la noción de «ley».

«Las opciones se pueden reducir a dos: las leyes científicas [...] o son prescriptivas *a priori* o son descriptivas *a posteriori*.» En el primer caso carecerían de contenido empírico y en el segundo presentarían el problema de la inducción (*ibidem*, p. 41).

En realidad, lo que ocurre es que «las verdaderas leyes científicas son siempre verdaderas, porque ellas mismas definen sus condiciones de aplicación [...]. Las leyes son invulnerables a la refutación dentro de la teoría de la cual son la estructura y “nada puede ir contra ellas porque definen las relaciones entre una teoría y todas sus posibles materias” (Hanson, 1977, pp. 46-47)» (*ibidem* y p. 42).

Vicent (1982, p. 43) observa: «Si se acepta la argumentación anterior, se deberá concluir que la expresión “formular y contrastar leyes generales” (Fritz y Plog, 1971, p. 57) no tendría ningún sentido.»

Las críticas dirigidas a la adaptación del hipotético-deductivismo a la Prehistoria son de dos órdenes: «la interpretación incorrecta de ciertas nociones metacientíficas fundamentales, como es el caso de “ley”» y la insuficiencia de dicha adaptación (enfoque *parcialmente hempeliano*) (Vicent, 1982, p. 43).

Los investigadores científicos confunden, por su dependencia de la teoría hempeliana muy ambigua a este respecto, el concepto de «ley fundamental» y el de «hipótesis corroborada». Si recordamos «el carácter formal de las leyes fundamentales» la supuesta búsqueda de leyes «se refiere en realidad a las hipótesis» (*ibidem*).

Estrechamente relacionados con el problema anterior se encuentran los derivados de la adaptación parcial a la Prehistoria del método hipotético-deductivo de K. G. Hempel (Vicent, 1982, p. 44). Como en la Prehistoria no existen las «leyes formales que estructuran el lenguaje teórico» en las disciplinas científico-naturales «la teorización es formalmente imposible». Esto implica «que la Prehistoria hipotético-deductiva no es tal, sino una estrategia de investigación factual sistemática, dentro de los esquemas epistemológicos tradicionales y, por lo tanto, sujeta a la misma limitación básica: la imposibilidad de acceder al conocimiento teórico» (*ibidem*).

En resumen, las objeciones a la tendencia disciplinar del «Cientifismo» son las siguientes:

1. «En lugar de construir una “Filosofía Especial de la Prehistoria”²⁰ a partir de las concepciones Neopositivistas, el “Cientifismo” se limita a una adaptación parcial e insuficiente» del método hipotético-deductivo (*ibidem*, p. 45). Este se «adopta con un carácter metodológico-normativo sin reparar en que se trata de una concepción analítica y especulativa en vez de un conjunto de disposiciones prácticas. Se prescinde así de todo el aparato lógico que en Hempel define contextualmente los conceptos de “explicación”, “Ley General”, “hipótesis” y “predicción-verificación”» (*idem*, 1984, p. 85). De este modo se desemboca «en la trivialización de la noción de explicación hipoteticodeductiva, reducida a una descripción del proceso de investigación factual en Arqueología (*idem*, 1982, p. 45).

2. «En el plano teórico se limita a la introducción de conceptos procedentes de otras disciplinas, lo que significa, en primer término, la reducción de la Prehistoria a un campo de contrastación interdisciplinar, en lugar de intentar la definición de un objeto teórico propio» (*ibidem*, pp. 45-46).

3. Sin embargo, según el autor (*idem*, 1984, p. 85), la objeción «más importante es la discontinuidad epistemológica [...] que existe entre un programa metateórico basado exclusivamente en el análisis de la Física (...), Mecánica Clásica) y una disciplina aún no suficientemente consolidada, ni tan siquiera descrita, que pertenece a un campo absolutamente distinto como la Prehistoria. Suponiendo que la adaptación del enfoque hempeliano fuera completa y correcta, quedaría por resolver el problema que plantea la transformación de la Pre-historia en una “Física de los fenómenos socio-culturales”».

La resolución de este último aspecto debe pasar por una discusión profunda respecto a «cuál debe ser el objeto teórico de la Prehistoria. Para esto, sin embargo, sería necesario describir y discutir la tradición disciplinar y el resto de los programas metodológicos que aquella contiene» (*ibidem*), en la línea de los trabajos que acaban de iniciarse, de los que pretendo hacerme eco.

Los problemas que plantea el «Cientifismo» no deben hacer olvidar los aspectos positivos que concurren en esta tradición disciplinar (*idem*, 1982, p. 46). En primer lugar, hay que destacar que es la

²⁰ Cf. nota 19.

única «cuyos defectos provienen de la insuficiente aplicación de sus presupuestos metateóricos en lugar de sus contradicciones insalvables, como ocurría en los otros dos casos». En segundo lugar, su «modelo de investigación factual es preferible en todo al modelo tradicional. La contrastación de hipótesis por deducción de implicaciones, aunque no es condición suficiente de cientificidad, como piensan los cientifistas, si lo es *necesaria*». Por otra parte, el «reformismo teórico implícito en el Cientifismo es, de momento, la única empresa de renovación de la disciplina que puede ofrecer una alternativa válida a su futuro», aunque sólo sea por su reivindicación de la teorización. En este sentido, hay que estimar como «una de las aportaciones más valiosas» de esta tendencia disciplinar «su recurso a la Teoría de la Ciencia como auxiliar imprescindible de la renovación metodológica y, sobre todo, de la propia investigación» (*ibidem*).

Una vez caracterizadas y analizadas críticamente las tres tendencias disciplinares que coexisten en la actualidad en la Prehistoria resulta útil su valoración comparativa.

J. M. Vicent (*ibidem*, p. 47) considera al «Anticientifismo» y al «Reformismo Pragmático», «vías muertas en el desarrollo de la disciplina, si se entiende como tal su construcción como Ciencia. Ambas reducen la ciencia prehistórica a una sistemática analítica de la cultura material de las sociedades prehistóricas —es decir, Arqueología— renunciando implícitamente al conocimiento teórico general de su objeto. Dentro de esta valoración [...] el “Reformismo” es preferible [...], aunque sea en concepto de “mal menor”».

Así pues el «Cientifismo», «pese a sus grandes limitaciones, constituye actualmente el único embrión de una posible Prehistoria científica».

II.5. *La Prehistoria como Historia o como Antropología cultural: trayectoria histórica*

Renfrew (1982, p. 29) considera dos grandes vías para el estudio del pasado: «una hacia lo general y, por tanto, hacia lo comparativo y otra hacia el análisis específico del contexto y, por consiguiente, en último término, hacia lo único».

Cada vía puede vincularse, por su parte, con la orientación antropológica e histórica de la Prehistoria (Trigger, 1978, p. 3), con la concepción filosófica materialista e idealista de la realidad (Kohl, 1981,

p. 89), así como con la posición epistemológica racionalista o relativista (Chalmers, 1984, p. 143), entre las alternativas propuestas con más frecuencia. La elección de unas u otras es crucial: la posibilidad de comprensión del pasado como un proceso racional e inteligible depende del peso y carácter que se conceda a la determinación y regularidad en la conducta humana (Kohl, 1985, p. 115).

La identificación de esas alternativas en la bibliografía resulta compleja, ya que las connotaciones asignadas por los críticos a los mismos autores o tendencias no siempre coinciden. Ya he comentado su vinculación con las tradiciones científicas europea y americana (apartado I de este capítulo) e, igualmente, sus implicaciones epistemológicas (apartado II de este capítulo). Sin embargo, dado que el objetivo de este apartado es tratar de averiguar en qué sentido todo ello puede justificar una disyunción terminante entre las orientaciones antropológica e histórica de la Prehistoria, me parece que la forma más adecuada de intentar lograrlo es dejando de dar por sentado que la disyuntiva existe. Con ese fin procuro completar el panorama con algunas referencias a la trayectoria histórica seguida por la discusión en torno a la naturaleza de la Historia. Me sirvo para ello de la exposición tanto de la historiografía académica, determinante en la Prehistoria europea, efectuada por el historiador marxista J. Fontana (1982), como de las líneas maestras del debate en torno a la N.A. anglosajona.

J. Fontana (1982, pp. 114-115; también en Harris, 1979, pp. 236-237) conecta el inicio de dicha historiografía con una serie de tendencias encaminadas a frenar la herencia revolucionaria de la Francia del siglo XVIII, tendencias que entran en acción entre 1814 y 1917. Entre ellas destacan la «reivindicación de la individualidad frente al análisis social» y el «fortalecimiento de la idea de nación». Esta se basa en una historia y cultura comunes, definidas a partir de la proclamación solemne de «la falacia académica de la imparcialidad» (Fontana, 1982, pp. 115-116 y 119).

En el caso de la Arqueología: «El estudio de historia cultural desarrollado por el arqueólogo alemán Kossinna a fines del siglo XIX permitió rastrear las nacientes naciones de Europa continental en el pasado, fundamentando su reivindicación de derechos nacionales. El nexo se estableció entre material arqueológico, bajo la forma de culturas arqueológicas distintas, y pueblos prehistóricos» (Shennan, 1987, p. 366).

En general, la tarea citada «fue encomendada al historicismo»

(Fontana, 1982, p. 126). Consiguientemente, la «historia académica» es mucho más que «la sustitución de una visión generalizadora de las fuerzas humanas en la historia por un proceso de observación *individualizadora*» (Reinecke, cit. en *ibidem*) o que una nueva y mejorada historiografía (por ejemplo, L. von Ranke) (*ibidem*).

A comienzos del siglo XX, diversas corrientes se proponen una revisión del historicismo encaminada a su legitimación «mediante la fundamentación filosófica de los métodos» (*ibidem*, p. 132).

«En esta línea se sitúa el neokantismo de la escuela de Marburgo, cuyo teórico más representativo es Heinrich Rickert» (*ibidem*). El y su discípulo Windelband, «para formular la diferencia entre ciencias humanas y ciencias naturales, introdujeron los conceptos de estudios ideográficos [...] y nomotéticos» (Harris, 1979, p. 234), ampliamente empleados en la polémica «arqueología tradicional» *versus* «Nueva Arqueología». Otra razón por la cual la consideración de esta escuela tiene especial interés para nosotros es su influencia en la obra de Collingwood (1986), base de la filosofía de la historia de la «arqueología contextual» de Cambridge (Hodder, 1982).

Según Fontana (1982, pp. 132-133), para Rickert las ciencias de la naturaleza enfrentan la realidad empírica

con un método «generalizador», que usa [del] concepto de ley [...] con lo que el individuo, con todo lo que tiene de único y de irreplicable, les escapa. Es esto, en contrapartida, lo que recogen en su conceptualización las «ciencias de la cultura» [en las cuales] lo general [...] reaparece [...] situando lo individual en su [...] complejo histórico o estructurándolo en el tiempo [...]. No hay «leyes» en la historia [...]. Hay causalidad, pero ésta se refiere siempre a la relación entre sucesos individuales y jamás permite una generalización. La selección de los hechos [...] se hace en función de «valores» [...] más allá del objeto y del sujeto. La historia se convierte así en una construcción mental erigida por el hombre.

Por su parte, Dilthey incluye «el descubrimiento de leyes y regularidades», junto con «la descripción de los hechos históricos» y «la formulación de criterios de valor», entre los objetivos de los estudios humanos (Harris, 1979, p. 235). La disyunción respecto a las ciencias naturales reside más bien en que su objeto «sólo puede ser “comprendido”»; los estados humanos [...] son manifestaciones de vida» y ésta «sólo puede ser aprehendida a través de [...] nuestras vivencias» (Fontana, 1982, p. 134).

La correlación entre bolchevismo y materialismo histórico en el

período entre las dos guerras mundiales lleva a intentar cerrar el paso al primero en la realidad política desterrando el otro de las mentes de los hombres (*ibidem*, p. 154) ²¹. La historia académica se propone conseguirlo por diversas vías, de las cuales nos interesan especialmente dos. La primera culmina la línea de investigación acrítica iniciada por el neokantismo y la «filosofía de la vida» (*ibidem*). La segunda provee al historiador, ya privado de «su utillaje teórico específico», «del cuerpo doctrinal de otras disciplinas sociales “adyacentes”, más fáciles de controlar y de vuelo más corto, como son la economía neoclásica, la sociología funcionalista o la antropología estructural» (*ibidem*, p. 155), «aunque también se diese una mezcla de elementos tomados de éstas con otros de la geografía, la climatología, la biología, etc.» (*ibidem*, p. 168).

Los representantes de la primera vía que tienen mayor incidencia en la Prehistoria son Croce y, sobre todo, Collingwood.

Según Croce, la «historia siempre será contemporánea puesto que la construimos en función de nuestras necesidades y de nuestros problemas actuales» (*ibidem*, p. 156). Carece de «causalidad propiamente dicha» y de «leyes». «No hay historia, sino tantas historias como puntos de vista» (*ibidem*).

Ese relativismo es compartido por Collingwood que reduce: «la causalidad histórica [...] a aclarar los móviles concretos de la acción de un hombre en un momento dado y defiende la tesis de que no existen unos datos históricos objetivos» (*ibidem*).

Collingwood (1986, pp. 209-210) en su «Idea de la Historia» sostiene que:

el historiador no necesita y no puede (so pena de dejar de ser historiador) emular al hombre de ciencia en la búsqueda de las causas o leyes de los acontecimientos [...]. Para la historia, el objeto por descubrir no es el mero acontecimiento sino el pensamiento que expresa [...]. La causa del acontecimiento significa para el historiador el pensamiento en la mente de la persona por cuya agencia se produjo [...] y esto [...] es el interior del acontecimiento mismo [...]. ¿Cómo discierne el historiador los pensamientos que trata de descubrir? Sólo hay una manera [...]: repensándolos en su propia mente.

²¹ M. Almagro Basch (1957, pp. 112-113, 150-151), por ejemplo, reivindica expresamente la lucha contra el «materialismo histórico» y el «progresismo optimista», como tarea fundamental del historiador, en una obra recomendada como consulta «sobre el valor social de la historia», en su «Introducción al estudio de la Prehistoria» (*idem*, 1973, p. 21, nota 1).

El autor (*ibidem*, p. 210) clarifica esta receta paleopsicológica en los siguientes términos: «El historiador de la filosofía, al leer a Platón, lo que trata es de saber qué pensaba Platón al expresarse con ciertas palabras. La única manera de lograrlo es pensándolo por su cuenta [...]. *Toda historia es la reactualización de pensamientos pretéritos en la propia mente del historiador*» (el subrayado es mío).

Esa posibilidad: «descansa en la común naturaleza del hombre que vincula al historiador con los hombres cuyas obras examina [...]. Para el historiador, el punto de vista humano es lo definitivo» (*ibidem*, p. 72).

Ahora bien, a su juicio (*ibidem*, p. 211), «el historiador no se limita a revivir pensamientos pasados, los revive en el contexto de su propio conocimiento y, por tanto, al revivirlos, los critica, forma sus propios juicios de valor, corrige los errores que pueda advertir en ellos».

Desde mi dedicación profesional «lo más asombroso, en el caso de Collingwood» no es tanto «que se haya llegado a tomar tan en serio lo que no es más que un potaje de elementos tomados de Dilthey, los neokantianos, Croce y compañía» (Fontana, 1982, p. 157), cuanto que se reivindicase como metodología para la Prehistoria (Hodder, 1982, 1986, 1987a). Quizá haya que pensar con Trigger (1984, p. 363) que esa influencia, desproporcionada en relación con sus méritos, pueda deberse a las connotaciones imperialistas de la investigación inglesa.

En la actualidad, desafortunadamente, estas versiones relativistas de la Historia han sido incorporadas a la Prehistoria aunque, hasta la fecha, carecen de trascendencia en la investigación española (Ruiz *et al.*, 1988).

La segunda vía a la que Fontana hacía referencia tiene, en su opinión (Fontana, 1982, p. 176), un interés especial en el caso de nuestra disciplina donde se ha dejado sentir más directamente «la influencia teórica de la antropología social en la historia». De entre sus muchas manifestaciones, me voy a ocupar, en concreto, del difusionismo, el particularismo y el funcionalismo por sus implicaciones en la investigación arqueológica.

Una de las muestras más claras de la reacción ideográfica tanto en Europa como en América fue «cómo pasaron a primer plano en la antropología esquemas explicativos fundados en el antiprincipio de la "difusión"» (Harris, 1979, p. 323). Dichos esquemas culminan en las nociones de «*Kulturkreise* o círculos culturales» (Escuela histórico-cultural de Viena) y de «áreas culturales» (por ejemplo, Kroeber)

(*ibidem*). Me voy a ocupar sólo de la primera por su influencia directa en la Prehistoria española, a través de la formación alemana de la mayoría de sus principales figuras.

El rasgo distintivo del difusionismo alemán frente al norteamericano era la defensa de un evolucionismo que negaba «las regularidades y las leyes en la historia» (*ibidem*, p. 328). Su metodología fue configurándose a caballo entre los dos siglos por Ratzel, Frobenius y Graebner, quedando fijada, en su versión más influyente, por el padre Schmidt.

Los «criterios para identificar las afinidades y fijar la cronología» son el de «forma» o «cualidad» y el de «cantidad» (*ibidem*, p. 332), si bien Harris (*ibidem*, p. 336) sostiene que su fundamentación real era «el método comparativo»,

porque su empeño fue exactamente el mismo que movió a los evolucionistas: tratar de derivar de una inspección de los pueblos contemporáneos un conocimiento de los orígenes y de las sucesivas modificaciones que han experimentado sus culturas. Los *Kreise* no eran solamente «círculos», eran también «estratos» [...] de un esquema cronológico universal.

Esa preocupación cronológica contrasta con «la tendencia dominante entre los etnólogos y sociólogos británicos y americanos de limitarse a intereses exclusivamente sincrónicos» (*ibidem*) y puede explicar, junto con cuestiones como, por ejemplo, «el doble compromiso» del padre Schmidt con la antropología y la religión católica (*ibidem*, p. 337), el arraigo de su obra en nuestra investigación prehistórica (Almagro, 1957).

Una alternativa diferente, en lo que a la valoración del «método comparativo» se refiere pero encuadrada también en un militante antideterminismo, es la representada por su contemporáneo Boas. Su larga y productiva trayectoria investigadora marcó decisivamente la antropología americana. De origen y formación (científico-natural) alemanas (Harris, 1979, p. 220) «atacó los métodos comparativos e inició el camino de un positivismo sin generalizaciones, fuertemente influido por Dilthey y por los neokantianos, que recibiría el nombre de «particularismo histórico» y, a veces, el de «funcionalismo» (Fontana, 1982, p. 170).

Boas es un claro «producto del empirismo decimonónico alemán» (Harris, 1979, p. 224). «Creía que la paciente acumulación de datos históricos llevaría automáticamente al progreso de la teoría antropo-

lógica» (*ibidem*, p. 228). En consecuencia, concentró sus esfuerzos en el trabajo de campo y la recogida de datos, relegando cualquier teorización (*ibidem*, p. 224). La enorme variabilidad del registro etnográfico le lleva no sólo a negar toda secuencia uniforme de evolución sino, incluso, a poner en relación este hecho «con una ausencia de orden y determinación entre las diversas partes de la cultura o entre la cultura y el medio entorno natural» (*ibidem*, p. 242). Esa pretendida indeterminación identificaba el programa boasiano, «con una perspectiva ecléctica que aspiraba a dar “descripciones completas”, movilizándolo para ello “todas las técnicas disponibles”, y desde la que las explicaciones se buscaban recurriendo a una gran variedad de hipótesis heterogéneas» (*ibidem*, p. 247).

En realidad, incluso dejando de lado la ilusión empirista de «los hechos sin teoría» o la admisibilidad de una «perspectiva ecléctica», «en la práctica Boas jamás abordó el estudio de ningún problema desde esa perspectiva» (*ibidem*, p. 248). De hecho, cualquier tratamiento sistemático estaba deliberadamente suprimido: «rara vez prestó atención a las influencias del medio» o la «posibilidad de relacionar la economía con las formas específicas de organización social» (*ibidem*).

La resistencia de Boas a cualquier forma de generalización está vinculada también con su concepción del mundo etnológico desde la perspectiva participante (*emic*). Como advirtió que «diferentes informantes de diferentes ámbitos histórico-culturales concebían los fenómenos que el observador occidental juzgaba similares como portadores de significados muy variables —pensaban sobre dichos fenómenos de un modo diferente— afirmó que sus causas culturales también eran diferentes» (Binford, 1987, p. 399).

Esta es la raíz de su oposición al estudio comparativo: arranca los rasgos de su contexto cultural dando lugar a que «rasgos que tendrían que haber sido estudiados juntos figuren como ejemplos de rasgos diferentes» y a la inversa (Harris, 1979, p. 535). De aquí el calificativo de «funcional» que ha recibido la escuela boasiana. Sin embargo, como se ve, se trata de una reivindicación del contexto que tiene más que ver con la propugnada por la escuela de Cambridge (Hodder, 1982) que con la defendida por la N.A. (véase *infra* Binford).

Otra manifestación de su orientación particularista es su desinterés por la reconstrucción histórica. Paralelamente desarrolla una creciente preocupación por los factores psicológicos, que le llevará a ver en «la relación del individuo con su cultura [...] la clave de una ver-

dadera interpretación de la conducta humana» (Harris, 1979, p. 244). Se llega así a una posición extrema del «particularismo».

Según Harris (*ibidem*): «En esas circunstancias [...] la antropología tenía que ser una ciencia histórica no porque la historia de las culturas particulares fuera la única vía por la que se pudiera llegar a conocer las leyes que gobernaban los fenómenos culturales, sino más bien porque no existía alternativa válida frente al estudio de los fenómenos individuales.»

La fascinación por lo individual e ideacional en la cultura, la «perspectiva ecléctica», la precisión y devoción puesta en la recogida de datos para servir a una ciencia concebida en parte como «empresa sagrada» (*ibidem*, p. 244) son rasgos «boasianos» constatables en la tradición nacional de la investigación prehistórica alemana, francesa (Audouze y Leroi-Gourhan, 1981) o española, por referirnos a los casos más próximos.

La presencia de estos rasgos se explica por el modelo común de la ciencia alemana y el contexto sociopolítico descrito por Fontana, más que por influencia directa de la obra de Boas o de sus discípulos. Si lo destaco aquí es para mostrar cómo, a mi juicio, en lo que atañe a la tradición particularista no hay diferencias significativas a uno y otro lado del Atlántico.

La «tradición escéptica» británica (Piggott, Daniel, Hawkes), en cambio, sí se desarrolla por inspiración americana (Klejn, 1977, p. 4). Taylor, discípulo de Kluckhohn, sienta las bases de este enfoque denominado «contextual»: «porque contrastaba la reunión de objetos de un solo tipo y función, que había sido popular previamente, con la conexión de los diferentes objetos en un complejo único, necesaria para revelar sus funciones». Su denominación derivaba «del contraste que establecía entre el contexto concreto de los hallazgos y las asociaciones distantes y las abstracciones basadas en ellas» (*ibidem*).

Esa «atención al contexto estaba asociada con el interés creciente por los fenómenos individuales en la cultura» (*ibidem*), reivindicada por los estudios de «cultura y personalidad» americanos, en los que Kluckhohn era una figura central (Harris, 1979, p. 341). Harris (*ibidem*, p. 340) los califica como «la versión americana del funcionalismo sincrónico» y los considera efecto de la confluencia de un psicoanálisis que había dejado ya de ser evolucionista y de la tendencia individualizadora del particularismo histórico boasiano. Si, además, tenemos en cuenta que Kluckhohn «pasó algún tiempo estudiando con el Padre Schmidt» (*ibidem*, p. 336), resulta clara la interconexión

entre las tendencias antimaterialistas en este momento, en todo Occidente.

Otra muestra de interconexión, esta vez en el propio contexto académico británico al que me estoy refiriendo, la proporciona «El concepto de Prehistoria» de Daniel (1962), trasunto de la «Idea de la Historia» de Collingwood (1986). Según Klejn (1977, p. 5), Daniel expone en él con elegancia «la posición filosófica de la escuela contextual —la más destacada en el período de la postguerra— [...]: el hiperescepticismo en relación con la posibilidad de las reconstrucciones prehistóricas». Daniel (1962, p. 130) sostiene que «no hay y no puede haber coincidencia entre los aspectos materiales y no materiales de la cultura», poniendo así en cuestión la posibilidad de servirse de la etnografía para la reconstrucción del pasado. El objetivo alternativo será «el enriquecimiento material e intelectual de la cultura contemporánea con los valores perdidos; de ahí su seria actitud en pro de la popularización de la arqueología» (*ibidem*).

Por el contrario, el funcionalismo es la más optimista de todas las influencias de la Antropología social en la Historia en relación con la posibilidad de conocimiento del pasado.

Los enfoques funcionalistas son claramente favorables a las posiciones conservadoras. Intentan «analizar los mecanismos de equilibrio de las formas sociales existentes, desvelando las reglas de su articulación, para justificarlas y mostrar su racionalidad, como antídoto a unos planteamientos evolucionistas que se habían centrado en el estudio del cambio y habían llegado a la conclusión de que no podían alcanzarse nuevas etapas de desarrollo sin destruir la vieja sociedad» (Fontana, 1982, p. 168).

Durkheim en el umbral entre los dos siglos «proclamó que la primera regla del método sociológico era la de “considerar los hechos sociales como cosas” que deben estudiarse aisladamente “de sus manifestaciones individuales”» (*ibidem*, p. 169). Dado que parecen «ejercer un “efecto coercitivo” sobre la conducta individual [...], debían tener “existencia por sí mismas”» (Harris, 1979, p. 408).

Según Harris (*ibidem*, p. 410), la poderosa atracción que ejerce el enfoque de Durkheim entre los antropólogos reside en su explicación de la división del trabajo como mecanismo para el restablecimiento del equilibrio social: al «aumentar la heterogeneidad entre las partes del organismo social [...] multiplica e intensifica su dependencia mutua» (*ibidem*, p. 412).

El rechazo durkheimiano de la lucha de clases, asociado al de las

explicaciones económicas, le permite «la fundación de una ciencia de la cultura que podía explicar los fenómenos socioculturales sin recurrir a la causación tecnoeconómica. A partir de entonces bastó investigar simplemente la forma en que un rasgo o una institución dada contribuía al mantenimiento de la solidaridad entre los miembros del organismo social» (*ibidem*).

De este autor arranca la escuela funcionalista británica (Radcliffe-Brown y Malinowski) y la antropología estructural de Lévi-Strauss, aquí por mediación de Mauss (Fontana, 1982, pp. 170-171).

Ambas inciden en la investigación arqueológica pero la primera con anterioridad y mucha mayor intensidad. Sin embargo está prácticamente circunscrita al mundo anglosajón hasta el impacto de la N.A. americana. El neofuncionalismo de su ecología cultural comienza a hacer sentir su influencia en la década de los setenta y, sobre todo, ochenta fuera de ese ámbito por la dedicación de los autores del contexto académico anglosajón a temas específicos de la Prehistoria continental europea.

G. Clark es el prehistoriador británico de orientación funcionalista (Malinowski) con más impacto en la Prehistoria europea. Junto con Gordon Childe forman parte de lo que Klejn (1977, p. 3), siguiendo a Trigger, definió como «arqueología cultural». Clark (1980, p. 155) propone, como tarea primordial del prehistoriador,

distinguir los grupos principales que comparten la cultura y la transmiten de una generación a otra [y] proporcionan un marco de referencia a través del cual pueden descubrirse otras categorías y clases. [Su comparación permite advertir] los principales cambios de la historia cultural [...].

El prehistoriador, sólo a partir del momento en que ha definido sus culturas, está preparado para interpretar los datos en términos de historia social, y sólo puede esperar hacerlo con éxito si tiene una idea clara del funcionamiento de las comunidades ²².

Clark favoreció «un amplio desarrollo de la investigación ecológica en arqueología que preparó el camino para la aceptación de uno de los principios básicos de la “nueva arqueología” —el enfoque sis-

²² Como indica el equipo director de la traducción española del texto, «el relativismo cultural pseudofuncionalista» de corte liberal, que le sirve de inspiración, no empaña nada su «virtud de intentar darle a la arqueología sentido de disciplina social». Si tenemos en cuenta que la primera edición de este texto clásico es de 1939 podemos hacernos una idea de lo alejada que ha estado la investigación española hasta muy recientemente de esos propósitos (cf. nota 21).

témico» (Klejn, 1977, p. 4). Sin embargo, sólo en Gran Bretaña y en los países conectados con ella existía tal «preadaptación». El migracionismo, el difusionismo y la escuela taxonómica, desaparecidos ya del escenario británico (*ibidem*, p. 3), gozaban de buena salud al otro lado del estrecho. Quizá la incomunicación académica habitual se viera promovida en este caso por la circunstancia de que el funcionalismo ecológico de Clark ocupaba una posición marginal en la investigación británica, dominada por la «tradición escéptica» (*ibidem*, p. 5).

He comentado hasta aquí las manifestaciones más directamente relacionadas con la investigación prehistórica de entre las destinadas a sustituir las orientaciones metodológicas más críticas de la Historia por las menos comprometedoras para el orden social de las de la Antropología, durante el período entre guerras. Voy a referirme ahora a lo que Fontana (1982, p. 200) considera el último intento de reconstrucción de la historia académica: la escuela de *Annales*.

El camino hacia la «nueva historiografía» se inicia «con la fundación de la *Revue de Synthèse Historique* por Henri Berr, en 1900 y, sobre todo, a partir de la fundación en 1929 de los *Annales d'Histoire Economique et Sociale* por parte de Lucien Febvre y Marc Bloch» (Alcina, 1975, p. 141). Hasta 1941 «parecía abierta a las corrientes más progresivas de las ciencias sociales, apartándose gradualmente de unos orígenes tan conservadores como las concepciones [...] de la escuela de Durkheim» (Fontana, 1982, p. 201). Desde su reaparición en 1946, ya con su nombre actual (*Annales, Economies, Sociétés, Civilisations*), hasta hoy, su orientación ha sido cada vez menos crítica, ya sea bajo la dirección de Febvre (1946-56), de Braudel (1956-68) y, sobre todo, del colectivo actual que, a juicio de Fontana (*ibidem*, p. 202), acoge textos que ni siquiera tienen «la mínima exigencia formal y erudita».

En realidad, el propio Fontana (*ibidem*, p. 200) advierte que «resulta absolutamente imprescindible distinguir entre las aportaciones metodológicas», muy valiosas, de *Annales* y «la teoría subyacente». P. Vilar (1982, pp. 41-42; también en Alcina, 1975, pp. 119-121) señala entre las primeras:

1) hay *una sola* historia; no existen compartimentos estancos entre una historia económica, [...] política, [...] de las ideas, etc.; 2) el historiador avanza por medio de *problemas*: los documentos sólo contestan cuando se les pregunta siguiendo hipótesis de trabajo; la historia, en todos los terrenos (material, espiritual, ideológico, etc.), lo es de los *hechos de masas*, no de los sim-

ples «acontecimientos»; 3) existe una jerarquía y un juego recíproco entre «economías», «sociedades», «civilizaciones» [...] que constituye el tema mismo de la ciencia histórica.

Fontana (1982, pp. 204-205) añade la propuesta de «relacionar la historia con las ciencias vecinas y modernizar sus métodos de trabajo, rompiendo la limitación [de la] dedicación exclusiva al [...] texto».

El problema reside en que el historiador cuya tarea «consiste en relacionar aspectos de la vida humana» carece de criterios para su jerarquización («ninguno tiene una importancia predominante») y para establecer tal relación (*ibidem*, p. 204). En consecuencia juzga la escuela de *Annales* como

un funcionalismo que ha tratado de reconstruir la historia con el recurso a una mezcolanza, más o menos bien condimentada, de elementos tomados de diversas disciplinas [...]. Sus rasgos más visibles son el eclecticismo [...] habitual del pensamiento académico, una voluntad globalizadora que se justifica por la necesidad de superar la limitación tradicional de los cultivadores de la historia política [...] y un esfuerzo por la modernización formal que cumple la función de desviar la atención hacia lo meramente instrumental, encubriendo la ausencia de un pensamiento teórico propiamente dicho [*ibidem*, pp. 200-201].

Sin olvidar su función ideológica y política conservadora (*ibidem*, p. 211), hay que lamentar que, salvo alguna voz aislada (Alcina, 1975, pp. 119-121 y 145; Kohl, 1981, p. 94) que advierte del interés que la «historia global» o «integral» de *Annales* tiene para un replanteamiento de la investigación prehistórica, hayamos vivido en el más completo desconocimiento de su existencia. Por otra parte, quizá el «motor de tres tiempos» braudeliano (Alain Guerreau en Fontana, 1982, p. 205) escogido últimamente (Hodder, 1987*b*; Lewthwaite, 1987; Shennan, 1987, p. 379) o su distinción entre «coyuntura» y «estructura» en Historia (Shennan, 1982*a*, p. 158)²³ no basten para la renovación metodológica.

Sean cuales fueran las razones de esta incomunicación no ya interdisciplinar sino intradisciplinar pues, como vimos, en Europa la

²³ La circunstancia de que todas las alusiones que he encontrado a los autores de *Annales* en la literatura arqueológica procedan de obras norteamericanas o inglesas puede explicarse por su irradiación considerable en el mundo académico de los Estados Unidos, atribuida por Fontana (1982, p. 210), al gusto de *Annales* por la «modernización metodológica» y a su «pretensión globalizadora».

Prehistoria se considera una disciplina histórica y está encuadrada en las facultades de Humanidades, el caso es que la renovación metodológica fue provocada directa o indirectamente por la N.A. anglosajona. Kohl (1985, p. 106) la define expresivamente como «una perspectiva evolucionista comparativa basada en un funcionalismo ecológico iluminado por la teoría de sistemas». En torno a ella se ha centrado el debate en la Prehistoria en los últimos veinticinco años ²⁴.

La N.A. surge en un momento de expansión capitalista como expresión del «deseo de poner la arqueología al servicio de las necesidades más importantes de la sociedad» (Klejn, 1977, p. 7; también en Kohl, 1985, p. 109). Su arranque se hace coincidir con la publicación del artículo de Binford (1962) «Archaeology as Anthropology». Este autor norteamericano encabezará una campaña en pro del nuevo concepto de la disciplina de rápida resonancia en su país (Klejn, 1977, p. 6) y, aunque la rama «ley y orden» adquiere un protagonismo que a Binford (1988, p. 18) se le antoja excesivo (apartado I de este capítulo) y pronto se adhieren a la N.A. prehistoriadores ingleses muy significados (Clarke, 1968; Renfrew, 1979a), en realidad, él es quien mejor la personifica.

Binford (1972a, p. 20), haciéndose eco del lema de la tradición norteamericana de que «la arqueología o es antropología o no es nada» (Willey y Phillips, 1958, p. 2), asume como objetivo de la segunda: «explicar la gama total de semejanzas y diferencias culturales y físicas característica de todo el lapso espacio-temporal de la existencia humana» (Binford, 1972a, p. 21).

Entiende por «explicación» (*ibidem*):

la *demonstración* de una articulación constante de variables dentro de un sistema y la medida de la variabilidad concomitante entre las variables dentro del sistema. Puede demostrarse entonces que un cambio procesual en una variable se relaciona de una forma predecible y cuantificable con cambios en otras variables, las cuales cambian a su vez en relación con los cambios en la estructura del sistema como un todo [...]. Si los arqueólogos no han hecho importantes contribuciones explicativas al campo de la antropología es porque no conciben los datos arqueológicos en un marco sistémico de referencia.

Por el contrario: «ofrecen “explicaciones” en términos de sucesos

²⁴ Por esa razón, la bibliografía al respecto es considerable. En español pueden consultarse, además de los citados en el texto, por ejemplo, Bayard (1983), Hodder (1987a, 1988), Cerrillo (1984, 1988) y Rodanés (1988).

específicos más que de procesos [...] asumiendo que los artefactos pueden ser tratados como "rasgos" iguales y comparables, sin tener en cuenta su contexto funcional» (*ibidem*).

Por su parte, recurre al «contexto adaptativo social y medioambiental» para explicar el cambio cultural en lugar de a «influencias», «estímulos» o «migraciones» (*ibidem*, p. 20). A la vez propone la consideración de tres «contextos funcionales primarios» («tecnómico», «sociotécnico» e «ideotécnico» cruzados por «una categoría de atributos estilísticos formales») en las explicaciones de las diferencias y semejanzas entre conjuntos arqueológicos (*ibidem*, pp. 23-26). Entiende esos conjuntos como un «todo»: «integrado ("un sistema con subsistemas")». Segundo, este sistema es concebido como algo que permite a quienes están implicados en él sobrevivir ("cultura como medios extrasomáticos de adaptación"). Tercero, los aspectos particulares del sistema se explican como si fueran adaptativos» (Gilman, 1981, p. 3).

Esta concepción de la cultura le permite ser optimista respecto a las posibilidades de conocimiento global del pasado a partir del registro arqueológico («la "cultura material" [...] representa la estructura del sistema cultural total», Binford, 1972a, p. 20). El programa que se articula para lograrlo consiste en «una evaluación de la correlación de unos elementos con otros [análisis factorial], un uso hipotético-deductivo de los paralelos etnográficos en forma de leyes [...] y [...] una recogida del material arqueológico orientada hacia la puesta a prueba de tales hipótesis a escala amplia —principio de las expediciones de objetivo regional—» (Klejn, 1977, p. 7).

Según Binford (1972a, p. 31), si los arqueólogos hicieran suya esta perspectiva estarían «entre los mejor cualificados para estudiar y poner a prueba directamente hipótesis concernientes al proceso de cambio evolutivo, en particular, procesos de cambio que son relativamente lentos o hipótesis que postulan prioridades procesuales-temporales relativas a sistemas culturales totales».

En consecuencia, podrían proporcionar a la Antropología «todo el lapso de la historia cultural como [...] laboratorio» (*ibidem*).

Hoy en día parece haberse alcanzado un consenso en cuanto a la valoración de la N.A.: positiva en el terreno empírico, ambivalente en relación con sus presupuestos teórico-metodológicos y crítica en lo que atañe al «nivel de teoría o explicación de los fenómenos culturales del pasado» (Kohl, 1985, p. 106).

El interés de muchos de los procedimientos desarrollados por ella

en los últimos veinticinco años (empleo de computadoras y estadística, entre otros), así como de «la reconstrucción de los sistemas de subsistencia, patrones de asentamiento y, en general, las bases materiales de las sociedades pasadas» (Kohl, 1985, p. 114), ha sido ampliamente reconocido (Audouze y Leroi-Gourhan, 1981, p. 182) incluso por los más significados detractores de esta tendencia disciplinar (Hodder, 1987a, p. 13).

Su recurso a las explicaciones socioeconómicas en los cambios culturales era totalmente ajeno a la tradición académica de los países más representativos de la investigación continental europea. La falta de una «preadaptación» como la que había supuesto en Inglaterra el enfoque ecológico de la «arqueología cultural» de Clark, es uno de los factores a tener en cuenta para explicar que su impacto fuera limitado. Además en gran parte quedó desvirtuado por la reducción de la N.A. a una simple puesta a punto de líneas de investigación «como la arqueometría, los estudios ambientales y más recientemente etnoarqueológicos» (Audouze y Leroi-Gourhan, 1981, p. 182). Se trata de la reacción que Klejn (1977, p. 12) identificaba con «el estrato más autoritario de la arqueología tradicional»²⁵ y Vicent (1982, pp. 31-34) definía como «reformismo pragmático» (apartado II.4 de este capítulo).

El propio Binford (1988, p. 19) se lamenta de estos resultados no deseados de sus propuestas metodológicas. Critica a esos defensores de la «ciencia en arqueología» que hacen depender el desarrollo de los métodos por inferencia en la disciplina de «unos pocos subcampos [científicos] que tratan los restos arqueológicos bajo sus propios esquemas, sin que ello implique necesariamente el avance de la arqueología» (*ibidem*).

En relación con sus propuestas epistemológicas, por un lado, se cree «extraordinariamente importante» su exigencia de una «formulación de programas de investigación expresamente diseñados para probar hipótesis o explicaciones alternativas de los datos» (Kohl, 1985, p. 106). Sin embargo, por el otro, se desmantela, como sabemos, el positivismo lógico (*ibidem*, p. 144) que, en sus formulaciones extremas de la rama «ley y orden», tampoco es asumido hoy por Binford (1988, pp. 18 y 115-116, por ejemplo). Una parte significativa de ese desmantelamiento consiste en la puesta en cuestión de la objetividad absoluta positivista, señalando la influencia que «el contexto nacional e histórico de la investigación arqueológica y la per-

²⁵ Dedico el epígrafe III de este capítulo a la situación en España.

sonalidad de los arqueólogos» tienen en sus interpretaciones del pasado (Kohl, 1985, p. 108).

Las críticas a la concepción neofuncionalista de la cultura no se diferencian esencialmente de la que ya conocemos. Desde la posición relativista, Hodder (1982, p. 13) añade que «la cultura no son los medios extrasomáticos de adaptación, sino que está constituida significativamente [...]. Las acciones del hombre y su adaptación inteligente tienen que ser comprendidas en su especificidad histórica y contextual, y tiene que explicarse el carácter único de las formas culturales».

Los esfuerzos de la «reacción» que encabeza van destinados a reivindicar «el papel activo que ideología y símbolos juegan en la configuración del pasado» (Kohl, 1985, p. 109).

La arqueología «contextual» o «postprocesual» no es la única orientación que reprueba la perspectiva evolucionista comparativa universal de la N.A. Desde el materialismo dialéctico se admite el escaso interés de «las semejanzas generales entre culturas clasificadas juntas en el mismo amplio nivel evolutivo» (Kohl, 1985, p. 108). Desde un enfoque histórico no materialista, Trigger (1984, p. 366) vincula el énfasis en las generalizaciones nomotéticas con la negación de toda «importancia a las tradiciones nacionales en sí mismas y a cualquier cosa que se ponga en el camino de la actividad económica y la influencia política americanas». Califica la N.A. como «expresión arqueológica del imperialismo americano posterior a la guerra» y la atribuye un objetivo «explícitamente antinacional» (*ibidem*). Frente a la validación social de la disciplina por el empleo del pasado como laboratorio de la evolución cultural, reivindica el interés que tiene en sí mismo el estudio del pasado de los pueblos nativos (Trigger, 1980, p. 671). En esta línea Hodder (1984, p. 30) valora el contexto cultural que «recoloca los objetos del pasado en lo históricamente específico más que en lo teóricamente abstracto».

En mi opinión, sin duda en el contexto de la arqueología colonialista e imperialista anglosajona (Trigger, 1984) (apartado I de este capítulo) resulta comprensible esa llamada de atención sobre «el indio que está detrás del artefacto» (Braidwood, 1959, p. 79). Pero la extensión de esa preocupación por parte de la «arqueología radical» hodderiana a la investigación prehistórica de la Europa continental me parece social y políticamente injustificada²⁶ y metodológicamente

²⁶ No existen poblaciones nativas con las que se pueda vincular el registro arqueológico.

te indeseable dada la imposibilidad de articulación de programas mínimamente rigurosos para hacerla actuante. Pero de esta cuestión, vinculada con el interés por lo particular o lo general en Prehistoria, me ocuparé en el siguiente apartado.

La trayectoria histórica de la disciplina que acabo de esbozar expresa cómo el debate sobre la naturaleza de la Prehistoria no puede centrarse en torno a una supuesta disyuntiva entre su configuración como ciencia histórica o antropológica. Como ya Trigger (1978, pp. 3 y 93) (apartado I de este capítulo) advirtió hace tiempo, tal disyuntiva refleja simplemente la especificidad de los contextos estudiados por los investigadores europeos y norteamericanos. El desarrollo simultáneo de las mismas orientaciones teórico-metodológicas a uno y otro lado del Atlántico así lo pone de manifiesto.

Las dicotomías que me parecen más dignas de tenerse en cuenta se definen en otros términos. La primera es la que enfrenta a la rama «ley y orden» de la N.A. con todos los demás enfoques que abordan el estudio del pasado. La segunda contraponen a quienes aceptan y niegan, respectivamente, la existencia de determinación en las acciones humanas.

El programa de la rama «ley y orden» —de haber sido puesto en práctica hubiera supuesto la creación de una nueva disciplina (cf. p. 9). Sin embargo el desconocimiento, por parte de sus propugnadores —minoritarios dentro del propio movimiento al que pertenecen— de las implicaciones epistemológicas del neopositivismo hempeliano ha dejado abierta la cuestión de si es posible —no ya deseable— la conversión de la Prehistoria en una Física de los fenómenos socioculturales (cf. p. 25).

Por último, las posiciones encontradas a propósito de la existencia o no de una determinación y regularidad en la conducta humana no suponen ninguna quiebra en la Historia, si la entendemos en su acepción de uso en español²⁷. Sin embargo, de cuál sea la adoptada depende su conversión «en un cuerpo de conocimientos y métodos, cerrado y autosuficiente, que se cultiva por sí mismo» o en un instrumento crítico para la transformación de la realidad (Fontana, 1982, p. 261). En definitiva, la elección no depende de la «naturaleza de la Historia» sino, en último término, de una opción personal del historiador, con implicaciones políticas como la exposición precedente ha

²⁷ La Historia es la «narración» del «conjunto de todos los hechos ocurridos en tiempos pasados» (Moliner, 1983, p. 52).

tratado de dejar en claro. El siguiente apartado pretende profundizar en esta cuestión.

II.6. *El problema del establecimiento de «leyes generales predictivas» en Historia*

La escuela neokantiana alemana de principios de siglo es la primera que formula la diferenciación entre ciencias humanas y naturales en los términos actuales, atendiendo al uso del concepto de ley (véase *supra*, p. 28). Sin embargo, el «Gran Debate» (Klejn, 1977, p. 3) tiene lugar a mediados de los años sesenta: «la orientación de la “nueva arqueología” hacia el estudio de las *leyes del proceso cultural* era contrapuesta a la orientación tradicional hacia el estudio *particularista de acontecimientos*» (*ibidem*, p. 2).

La identificación de la Historia con su orientación académica (véase *supra*, p. 11) determinaba los prejuicios de los «nuevos arqueólogos»²⁸ respecto a la naturaleza de esa disciplina. Los más importantes, según Trigger (1978, pp. 24 y 28-39), eran:

1. Considerar que su «principal objetivo [...] es describir más que explicar».
2. Suponer que la explicación de los datos se basa en el sentido común y no en «teorías comprobables sobre la conducta humana», como la Ciencia Social.
3. Caracterizar la historia por el empleo de una metodología inductiva, en vez de deductiva tendiendo a considerar la primera particularista y la segunda generalizadora.

Desde este punto de vista, los estudios históricos se valoran no como una rama de la ciencia sino como algo antitético a los objetivos de la misma. La historia se califica de «ideográfica» queriendo decir con ello «narrativa o descriptiva» y se hace sinónimo de «cronología». Por el contrario, la ciencia se define como «nomotética» entendiéndose por tal que busca «establecer leyes generales que son, al menos potencialmente, de valor predictivo y además pueden ser rele-

²⁸ Como es natural, no todos los «nuevos arqueólogos» mantienen opiniones tan «hostiles» hacia la orientación tradicional de la Prehistoria (cf. Watson, Leblanc, y Redman, 1974, pp. 176-177), pero tales opiniones están ampliamente extendidas entre ellos.

vantes para los problemas del mundo actual» (*ibidem*, pp. 3-4; también en Alcina, 1975, p. 24).

En conclusión (Trigger, 1978, p. 21), la «reconstrucción del pasado del hombre», objetivo tradicional de la arqueología prehistórica, tendría un interés reducido a la educación general del público, careciendo por sí misma de valor académico (*cf.* hiperescepticismo de Daniel, p. 34).

Posteriormente, como se recordará, se han replanteado los términos de ese debate.

La discusión en torno a la naturaleza de las leyes científicas (véase *supra*, p. 24) ha puesto de manifiesto la confusión entre «ley fundamental» e «hipótesis corroborada», frecuente entre los «nuevos arqueólogos». En realidad, desde un punto de vista epistemológico, dado el carácter formal de las primeras, nunca se estudiaron «las leyes del proceso cultural». En consecuencia, carece de sentido recurrir a su establecimiento para fijar la cientificidad de un determinado conocimiento.

Desde esa misma perspectiva, «el método hipotético-deductivo no se juzga ya el único apropiado para el manejo de datos arqueológicos» (Kohl, 1985, p. 108). Al propio tiempo se ha abandonado la concepción positivista en una objetividad absoluta (*ibidem*).

Estas y otras consideraciones (véanse *infra*, pp. 46-62) han modificado el planteamiento de la polémica que se remite a las disyuntivas que ya sabemos (*supra*, pp. 7 y 9-10): lo general *vs.* lo único, en la cultura, la determinación *vs.* la indeterminación en la conducta humana y, en definitiva, racionalismo *vs.* relativismo en el conocimiento del pasado.

La raíz del problema en torno a la cientificidad de la Prehistoria reside en la naturaleza peculiar del registro arqueológico: «ningún hecho histórico (acontecimientos pasados) puede ser observado por los arqueólogos». Estos «estudian datos [representaciones de hechos] contemporáneos [...] generados por ellos mismos en el acto de observación del registro arqueológico». En consecuencia, «son responsables tanto de la producción de datos [...] como de lo que [tienen] que decir sobre ellos» (Binford, 1987, pp. 392-393).

La dicotomía entre quienes rechazan o aceptan la ciencia como el procedimiento apropiado para el conocimiento del hombre arranca, según Binford (*ibidem*, p. 396), de la extrapolación de la concepción etnográfica *emic* a la Prehistoria por parte de los primeros.

El procedimiento etnográfico afirmaba el principio básico del em-

pirismo relativo a la naturaleza objetiva y directa de la observación para, en contradicción con él, «comprender» la cultura en estudio a través de la intelectualización que de ella ofrecía el informante (*ibidem*). Es decir, en la experiencia etnográfica: «el investigador no genera sus datos y no los intelectualiza excepto de un modo intercultural y traductor. Como las “explicaciones” de los fenómenos culturales lo son siempre en términos de una información *recibida de los informantes*, desde una perspectiva científica el antropólogo nunca, de hecho, busca explicaciones, sólo comprensión en los términos de los otros» (*ibidem*, p. 398).

La traslación de este punto de vista a la arqueología se expresa en «la creencia de que no estudiamos el registro arqueológico; más bien tratamos de organizar los vestigios del pasado en categorías culturales que fueron significativas en el pasado. A su vez, la propia cultura es considerada como un fenómeno mental» (*ibidem*, p. 396).

Binford (*ibidem*, p. 398) señala las alternativas para salvar la discontinuidad entre pasado y presente que impide el recurso al informante: «la adopción de un enfoque interpretativo universalista y/o la renuncia al conocimiento del pasado por su explotación para propósitos contemporáneos». En el primer caso, se abstraen «universales [...] relativos a la “naturaleza humana” que se usarán como premisas en una interpretación razonada deductivamente de los restos arqueológicos» (*ibidem*, p. 399, p.e. en Hodder, 1985, p. 13). Esos principios universales no se obtienen por comparación entre culturas, ya que se entiende que «las características formales escogidas por nosotros son ilusiones condicionadas [...] por nuestra producción de datos» (Binford, 1987, p. 399) (*cf.* Boas, véanse *supra*, pp. 31-33). Por el contrario, el único hecho que se considera fidedigno es «la posesión de una capacidad de simbolización y una naturaleza humana comunes [...] que se cree fluyen “de modo autoevidente” a partir de la experiencia “humana”, una doctrina empirista» (*ibidem*).

Esta posición, que arranca de Collingwood (*supra*, pp. 29-30), en el caso del grupo de Cambridge lleva a defender «una esfera ontológica independiente de “realidad” relativa el fenómeno humano». Así, en último término:

En este enfoque, el hombre es elevado sobre la naturaleza [...]. El estudio científico de los acontecimientos «externos» es irrelevante; la perspectiva desde dentro de la historia humanística se concibe como la única perspectiva «adecuada» [...]. Para jugar al juego del historiador (como se entiende por

los contextualistas-textualistas), el arqueólogo tiene que inferir acontecimientos pasados y después introducirse en esos acontecimientos inferidos para producir en los lectores contemporáneos una visión del pasado desde dentro «como si hubiesen estado allí» [*ibidem*, pp. 400-401].

El desplazamiento

del relativismo cultural que reconocía muchos mundos humanos diferentes, a la del universalismo cultural que propone la existencia de una experiencia común [...] humana que trasciende [...] incluso [...] las barreras del tiempo [...] es una paradoja que lleva a la segunda postura común hoy [*ibidem*, p. 401]:

Que acepte cualquier comprobación de mi teoría como válida o relevante depende de mi teoría (o paradigma) [Hodder, 1984, p. 66].

Así pues, en las versiones más radicales (enfoque crítico de la escuela de Francfort):

Toda historia se convierte en mito producido para servir al deseo contemporáneo de justificar un pasado consistente con lo que uno quiere creer desde la perspectiva del mundo "desde dentro" del presente [Binford, 1987, p. 401]. El pasado no importa. El marco para evaluar la exactitud de cualquier pasado inferido no es el registro que subsiste del pasado, ni nuestro conocimiento tentativo del mismo, si no [...] el mundo intelectual presente. [En última instancia,] las ideas tienen que ser rechazadas o aceptadas en términos de afinidades sociopolíticas [*ibidem*, p. 403].

La alternativa a esta posición fuertemente relativista e individualista (Chalmers, 1984, p. 159) está representada por quienes piensan que «los datos del conocimiento [...] trascienden las creencias y los estados de conciencia de los individuos que las conciben y las contemplan» (objetivismo) (*ibidem*, p. 159). Como indica humorísticamente Chalmers (*ibidem*, p. 233): «Desde un punto de vista realista, interpretado en un sentido lato, el motivo de las teorías es intentar abordar algún aspecto del mundo. Esto contrasta con el punto de vista que parece estar implícito en algunas concepciones relativistas: que el motivo de desarrollar una teoría es convencer a los demás de que la nuestra es la correcta.»

Un requisito previo para iniciar ese programa es, lógicamente, la convicción de que «el mundo externo existe por derecho propio, e incluye las propiedades del registro arqueológico [...]. Es la accesibi-

lidad del mundo externo, en relación con el carácter de nuestros artificios cognitivos lo que hace posible que la ciencia trabaje. Podemos aprender las limitaciones de nuestras ideas [...] mediante una hábil interacción con el mundo de la experiencia, el mundo externo» (Binford, 1987, p. 403).

Dejando de lado la especial naturaleza del «mundo externo» del que se ocupa el arqueólogo (véase *supra*, p. 44) es importante reparar en que para los «objetivistas» o «racionalistas» la cultura no es un «fenómeno mental», sino «superorgánico que sigue leyes que no son queridas por [...] los individuos que participan en la cultura sino inherentes a la misma cultura» (Harris, 1979, p. 285). Frente a esta concepción, Boas replicaba que era innecesario «considerar a la cultura como una entidad mística existente fuera de la sociedad de sus portadores individuales y semoviente por su propia fuerza» (*ibidem*). Sin embargo, sí lo era: «si la cultura era algo de que se pudiera hablar, era una abstracción construida sobre la base de la observación de la conducta [...]. “Naturalmente, es verdad que la cultura no tiene sustancia [...]. Pero [...] lo mismo vale también para cualquier otra cosa [...] oponerse a la reificación de la conducta es oponerse a hablar de ella en absoluto”» (Bagby en Harris, 1979, pp. 288-289).

Este tema es de una extraordinaria importancia porque atañe directamente a la cuestión de la libertad o determinación del hombre. La forma de conciliar los argumentos contra el determinismo histórico sin poner en peligro el determinismo cultural entre los boasianos (a excepción de Kroeber) consistió en subrayar tanto «el papel creador del individuo en el cambio cultural», como «la variabilidad y la no conformidad de los individuos a las pautas culturales» (*ibidem*, p. 259). Análogos argumentos se emplean todavía hoy desde todo tipo de posiciones.

Todas estas cuestiones giran, como es obvio, en torno al problema de la causalidad. Como indica Kohl (1981, p. 90), «los arqueólogos consciente o inconscientemente adoptan la premisa materialista de que hay una correlación entre lo que una sociedad producía y cómo funcionaba». Si no asumieran este punto de partida, no buscarían el conocimiento de los acontecimientos pasados (dinámicos) a través del estudio de los artefactos (estáticos) (Binford, 1987, p. 393). Ahora bien, «las correlaciones no equivalen a causas, y la aceptación de esa premisa no implica necesariamente la adhesión a una concepción de la historia que niega o minimiza la significación de las ideas y creencias» (Kohl, 1981, p. 90).

De hecho, como se ha visto, la posición relativista atribuye al individuo la capacidad de decisión sobre la conducta (véase *supra*, p. 45), adoptando una perspectiva pretendidamente ecléctica (*supra*, pp. 32-33) que, en realidad, suprime de forma deliberada cualquier tratamiento sistemático. El «eclecticismo [...], la mayoría de las veces, no es más que un eufemismo de [...] confusión, o aceptación indiscriminada de teorías contradictorias» que circunscribe la responsabilidad del científico a los datos obviando la que tiene ante la teoría (Harris, 1979, p. 247).

En realidad, «no es posible ser fiel a los hechos y ser al mismo tiempo indiferente a la teoría [...]. El problema de la causalidad en la cultura jamás podrá resolverse adoptando una perspectiva ecléctica [...] una afirmación científica exige que se esclarezca el equilibrio entre las variables importantes, [...] que se distingan relaciones dependientes e independientes» (*ibidem*, y p. 248).

Sólo es admisible la afirmación de que «en ciertos casos un conjunto de factores [...] son la variable independiente, mientras que en otros casos ocupa su lugar otro conjunto», si se especifican «las condiciones que ponen en primer plano una vez a la religión, otra al arte, otra a la subsistencia» (*ibidem*, p. 248).

Por otro lado, como ya quedó de manifiesto (véanse *supra*, pp. 32-33), de hecho: «una descripción completa de cualquier cosa que sea es imposible [...]. En cualquier campo de estudio no sólo se recogen ciertos hechos, sino que a la vez se dejan otros sin recoger. La comisión y la omisión forman una unidad en la estrategia de investigación, independientemente de que la investigación esté orientada o no por una hipótesis formal consciente» (*ibidem*, pp. 250-251).

Se trata de otra muestra del compromiso teórico del científico al que ya se ha aludido, que los enfoques materialistas asumen explícitamente, según Kohl (1981, p. 89), desde «una concepción filosófica de la realidad que concede un mayor peso causal a la conducta de la sociedad que a los pensamientos, reflexiones o justificaciones de su conducta».

En el ámbito de la explicación del cambio cultural, frente a la opción idealista, «transitiva» que tiene en cuenta «la acción, intención y elección humanas» (Tilley, 1981, p. 364) a partir del arco de la conducta humana posible (Benedict, 1934), proponen otra «intransitiva». Esta segunda alternativa

implica una macrovisión de la vida social según la cual los objetivos y necesi-

sidades de los individuos resultan en gran parte irrelevantes para el proceso de cambio [...]. La tesis es que un cambio puede ser adecuadamente concebido y explicado a nivel de una población más que del individuo en términos de las directrices socioeconómicas subyacentes que, en algún sentido, pueden no ser intencionadas [Tilley, 1981, p. 364].

El error de los defensores de una indeterminación en la conducta humana residiría, según Harris (1979, p. 316), en confundir «las motivaciones de un individuo para ajustarse a pautas de acción culturalmente prescritas con las condiciones nomotéticas responsables de la presencia de esas pautas».

Dichas condiciones son establecidas de modo diferente por cada uno de los enfoques materialistas: «materialismo cultural», «ecología cultural» y «materialismo histórico» (Kohl, 1981)²⁹.

El «materialismo cultural» está asociado con el enfoque popularizado por Harris (1979), basado en «el principio del determinismo tecnoambiental y tecnoeconómico (y ahora también demográfico)»: «las propiedades de la infraestructura o base determinan los rasgos de la superestructura» (Kohl, 1981, p. 97)³⁰. «Adopta la terminología de sistemas y está interesado no sólo por la relación entre los diferentes subsistemas de la cultura, sino también por su evolución a través del tiempo» (*ibidem*). Sin embargo, la perspectiva diacrónica se pierde en muchos estudios, sustituida por «un crudo determinismo ambiental» (*ibidem*, p. 99).

Por el contrario, la «ecología cultural» investiga la

interacción dialéctica entre cultura y naturaleza, la forma en que una cultura selecciona y rechaza conscientemente rasgos básicos del medio [...] una cultura es concebida como [...] un modo específicamente humano de adaptación a un medio ambiente más amplio que incluye otras culturas. Se estudian sociedades individuales para detectar regularidades interculturales y construir generalizaciones sobre la naturaleza de los procesos culturales [*ibidem*, p. 101].

Estos dos enfoques han tenido una doble influencia positiva: di-

²⁹ Kohl (1981, p. 105) distingue además un «materialismo económico», representado por los «estudios que ponen el énfasis en la tecnología pasada de la sociedad o en la reconstrucción de sus redes de intercambio». En mi opinión, esos intereses pueden encontrarse en obras escritas desde otros enfoques por lo que su individualización no está suficientemente justificada.

³⁰ D. Westen (1984) reúne las principales críticas que se le han hecho.

recta en la investigación de «factores como medio, tecnología, o demografía» (*supra*, pp. 38-40) e indirecta ya que, «al mostrarnos los límites de un enfoque estrictamente materialista [...] nos ayudan a comprender mejor lo que no puede ser explicado solamente por referencia a la base material de una sociedad» (*ibidem*).

El «materialismo histórico» es la primera teoría que demuestra «cómo el problema de la conciencia y la experiencia subjetiva de la importancia que las ideas tienen para la conducta podía conciliarse con la causación según el modelo fisicalista» (Harris, 1979, p. 201).

Su influencia en la Prehistoria europea estuvo circunscrita y vinculada a las obras de V. Gordon Childe hasta los años sesenta (Klejn, 1977, p. 20)³¹. En esa década, el marxismo pasó a considerarse una metodología científica en vez de un «materialismo mecánico vulgar» o «un determinismo tecnológico» y en la siguiente se puso ya en práctica en algunos trabajos (*ibidem*). Sin embargo sólo se ha hecho popular durante los últimos diez años (Spriggs, 1984) por la inspiración directa del movimiento reciente de la «arqueología radical» en el «neomarxismo» de la Antropología francesa de los sesenta (por ejemplo, Meillassoux, 1960 y 1972 y Friedman, 1975 y 1979; según Shennan, 1987, p. 370). Para Earle y Preucel (1987, p. 507), este «marxismo superfino» «comparte con otros enfoques marxistas la convicción de que la contradicción y el conflicto proporcionan la base fundamental para comprender el cambio, legitimación y dominación sociales. Difiere de [ellos] por su énfasis en la ideología y la estructura, más que en la economía, como determinantes principales».

En este sentido, «la explotación existe en todas las sociedades» y no sólo en las de clase: «las posibles fuentes de control social no incluyen precisamente bienes de consumo sino [...] las capacidades reproductivas de los individuos, los rangos socialmente definidos, el conocimiento social/ritualmente importante y los artículos de prestigio» (Shennan, 1987, p. 370).

Un rasgo específico del materialismo histórico es que «no es sólo una teoría, sobre todo, es un método de investigación» (Klejn, 1970, p. 300) de la interdependencia entre fuerzas productivas y relaciones

³¹ Childe es uno de los pocos prehistoriadores que ha merecido un puesto, además honoroso, en las obras generales sobre historiografía (Fontana, 1982, pp. 236-237). Se le dedica un apartado específico más adelante.

Las fuentes fundamentales de la influencia del materialismo histórico en la Prehistoria española (Ruiz *et al.*, 1986, pp. 44-46) se reseñan en el apartado III.5 de este mismo capítulo.

de producción en un modo de producción históricamente específico. En el Prólogo a la *Contribución a la crítica de la economía política*, Marx (1975a, p. 348) define el conjunto de las relaciones de producción como «la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social». En consecuencia, «no es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia» (*ibidem*). Marx y Engels distinguen «entre lo que los hombres [...] “conciben” sobre sí mismos y sobre su vida social y [...] la naturaleza “real” de esa vida» (Harris, 1979, p. 204).

El materialismo histórico investiga «el desarrollo de las diferentes formaciones sociales [...] al igual que sus leyes económicas específicas, por las leyes económicas que rigen con carácter general para todas las formaciones, como son la ley de la correspondencia de las relaciones de producción con el carácter de las fuerzas productivas, la ley de la creciente productividad del trabajo y otras» (Academia, 1975, p. 20).

Ahora bien, como advierte Engels (1975, p. 492), el materialismo histórico no considera el factor económico el único determinante del proceso histórico, sino el que lo define «en última instancia». El nivel de desarrollo de las fuerzas de producción «pone los límites externos a la posible variación en las relaciones de producción» (Friedman, 1974, p. 451). En ese sentido, «si a esto puede llamarse causalidad, tiene que ser una *causalidad negativa* ya que determina lo que no puede suceder más que lo que tiene que suceder» (*ibidem*).

La *autonomía relativa* de las relaciones de producción y las fuerzas de producción, «esto es, la *autonomía de sus propiedades internas*» (*ibidem*, p. 449) explica que el materialismo histórico, a diferencia del enfoque propuesto por Harris (materialismo vulgar o mecánico), no concibe «las ideas como epifenómenos de una realidad étic o simples reflejos de la infraestructura, sino que reconozca que las creencias de un grupo dado, una vez formuladas, pueden —en el curso de cualquier proceso histórico— tener una vida propia y afectar de modo sustancial las actividades productivas de una sociedad» (Kohl, 1981, p. 109).

Otras diferencias significativas respecto a los demás enfoques materialistas (véase *supra*) se refieren al papel concedido al medio ambiente y a la perspectiva diacrónica en las explicaciones culturales, cuestiones ambas interconectadas.

El materialismo histórico concibe la estructura social (desarrollo de las fuerzas productivas) como el factor más importante en la «forma de la sociedad». Dicha «forma» se explica «en términos de un proceso histórico específico» (Kohl, 1985, p. 114). Como escribió Marx al inicio de *El 18 Brumario*: «Los hombres hacen su propia historia, pero no [...] bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino [...] que existen y transmite el pasado» (Marx, 1975b, p. 233).

Esta determinación histórica otorga al medio natural un papel secundario en la explicación de la «forma de la sociedad»: mientras ésta cambia, aquél puede permanecer estable (Klejn, 1970, p. 299). Su influencia se hace notar en las variaciones más específicas, el «tempo» de desarrollo y la relación entre «formas diferentes de estructura social» y «regiones diferenciadas» (*ibidem*). En ese último caso, sin embargo, se tiene en cuenta que la adopción de «principios organizativos básicos» por parte de las sociedades que interactúan en cada una de ellas es interpretable no sólo como «solución común» a problemas naturales, sino como reconocimiento de que históricamente han resultado eficaces (Kohl, 1981, p. 112).

A la vista de la exposición precedente, me interesa destacar algunas notas definitorias de los determinismos materialistas en relación con el tema de este apartado. Estos enfoques asumen que la historia «tiene lugar fuera del objeto de estudio y de acuerdo con algunas leyes metasociales propias» como condición para conseguir «una historia teórica real» (Friedman, 1974, p. 445). Siguiendo a Friedman (*ibidem*), «es el conocimiento de las propiedades estructurales fundamentales de la reproducción social el que nos permite predecir la forma en que una sociedad se comportará a lo largo del tiempo».

Abordar el problema de la causalidad implica la exclusión de «la perspectiva ecléctica». Tal decisión no tiene por qué llevar a explicaciones reduccionistas y esquemáticas. Una vez clarificadas las relaciones de jerarquización y dependencia entre variables (Harris, 1979, pp. 247-248), la naturaleza y variedad de las que se tienen en cuenta están en función de las condiciones concretas en las que se desenvuelve la investigación³².

³² El grado de precisión y especificidad en la definición del tema es una resultante de las variables escogidas. Kohl (1981, p. 111), por ejemplo, sugiere que «la aproximación materialista histórica sofisticada a la Prehistoria complemente, no reemplace, los incuestionables avances logrados dentro del paradigma ecológico-cultural». Por su parte, el marxismo estructural (Friedman, 1974; Tilley, 1981) se propone evaluar las

Los autores materialistas, además, evitan confundir «las motivaciones de un individuo para ajustarse a pautas de acción culturalmente prescritas con las condiciones nomotéticas responsables de esas pautas» (*ibidem*, p. 316). Su objeto de estudio específico puede consistir o no en la definición de esas condiciones nomotéticas pero, en cualquier caso, constituyen el marco de referencia para su investigación desde la selección del problema y los datos relevantes para su tratamiento hasta la interpretación.

El materialismo cultural y la ecología cultural (véanse *supra*, pp. 38-39) abordan el establecimiento de las condiciones nomotéticas mediante la aplicación del «método comparativo»³³. Este «no es otra cosa que la búsqueda de regularidades no filogenéticas en condiciones de comparación controlada» (*ibidem*, p. 565). Según Harris (*ibidem*, p. 562), la puesta en práctica de ese programa en los «sumarios de la historia del mundo» permite su reformulación como «proposiciones de covariación» con rango nomotético para «hacer predicciones y retrodicciones probabilistas sobre las culturas concretas». Esas «leyes generales» no pretenden explicar «todos los aspectos de los casos particulares» pero, si no «nos dijeran nada sobre los casos particulares difícilmente podrían aspirar al *status* de proposición empírica» (*ibidem*, pp. 561-562).

El autor (*ibidem*, p. 535) advierte que «las comparaciones estadísticas interculturales [... no] se pueden usar como fuentes primarias de proposiciones nomotéticas». «Lo que nos permite hablar de relaciones causales nomotéticas es el hecho de que una secuencia similar se repita en varios casos diferentes» (*ibidem*, p. 570). Es decir, «que en un conjunto de variables [pueda] identificarse alguna forma de covariación durante un período temporal de mayor o menor duración» (*ibidem*, p. 366). Así pues, la diferencia entre «una relación causal y una relación de asociación» es que la primera «tiene un componente temporal [...]. La diferencia entre los factores causales y los meramente predictivos no se puede tomar ligeramente» (*ibidem*, p. 537).

La «naturaleza probabilista» de las leyes a las que me acabo de

decisiones de los individuos a partir de las contradicciones derivadas de la autonomía funcional de estructuras y subsistemas.

³³ Harris (1979, p. 535) desestima las críticas de los particularistas al método comparativo (*supra*, pp. 31-33) afirmando que «la antropología [...] sólo puede llegar a sus leyes y proposiciones científicas abstrayendo y comparando los rasgos observables de muchos fenómenos» (cf. argumentos de Bagby frente a Boas, p. 47).

referir ha sido puesta en cuestión por Friedman (1974, pp. 464-465), para quien lo que Harris llama

probabilidades no son más que las distribuciones estadísticas reales de acontecimientos. Como tales, las afirmaciones cuasidescriptivas que él define como «generalizaciones» no son más que una repetición de lo que ya sabemos [...]. Una vez que la distribución [estadística] ha sido convertida en una afirmación de probabilidad, [cabe] hacer predicciones, pero la distribución original permanece inexplicada [...]. Si se quiere que las afirmaciones probabilistas jueguen un papel a nivel explicativo, tienen que ser generadas por estructuras teóricas.

En realidad, tampoco parece que esa objeción haya sido resuelta por la otra orientación nomotética a la que me he referido.

Marx elaboró las «leyes objetivas» de naturaleza económica (véase *supra*) que rigen la evolución de la humanidad mediante un «análisis teórico» que abstrae las categorías económicas de cada formación social (Academia, 1975, p. 21): «El método de Marx consiste en irse remontando de las categorías económicas más simples a las más complejas [...]. Siguiendo este orden [...], la investigación *lógica* refleja el curso histórico del desarrollo social» (*ibidem*).

Sin embargo, esas categorías proceden fundamentalmente del análisis de la sociedad capitalista. En Occidente, donde se desconocen casi por completo los fundamentos teóricos y metodológicos de la investigación europea oriental sobre las sociedades precapitalistas, «no está totalmente claro qué constituye la *forma* deseada de explicación» en estos casos (Renfrew, 1982, pp. 11-12) (véanse *supra*, pp. 9-10).

El investigador soviético Klejn (1977, p. 23), una de las pocas excepciones a la situación citada, concede a la «explicación por medio de ley una posición clave» en la Prehistoria, añadiendo que «otras formas de explicación necesariamente *llevan* a una explicación por medio de ley». Ello no niega la intervención del azar, ni la naturaleza frecuentemente accidental e impredecible de las elecciones históricas, sino que expresa la convicción de que «una vez que se han tomado, empiezan a funcionar las leyes que rigen la alternativa escogida» (*ibidem*). Afirma que: «Las leyes del proceso cultural se fijan con ayuda de conclusiones inductivas basadas en hechos (pero no sólo con ellas). Sin embargo, los propios hechos son establecidos por la aplicación de otro tipo de leyes: no las leyes del proceso cultural, sino las leyes de la transformación de una cultura viviente en una cultura muerta» (*ibidem*, p. 11).

Como se ve, se trata de un punto de vista con grandes analogías con las posiciones nomotéticas comentadas previamente. Incluso la naturaleza probabilista de las leyes aparece en autores marxistas occidentales, justificada por el «carácter abierto y complejo de la materia de estudio, así como [...] la gran cantidad de interrelaciones observables entre los distintos fenómenos, [...] que imposibilita una causalidad lineal» (Linares, 1984, p. 127). Como indica P. Vilar (1982, p. 40): «No es que el hombre no intervenga: “los hombres hacen su propia historia”. Pero el resultado estadístico o combinatorio, de sus acciones y decisiones conjugadas se les escapa y se convierte en un fenómeno objetivo.»

La impresión de Renfrew (1982, pp. 11-12) es que esa forma deseada de explicación escogida por los materiales históricos se concreta, en muchos casos,

en la demostración de cómo cabe concebir la actuación de los acontecimientos y procesos, apropiadamente analizados e interpretados, en conformidad con el modelo general establecido por Marx en el Prólogo a la *Contribución a la crítica de la economía política* [...]. Si esta percepción es correcta, la fuerza de la explicación reside en última instancia en la autoridad de Marx. Cualquier otro soporte epistemológico más profundo permanece implícito, si es que existe.

Al margen de la corrección de las observaciones de Renfrew en relación con la escasa atención prestada por los prehistoriadores marxistas occidentales a los fundamentos teórico-metodológicos de su investigación, el párrafo expresa una reticencia hacia «ciertas» formas de ciencia social que Binford ampliará recientemente³⁴. A su juicio, «las técnicas empleadas por los filósofos sociales representan el extremo opuesto [a las de los científicos naturales] [...]. Usan el registro arqueológico para progresar en sus postulados mediante lo que [llama] “argumentos acomodaticios *post hoc*”, es decir, consideran el pasado como “conocido” en cuanto que coincide con su tendencia filosófica particular o con su posición adoptada» (Binford, 1988, p. 20).

Cabe preguntarse por qué los postulados funcionalistas de ambos autores merecerían quedar excluidos de esa evaluación. Parece como si se quisiera obviar el compromiso teórico de todo prehistoriador en su investigación (véase *supra*, p. 48) y las implicaciones que ello

³⁴ Binford (1988, p. 20) hace extensiva su reticencia a «puntos de vista diversos (marxista, estructuralista, materialista, idealista, etc.)».

tiene en la revisión de la creencia positivista en la objetividad absoluta (véanse *supra*, pp. 20-23 y 20-21). Concluiré este apartado con algunos comentarios sobre estas cuestiones.

La ecología cultural y el materialismo cultural comparten con el materialismo histórico una toma de postura clara en torno a la causalidad en la cultura, así como la orientación nomotética. Sin embargo, este último enfoque defiende posiciones antitéticas a los demás en lo que atañe al factor considerado determinante en la evolución cultural. Las implicaciones sociopolíticas de una concepción de la cultura basada en el conflicto, como en este caso, o en el consenso y equilibrio entre los componentes de la sociedad ya han quedado de manifiesto (apartado II.5 de este capítulo).

En cuanto al problema de la objetividad, la cuestión que se les plantea a los materialistas históricos es la siguiente: «¿tiene una validez universal y no sólo individual, el conocimiento si admitimos que el sujeto, socialmente condicionado, posee un papel activo en el acto de conocimiento?» (Linares, 1984, p. 129). Su respuesta es que «la objetividad es una propiedad relativa y no absoluta, suponiendo los actos de conocimiento un proceso, no un dato definitivo e inmutable» (*ibidem*). Se pretende alcanzar «la verdad [...] gradualmente a través de una evaluación crítica socialmente consciente de las diferentes reconstrucciones del pasado», disolviendo la dicotomía «objetivo-subjetivo» (Rowlands, 1984a; cit. por Kohl, 1985, p. 112).

Desde una perspectiva diametralmente opuesta Binford (1988, pp. 25-26) mantiene la contraposición «nuevo arqueológica» entre ciencias sociales y naturales, reivindicando la adopción de los métodos de inferencia de las segundas por la Arqueología. Vincula el progreso de la disciplina no con el desarrollo teórico, sino con el de dichos métodos encaminados a «lograr una relativa objetividad al evaluar las ideas nuevas» (*ibidem*, p. 249, nota 14).

Por mi parte, asumo el punto de vista de Chalmers (1984, p. 234) y de los materialistas históricos acerca de la historicidad del conocimiento científico y en contra de una «ideología de la ciencia»³⁵ que la da un carácter «intemporal y universal»:

³⁵ Chalmers (1984, p. 234) conecta la «ideología de la ciencia» que «implica el uso del dudoso concepto de ciencia y el igualmente dudoso concepto de verdad que a menudo va asociado con él» con la «defensa de posturas conservadoras». Recuérdense las críticas de Trigger (1984, p. 366) a la N.A. como expresión del imperialismo americano (véase *supra*, p. 41).

no hay una categoría general de «ciencia», ni tampoco un concepto de verdad que esté a la altura del proyecto de describir a la ciencia como una búsqueda de la verdad. Toda área de conocimiento ha de ser juzgada por sus propios méritos, investigando sus fines y el grado en que es capaz de cumplirlos. Además, los juicios sobre los fines estarán a su vez relacionados con la situación social (*ibidem*, p. 231).

Esto no supone la adopción de una posición individualista y relativista:

no se trata de que un punto de vista sea tan bueno como cualquier otro. Si se quiere cambiar una situación de una forma controlada [sea] el estado de desarrollo de una rama del conocimiento o [...] de un aspecto de la sociedad, como mejor se logrará esto será comprendiendo la situación y dominando los medios disponibles para cambiarla [...]. La política de «*todo vale*» [...] significa que, en la práctica, *todo sigue igual* [*ibidem*, p. 235].

Los próximos epígrafes están destinados a comprender cuál es el estado de desarrollo de la Prehistoria española a partir de los medios de análisis que he expuesto en estos apartados introductorios, con objeto de explorar cuáles serían los aspectos más necesitados de cambio.

III. ALTERNATIVAS ESPAÑOLAS A LA CRISIS

III.1. *Introducción: el «concepto de Prehistoria» tradicional en la investigación española*

El «concepto de Prehistoria» que identifica la tradición nacional española combina un «enfoque idealista en la interpretación de los datos arqueológicos» (Gilman, 1988, p. 50) con la adopción de una metodología positivista³⁶.

El primero queda patente en la emblemática *Historia de España* dirigida por don Ramón Menéndez Pidal, según la cual: «Una historia verdadera sería la historia del espíritu humano, la historia cuyas continuidades y cambios reflejaran la supervivencia de viejas ideas y actitudes y la llegada de nuevos modos de pensar» (*ibidem*, pp. 47-48).

³⁶ Se recogen aquí algunas de las ideas desarrolladas en los apartados II.2, II.3 y II.4 de este capítulo.

Gilman (*ibidem*, pp. 49-50) indica con cierta ironía que ello no deja de tener la virtud de favorecer «un cierto sentido de comunidad con el pasado», parte de esa «prehistoria nacionalista que busca ligar a los pueblos modernos a través de un tejido continuo de tradiciones con sus pasados remotos»³⁷, característica de la orientación disciplinar en Europa (*supra*, p. 4). Tiene también un objetivo de ejemplaridad en la medida en que «reconstruir ese pasado de la humanidad [...] nos ayuda a interpretar el presente y a conducirnos hacia el futuro» (Almagro, 1973, p. 21)³⁸.

La adopción de una metodología positivista da lugar a una visión del pasado, en general, alejada de esa pretendida «historia del espíritu humano». Como la condición de cientificidad del positivismo es la posibilidad de verificación por referencia directa a fenómenos observables, el objeto de la Prehistoria queda pronto reducido a «una sistemática de la cultura material, es decir, Arqueología» (Vicent, 1985, p. 66). En consecuencia, las culturas se definen en términos de su contenido formal, «como sinónimo de asociación tipológica persistente, [...] con un sentido puramente clasificatorio y referido exclusivamente al repertorio material» (*ibidem*, p. 65). Se intenta su delimitación cronológica y geográfica, «explicando sus interrelaciones mediante conceptos tales como migración y difusión» (Trigger, 1978, pp. 4-5)³⁹.

Ello no implica renunciar «a la comprensión global de los fenómenos de la prehistoria» que se pretende alcanzar mediante «la interpretación de las categorías taxonómicas en [...] términos [histórico-culturales]» (Vicent, 1982, p. 23). Ahora bien, la ausencia de cualquier «criterio restrictivo en la interpretación histórica del registro arqueológico» determina que «las posibilidades de especulación subjetiva [sean] muy amplias» (*ibidem*, p. 30).

Desde el punto de vista metodológico es característico el empleo sistemático de la «explicación *ad hoc*». Esto ocurre tanto en la propia elaboración del registro arqueológico (particularmente construcción

³⁷ Como se recordará, el componente nacionalista no es exclusivo de la Prehistoria (Trigger, 1984). Está vinculado con las tendencias conservadoras de la historiografía académica (véase *supra*, p. 27).

³⁸ Recuérdese que ésta era una de las alternativas propuestas por el hiperescepticismo inglés en relación con la posibilidad de conocimiento de la Prehistoria (cf. Daniel, pp. 33-34).

³⁹ Esta era la situación de la arqueología norteamericana en la década de los treinta (cf. p. 4).

de los paralelos), como en su interpretación histórica y antropológica. Se entiende por «explicación *ad hoc*», aquella que se introduce «con el único propósito de salvar una hipótesis seriamente amenazada por un testimonio adverso; no vendría exigida por otros datos, y, en general, no conduce a otras implicaciones contrastadoras» (Hempel, 1978, p. 52).

No es necesario insistir aquí en que esa forma de razonamiento está radicalmente proscrita de la metodología científica (Popper, 1977; Hempel, 1978). Quizá la única explicación del uso abusivo de la misma por parte de los prehistoriadores españoles haya que buscarla en el tradicional apartamiento de la Prehistoria en nuestro país de la discusión teórica.

La versión clásica del «ciclo metodológico ideográfico» (Anticientifismo) que comento coexiste, a partir del impacto de la «Revolución Tecnológica» (Vicent, 1982, p. 11), con la «radicalización de la reacción antiteórica» representada por el Reformismo pragmático (*ibidem*, p. 33). Como se indicó, se trata más de una estrategia de investigación que de «un programa metateórico estrictamente diferenciado del tradicional» (*ibidem*, p. 31). En consecuencia, la caracterización de este ciclo se centrará en los autores encuadrables en su primera interpretación.

El texto de *El hombre ante la historia* del doctor Almagro (1957), puede ilustrar la confluencia del difusionismo boasiano (*supra*, pp. 31-32) y alemán (*supra*, p. 23) en la orientación idealista de la Prehistoria española, así como las peculiaridades de ese idealismo respecto a sus versiones «clasicistas»⁴⁰.

El objetivo de la Historia consiste en «exponer de una manera verídica y lo más completa posible [las] culturas [definidas por Prehistoria y Etnología], después de analizar sus formas de vida y con ellas

⁴⁰ En concordancia con la situación que describí en la introducción, la obra de los grandes prehistoriadores españoles carece todavía de una adecuada valoración en el contexto del desarrollo de la disciplina en nuestro país. Contamos únicamente con necrológicas y homenajes (Comas, 1976a), escritos por personas allegadas, obras que por su propia naturaleza no pueden cubrir ese objetivo. No obstante, las notas biográficas (Comas, 1976b) son de gran interés. Las del doctor Ripoll (1984) pueden ser indicativas de la enorme influencia del doctor Almagro en dicho desarrollo. Ello unido a que *El hombre ante la historia* contiene una de las pocas exposiciones explícitas de la Filosofía de la Historia, que sustenta la investigación particular de un prehistoriador, creo que justifican la atención que la voy a dedicar.

Agradezco al doctor M. Fernández-Miranda haberme facilitado el acceso a la misma.

los hechos acaecidos» (Almagro, 1957, p. 74). Para este «empeño de construir una científica y por lo tanto verdadera Historia» se emplean «métodos de trabajo que a veces [...] enraizaban más [a prehistoriadores y etnólogos] con las ciencias naturales que con las ciencias filosóficas» (*ibidem*, p. 72).

La ingente información acumulada hizo

ver al historiador veraz el origen e importancia diversa que las formas de vida tenían en cada momento y en cada sociedad. Estas formas de vida, estas *Lebensform* [...] no eran originadas, ni podían ser explicadas, con los conceptos [...] idealistas o materialistas que un historiador racionalista hubiera concebido, sino por causas muy diversas, [cuya] importancia y desarrollo no podían ser ordenados con un criterio *a priori* causal como el que se aplicaba a [...] las ciencias de la Naturaleza [*ibidem*, p. 80].

En consecuencia, los intentos de «formular leyes fijas de origen causal que determinen o expliquen la vida pasada o futura del hombre» dan lugar «sólo [a] concepciones *racionales*, no reales, no positivas» (*ibidem*, pp. 61-62). La alternativa a esas tentativas nomotéticas es

el concepto de cultura *Kultur*, con el cual la vida humana aparece en su desarrollo formando sucesivamente diversos e independientes círculos o culturas, en las que determinadas formas de vida nos muestran estructuras y valoraciones diferentes, separando unas culturas humanas de otras, las cuales se fueron diferenciando más y más conforme se fueron conociendo mejor por los investigadores sus elementos estructurales y sus matices expresivos particulares [*ibidem*, p. 81].

El autor contrapone las «ciencias naturales» a «las filosóficas» de modo análogo a como Binford (1988, pp. 25-26) hará años después (véase *supra*, p. 56). Se concede a la «ciencia natural» la veracidad en el análisis y exposición de los datos, reivindicando el empleo de sus procedimientos por parte de historiadores y etnólogos. Sin embargo, al propio tiempo, se niega la posibilidad de un estudio racional del fenómeno humano definido como una «forma de vida» con resonancias en Dilthey, Croce y Collingwood (véanse *supra*, pp. 28-29). La especificidad de esas «formas de vida» que son los «círculos o culturas» lleva a «confesar [una] angustiosa situación [...] sabemos bien lo que no es la Historia Universal, pero no sabemos cuál es la manera

de escribir lo que hemos logrado averiguar de nuestro pasado» (Almagro Basch, 1957, pp. 145-146).

En el contexto histórico de la larga posguerra española, la alternativa más que la del hiperescepticismo inglés⁴¹ es la lucha «contra el error que otras falsas construcciones históricas representan» (*ibidem*, pp. 146-147)⁴².

Un aspecto específico del idealismo defendido por los prehistoriadores españoles, que el doctor Almagro tan bien representa, es su atención «amorosa» a «los vestigios [...] por pobres que fueran», tanto prehistóricos como etnológicos (*ibidem*, pp. 74-75)⁴³. Si bien es cierto que los segundos pocas veces fueron integrados en la forma magistral en que el doctor Alonso del Real (1977) lo hizo, sin embargo sí puede considerarse un «rasgo de identidad» de los estudios prehistóricos españoles la atención a esos «pobres vestigios».

Este rasgo les diferencia claramente de los investigadores de la «Arqueología clásica» (ibérica, romana y griega) (Chapa, 1986) que examinaban sus datos en función de su «calidad de conocedores de lo artístico» (Gilman, 1988, p. 48), en la línea de la «tradición alemana» (Whitley, 1987).

Me interesa comentar ahora, por sus implicaciones directas en la práctica arqueológica de los prehistoriadores españoles, la idea de cultura que subyace al «concepto de Prehistoria» tradicional. La crítica sistemática de que ha sido objeto por parte de los investigadores funcionalistas convierte sus obras en un punto de referencia inevitable a este propósito.

Los «nuevos arqueólogos» denominan «normativistas» a aquellos de sus colegas que ven la cultura como «un cuerpo de ideas, valores y creencias compartidas: las “normas” de un grupo humano» (Watson, Leblanc y Redman, 1974, p. 79). Se «concibe como un gran “todo”, transmitido a través del tiempo y el espacio, por aprendizaje o difusión» (Binford, 1965, p. 204).

La tarea del arqueólogo «radica, por consiguiente, en abstraer de los productos culturales, los conceptos normativos existentes en las mentes de los hombres desaparecidos [...] y por este camino alcanzar la esencia de la cultura» (Watson, Leblanc y Redman, 1974, pp. 79-80).

⁴¹ Véase nota 38.

⁴² Véase nota 21.

⁴³ La vinculación de Prehistoria y Etnología en las mismas cátedras universitarias es buen ejemplo de ello.

Este objetivo implica varias asunciones. Por un lado, que «los artefactos, al margen de su contexto funcional, pueden ser tratados como “rasgos” iguales y comparables» (Binford, 1972a, p. 21). Además, al ser «categorías de una escala nominal son, por definición, mutuamente exclusivas y presumiblemente parte de una escala exhaustiva que puede acomodar todas las observaciones arqueológicas». De ello se deduce que «la información tabulada en una escala de ese tipo es aditiva» (*idem*, 1972c, p. 96).

Por otro lado, se supone que las normas pueden explicarse «en sí mismas», ya que se consideran «como formas independientes y no como aspectos funcionales de la cultura» (Watson, Leblanc y Redman, 1974, p. 81). En consecuencia, «una serie de [...] tipos de artefactos se entiende como el agregado de la totalidad de la cultura, o al menos por un reflejo de él» (*ibidem*, p. 80)⁴⁴.

Es fundamental tener conciencia clara de que no se trata de un enfoque contextual de la cultura, como el boasiano, sino por el contrario de otro aditivo, partitivo, aunque mantenga puntos de contacto con la orientación difusionista norteamericana como el idealismo, la «perspectiva ecléctica» o «la ilusión empirista de los hechos sin teoría». Por otro lado, como veremos, tiene una preocupación por la cronología ausente de ella que, como la exhibida por el alemán (véase *supra*, p. 31), se establece entre sucesos individuales y jamás permite una generalización nomotética (véase *supra*, p. 32).

I. Hodder (1982, p. 11) atribuye la consideración no-contextual de la cultura a la idea de que «no hay y no puede haber coincidencia entre los aspectos materiales y no materiales de la cultura» (Daniel, 1962, p. 130). A su juicio (Hodder, 1982, p. 11), paradójicamente, la propia «creencia en la falta de integración entre los diferentes aspectos de una sociedad y cultura [evita] un desarrollo de los objetivos humanísticos» que la investigación⁴⁵ había establecido. Es un juicio que suscribo por completo y cuya corrección creo que quedará patente cuando se comente la literatura específica. Existen otros aspectos que abundan en el mismo sentido.

La investigación normativista se propone la «reconstrucción de la historia cultural» desde los presupuestos que se han enunciado. Esta «consiste en la ordenación de las unidades culturales de forma tal que

⁴⁴ Recuérdesse la subsunción de la Prehistoria en una arqueología descriptiva en este ciclo metodológico ideográfico.

⁴⁵ En el caso de referencia, el hiperescepticismo inglés (véase *supra*, p. 34).

revele de manera precisa sus afinidades genéricas» (Binford, 1972c, p. 81). Con ese objeto se dividen los restos arqueológicos en «unidades observacionales» (objeto, industria, conjunto, asentamiento), que permitirán evaluar las diferencias y semejanzas entre sitios en el estudio comparativo (*ibidem*, p. 96).

Ese «acercamiento partitivo a la cultura» permite «determinar en principio cuántas ideas o normas tienen [...] dos culturas en común», «tabulando simplemente el total de tipos de artefactos compartidos por dos sitios cualquiera» (Watson, Leblanc y Redman, 1974, p. 80).

D. Aberle (1960, p. 3; cit. por Binford, 1965, p. 204) ha señalado que los partidarios de la posición normativista se ven forzados a explicar las «diferencias y semejanzas culturales», identificadas en el estudio comparativo, en términos de factores históricos o psíquicos. En opinión de este autor, dichos investigadores estiman que

ninguna cultura puede entenderse sólo por referencia a su situación actual. Como resultado de los accidentes de la historia, ha tenido contactos con una variedad de otras culturas. Esas otras culturas proporcionan el fondo de material cultural potencial en el que las culturas pueden inspirarse. Como no hay bases generales para predecir qué culturas tendrán contacto entre sí, el factor histórico tiene un carácter accidental y fortuito.

Con respecto al factor psíquico, hay cualidades en la mente de los hombres —ya sean tendencias generales a la imitación o actitudes específicas mantenidas por un grupo particular— que determinan si un ítem cultural disponible será tomado prestado o no. Aunque los contactos son impredecibles, las leyes de la psicología pueden explicar la aceptación y el rechazo. Por tanto las leyes de la cultura son leyes psicológicas.

La circunstancia de que «la mayoría de los arqueólogos estén pobremente preparados» para actuar como «paleopsicólogos» lleva a los normativistas a dedicarse a la investigación de la «historia cultural» (Binford, 1965, p. 204).

El objetivo de esta última era, como recordaremos, ordenar las culturas, previamente divididas en «unidades observacionales», de acuerdo con sus similitudes genéricas. Como el acercamiento al estudio de la cultura es partitivo, hay que determinar *para cada rasgo cultural* si la semejanza se debe a «transmisión lineal, difusión entre unidades culturales, o desarrollo independiente dentro de cada unidad cultural» (Binford, 1972c, p. 81).

Algunos de los supuestos sobre los que se opera son (*ibidem*, pp. 81-83):

1. El grado de afinidad genealógica entre dos unidades culturales está en función de «las semejanzas que muestran en características relacionadas genéricamente».

2. Se puede medir el grado de afinidad, comparando la proporción que suponen tales características «respecto al número de rasgos de ese tipo no compartidos».

3. «La probabilidad de que la difusión haya tenido lugar aumenta directamente con el grado de semejanza formal entre rasgos e *items* [...] y con el grado de complejidad [...] de los rasgos comparados».

4. Por el contrario, dicha probabilidad «decrece con el aumento de la distancia temporal y espacial entre los rasgos que están siendo comparados».

En definitiva, «las diferencias y semejanzas culturales son expresadas [...] en términos de relaciones culturales» (Binford, 1965, p. 204) («hibridaciones», «influencias», «estímulos») entre y dentro de «tradiciones históricas» definidas en gran medida sobre la base de una postulada continuidad regional o local de las poblaciones» (Binford, 1972a, p. 21).

L. R. Binford (1965, p. 204) ha designado este marco interpretativo como una «visión acuática de la cultura», por la frecuencia con la que se emplean en la literatura correspondiente expresiones como «corriente cultural», «flujo», «oleadas», etc.

Dicho marco «se basa en la suposición de un “centro cultural” donde, por razones no especificadas, los niveles de innovación exceden los de las áreas limítrofes. La nueva cultura se extiende desde ese centro y se combina con las culturas limítrofes hasta que se disipa en los bordes, dejando culturas marginales. Las relaciones culturales se conciben como el grado de “influencia” mutua o unilateral, ejercida entre centros o subcentros culturales».

Las discontinuidades espaciales, en la distribución de las características formales similares que constituyen el «flujo cultural», se perciben como consecuencia de:

1. «barreras naturales al contacto social»,
2. «una matriz psicológica conservadora que evita la aceptación de rasgos foráneos» y
3. «la migración o intrusión en el área de nuevos pueblos que rompen el modelo previo de contacto social».

Las interrupciones «en la continuidad formal a través del tiempo

se entienden como resultado de sucesos históricos [...] tales como expansión, migración, y las difusiones de ideas "nucleares" como cultos religiosos».

A su vez, los conceptos normativos sufren ciertas variaciones debido a mecanismos de innovación o contacto, que se juzgan «naturales a la cultura». Estas últimas «cristalizan» «periódicamente en diferentes puntos del tiempo y del espacio, dando lugar a unos distintivos y, a veces, llamativos momentos de clímax cultural que [...] permiten romper el continuo de la cultura en fases culturales» (*ibidem*).

Las implicaciones de estas tesis a la hora de acometer el estudio del «proceso cultural» son las siguientes (Binford, 1972*d*, pp. 87-88). Muy a menudo se le considera «equivalente [...] a una secuencia de modificaciones de formas, normalmente resumida en un estadio de clasificación».

Un segundo o, a veces, un procedimiento alternativo ha sido intentar un estudio comparativo de los cambios espaciales y temporales de las formas culturales arqueológicamente conocidas, para observar ciertas tendencias o regularidades. Esas tendencias son declaradas después generalizaciones empíricas que, a su vez, son tomadas como aserciones en relación con el proceso cultural.

El contraste entre las presuposiciones básicas de la interpretación histórica tradicional y las alternativas propuestas por una visión integrada de la cultura —en este caso, funcionalista— puede ser útil para una evaluación final de la misma.

Binford (1972*d*, p. 326) enuncia tres presuposiciones:

1. «Una cultura es un cuerpo de costumbre que surge en el contexto de la vida conceptual-intelectual de las gentes y varía en su distribución en función directa de los modelos de transmisión y con capacidades y oportunidades que difieren según la experiencia intelectual.»

Por el contrario, el autor sostiene que

la cultura es el medio extrasomático de adaptación del hombre. Como tal, la cultura está dividida en numerosos sistemas compuestos de energía, materia e información. Los sistemas culturales tienen un contenido y unas propiedades organizativas, forma y estructura; la estructura de un sistema condiciona la naturaleza y variedad de su contenido formal. La información y conocimiento de formas alternativas nunca es causa suficiente para el cambio for-

mal en un sistema cultural [...] sólo la variabilidad estructural entre sistemas culturales condiciona fuertemente el grado en que la información y el conocimiento se traducirá en conducta organizada cultural [*ibidem*].

«La cultura, en este sentido, no es necesariamente compartida; los hombres participan de ella» de manera diferente según el tipo de tareas, lugar, unidad social o institución a través de las cuales se integran en el sistema cultural. «Dentro de cualquier sistema cultural, el grado en el que los participantes comparten las mismas bases de ideas debe variar [...] inversamente al grado de complejidad cultural del sistema como un todo» (Binford, 1965, p. 205).

El énfasis en los rasgos comunes, característico de la investigación normativista, ha provocado «un enmascaramiento de las diferencias y la reunión de fenómenos que serían distinguidos si se empleara otro método taxonómico» (*ibidem*; también en Watson, Leblanc y Redman, 1974, p. 80).

2. «Las costumbres de una tradición sociocultural individual eran originariamente uniformes y formalmente distintas [...]. El corolario de esta suposición es: las múltiples prácticas observadas entre cualquier serie dada de unidades socioculturales resultan de mezclas o hibridaciones culturales en el pasado» (Binford, 1972d, pp. 236-237).

Este supuesto es antitético, como es obvio, de la concepción funcionalista de la cultura como un sistema con subsistemas diferenciados. Desde esta posición teórica caben varias objeciones. En primer lugar, «el grado en que puede demostrarse que las costumbres son uniformes dentro de un sistema cultural es una medida directa del grado en que aquéllas no están relacionadas con las características organizativas diferenciadas entre los componentes del sistema» (*ibidem*, p. 237).

En segundo lugar, la presencia de prácticas múltiples entre unidades socioculturales distintas depende del «grado de variabilidad de la complejidad sistemática observada» entre ellos, resultado de sus respectivos procesos evolutivos (*ibidem*). Es decir, del grado de complejidad cultural de cada uno de los sistemas considerados (Binford, 1965, p. 205).

3. «Para propósitos prácticos, el grado de semejanza formal observada entre unidades socioculturales independientes es una medida directa del grado de relación genética o de filiación cultural entre las unidades comparadas.»

Binford señala que esta «suposición ignora la posibilidad de que haya procesos que operen selectivamente en un cuerpo de ideas o conocimientos [...], además presume que el conocimiento y las ideas son causas suficientes de cambio y variabilidad cultural», lo que más arriba se ha puesto en cuestión (Binford, 1972d, p. 238).

En realidad, el hecho de que se compartan ciertas formas de contenido cultural puede explicarse tanto como consecuencia de «fases comunes de procesos evolutivos entre sistemas socioculturales interactuantes [...], como el subproducto de sus grados de interacción» (*ibidem*, p. 237). Esa doble eventualidad no ha sido tomada en cuenta por los prehistoriadores normativistas que desde Tylor y Graebner han venido empleando unas guías para la interpretación de semejanzas formales (*cf. supra*) que «ignoran los problemas irresueltos inherentes al método [..., en concreto,] que las clasificaciones tienen que hacerse a tenor de una lista de rasgos culturales indiferenciados con respecto a la probabilidad de que representen analogías u homologías» (Binford, 1972c, p. 82). Como señalaba R. Lowie (1912, p. 28; cit. por Binford, 1972c, p. 82), «la comparación de forma nunca puede hacer más que establecer la identidad de formas; que tal identidad sea explicada por relación genética es una hipótesis».

La crítica a este tercer supuesto de la interpretación histórica tradicional es de gran trascendencia dado el propósito de los prehistoriadores normativistas de reconstruir la historia cultural a partir de las filiaciones entre culturas. Ahora bien, aun en el caso de que las explicaciones históricas específicas pudieran ser demostradas, darían cuenta simplemente de los mecanismos, no de los procesos de cambio y evolución cultural. Así, por ejemplo, si se llegara a probar que tuvo lugar una migración, quedaría por averiguar «qué circunstancias adaptativas, qué procesos evolutivos indujeron la migración» (Binford, 1972a, p. 22).

Ello se debe a que no se ha resuelto el problema de la causalidad:

cualquier estadio de clasificación es simplemente una escala ordinal de medida. La aplicación de tal escala a innumerables casos empíricos, o incluso la sistematización última de todos los materiales arqueológicos, nunca puede proporcionarnos una comprensión de los procesos que operaron en el pasado y dieron como resultado la secuencia estadal. Una generalización empírica de los datos —no importa qué precisa sea— nunca es una explicación de los datos [Binford, 1972c, p. 88].

Las razones que aduce Binford son dobles. En primer lugar, «las decisiones respecto a qué características son significantes en el desarrollo general de la cultura no derivan de los propios datos. Su sentido general les viene dado por las ideas» que mantiene el investigador «sobre los procesos de desarrollo cultural» (*ibidem*, p. 89) (problema de la determinación teórica).

En consecuencia, «unas unidades analíticas intuitivamente establecidas, cuya significación no se especifica son, todo lo más, de utilidad limitada para probar hipótesis». Ese objetivo sólo puede alcanzarse si el prehistoriador es capaz de justificar sus observaciones «como medidas relevantes de las variables identificadas en las proposiciones» que ha formulado (*ibidem*, p. 97).

En segundo lugar, la generalización queda invalidada sólo con que se cite un caso empírico en sentido contrario o con que se sugiera la posibilidad de que tal caso suceda.

«Además, la validez del propio principio interpretativo nunca puede ser demostrada independientemente, ya que su exactitud sólo se prueba por referencia a la generalización empírica que dice explicar». Una extensión de la generalización a nuevos casos «simplemente proporciona más ejemplos para los que el principio puede ser relevante; de ninguna manera demuestra el propio principio» (*ibidem*, pp. 91-92) (problema de la «explicación *ad hoc*»).

La combinación de empirismo, perspectiva ecléctica e interés por la reconstrucción de la historia cultural en la Prehistoria normativista da lugar a la confusión entre sucesión temporal y causalidad histórica. Una de las declaraciones más claras sobre este particular corresponde a M. Almagro y A. Arribas (1963, p. 199; también en p. 191): «Para el arqueólogo y para el historiador en general [es] una verdad básica, que donde no hay cronología no hay historia. Sin ella no se comprenden los sucesos acaecidos, no se acierta a interpretar qué fenómeno fue anterior y causa de los posteriores, no hay, en una palabra, lógica en el acontecer de los hechos, y eso sólo es la Historia.»

Sin embargo, la cronología no es explicativa por sí misma. Es, «por supuesto, una necesidad práctica de todo trabajo histórico», pero su investigación «está subordinada teóricamente a la estructura y desarrollo de las sociedades prehistóricas» (Kristiansen, 1985, pp. 261 y 263).

La creencia en la naturaleza ateorica de la Prehistoria y el arraigo del «argumento de autoridad» (véase *supra*, p. 19) acaban haciendo concebir esta metodología normativista, como la metodología «pro-

pia de la tradición disciplinar cuya existencia es consustancial a la propia disciplina» (Vicent, 1984, p. 80). Ello favorece, a su vez, el dogmatismo paralizándolo la discusión crítica. Por otra parte, cuando ésta surge, lo hace teñida con excesiva frecuencia de descalificaciones personales muy en consonancia con la implantación de dicho «argumento».

La situación a que da lugar este proceso de retroalimentación era descrita por J. Alcina Franch (1975, pp. 68-69) en estos términos: «la Arqueología española de los últimos treinta años puede definirse por las siguientes características [...]: 1) carencia teórica casi absoluta, 2) carencia de programa, 3) nivel descriptivo o «arqueográfico» generalizado, 4) nivel interpretativo exclusivamente historicista, 5) déficit en el estudio del componente ambiental y 6) ausencia de estudios interdisciplinarios o multidisciplinarios».

Junto a estas deficiencias no se pueden negar los importantes avances que tienen lugar, desde fines del siglo pasado, en los procedimientos puestos en práctica. La propia introducción del enfoque empirista entre los dos siglos supuso un progreso notable al reivindicar «lo técnico frente a la concepción estético-cultural del kantismo» hasta entonces imperante (Ruiz Rodríguez *et al.*, 1986, p. 30). Otro tanto cabe decir de la incorporación del «concepto de tipología formal como base para la investigación de lo arqueológico» (*ibidem*, p. 32) o la mejora relativa de las técnicas de excavación (*ibidem*, p. 31).

Esta tendencia prosigue y se amplía en el lapso temporal al que hace referencia el doctor Alcina acelerándose en la década de los setenta, como en los países de Europa continental con los que estamos más directamente relacionados (Alemania, Francia), por los factores que ya conocemos (véanse *supra*, pp. 1-2).

El impacto de la «ciencia en Arqueología» (Brothwell y Higgs, 1980) está vinculado en buena medida con la investigación alemana⁴⁶. Algunas de sus manifestaciones más representativas, a mi juicio, son los análisis metalográficos del equipo de Stuttgart (Junghans, Sangmeister y Schröder, 1960 y 1968), los paleontológicos emprendidos por J. Boessneck y A. von der Driesch del Instituto de Paleoa-natomía, Instituto de Domesticación e Historia de la Medicina de la

⁴⁶ Presento aquí parte de la información de mi ponencia «Crítica de la metodología arqueológica en el Viejo Mundo: el caso español» defendida en el I Coloquio Hispano-Mexicano de Teoría, Método y Conservación en Arqueología (Castillo de Magalia. Las Navas del Marqués. Avila, 2-5 de mayo de 1988). Las fechas que indico corresponden a las de las primeras publicaciones a las que he tenido acceso.

Universidad de Munich, publicados en la serie «Studien über frühe Tierknochenfunden von der Iberischen Halbinsel» desde 1969, así como los paleobotánicos debidos a M. Hopf del Römisch-Germanisches Zentralmuseum (Maguncia), desde 1964.

Por su parte, las excavaciones con control estratigráfico preciso, cuadrícula y amplia documentación gráfica son introducidas en yacimientos al aire libre pertenecientes a períodos metalúrgicos por arqueólogos alemanes (Sangmeister, Schüle) o anglosajones (Mas, 1988, p. 7). En el caso de las cuevas y abrigos es fundamental la conexión de los paleolitistas cantábricos con los franceses vía el Instituto del Cuaternario de la Universidad de Burdeos o vía el Museo del Hombre de París, dirigidos por los doctores Bordes (†) y Leroi-Gourhan (†), respectivamente. Con esta última institución y, en concreto, con su Laboratorio de Palinología, dirigido por madame Arl, Leroi-Gourhan se vincula la línea más continuada e influyente de estudios en ese campo en la Península (P. López García, Departamento de Prehistoria, CSIC, Madrid).

El buen nivel alcanzado por las excavaciones arqueológicas españolas en el período de referencia queda patente en las monografías publicadas por las distintas administraciones públicas⁴⁷. La incidencia de la «Revolución Tecnológica» se concreta, a su vez, en la celebración de reuniones destinadas a la presentación de las características y posibilidades de utilización de los campos y técnicas científicas citados, así como de otros más, en Prehistoria (Chapa, 1988, p. 137).

Esta situación supone una mejora notable en los dos últimos rasgos de la Arqueología española indicados por Alcina (1975, p. 69). Sin embargo, al haber tenido lugar sin un replanteamiento del primero (las bases teórico-metodológicas), difícilmente puede llevar por sí sola a la renovación de la disciplina. De hecho, el efecto producido es precisamente el contrario: el reforzamiento de la orientación histórico-cultural tradicional mediante la renovación introducida por el «reformismo pragmático» (véanse *supra*, pp. 20-21)⁴⁸.

⁴⁷ Son fundamentales las series *Excavaciones Arqueológicas en España* y *Noticario Arqueológico Hispánico* (Ministerio de Cultura, Madrid) que, antes de finalizar el proceso de transferencia de competencias de la Administración central a las comunidades autónomas, daban a conocer los resultados de las excavaciones emprendidas en todo el país.

⁴⁸ Así, por ejemplo, la positiva reorientación de los prehistoriadores españoles hacia los estudios ambientales y económicos ha permitido contar con una importantísima información, anteriormente casi inexistente. Sin embargo, ésta se incorpora en

Como en otros lugares (véanse *supra*, pp. 39-40), la identificación entre «Nueva Arqueología» e incorporación de nuevos procedimientos empíricos es casi absoluta. En palabras de Alcina (1975, pp. 68-69), a juzgar «por el escaso o nulo interés prestado a las cuestiones teóricas [...] se diría que o bien todo está aclarado suficientemente en lo que se refiere a las bases, enfoques y orientaciones de la propia Ciencia —y por lo tanto, es ocioso tratar de ello—, o bien lo teórico se confunde sistemáticamente con lo especulativo e hipotético o falto de comprobación».

Esta «enorme desproporción entre el dispositivo técnico y la todavía debilidad teórica de la disciplina» (Ruiz *et al.*, 1986, p. 47) es, a mi juicio, el problema primordial incluso hoy. Como señala Martín de Guzmán (1988, p. 37), «la reflexión epistemológica desde el campo específico de la arqueología apenas cuenta con breves conatos en la disciplina universitaria española». El concepto empirista «en muchos aspectos sigue latente» (*ibidem*, p. 30).

Esos «breves conatos» aparecen, por primera vez, en el Departamento de Antropología y Etnología Americanas (Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Complutense de Madrid). Su misma área de estudio permitirá a los americanistas participar en las discusiones que se desarrollan en los Estados Unidos, ofreciéndoles una oportunidad única de superar la perspectiva tradicional. Su labor de traducción y edición permitió contar desde el principio de los setenta con una selección de las obras más significativas de la Nueva Arqueología (Chapa, 1988; Martín de Guzmán, 1984, p. 35, nota 1). Por desgracia, esta tarea de renovación apenas incidió en los demás prehistoriadores peninsulares por la rigidez de la estructura académica, impermeable a la comunicación interdisciplinaria a nivel institucional (Rivera, 1981, p. 106; Alcina, 1975, p. 76), así como por el hecho de que los americanistas estaban también afectados por los personalismos característicos de la investigación española.

Por su parte, C. Martín de Guzmán (1984, p. 35, nota 1) considera las comunicaciones presentadas por el francés J. M. J. Gran Aymerich (1975, 1977) al XIII y XIV Congreso Nacional de Arqueo-

apéndices sucesivos tras la monografía arqueológica tradicional sin integrarla en sus resultados. Cuando tal cosa sucede, las conclusiones ambientales y «económicas» son «tan mecanicistas, a veces, como simplistas» (Estévez, 1984, pp. 295-296). Sin embargo, los prehistoriadores se comportan como si el aura de pretendida modernidad y cientificidad que la colaboración multidisciplinaria comporta, bastara para obviar ese tipo de críticas.

logía: «las primeras palabras que desde el campo de la Arqueología se pronuncian en un Congreso español en favor de una clarificación epistemológica y que, desgraciadamente, tuvieron escasa repercusión».

La reivindicación oficial de una discusión en este sentido no se produce hasta diciembre de 1981, cuando la Subdirección General de Arqueología (Ministerio de Cultura) y la Excelentísima Diputación Provincial de Soria organizan las primeras «Jornadas sobre Metodología de Investigación Prehistórica» en esa ciudad. En ella, junto a diversas secciones dedicadas a los nuevos procedimientos de investigación, se crea, por primera vez en España, una destinada a la Epistemología. La ponencia corre a cargo del propio doctor Martín de Guzmán (*ibidem*).

El reducido número de comunicaciones presentadas en esa sección pone de manifiesto el carácter minoritario de las investigaciones sobre el tema. Pero la propia creación de una sección de Epistemología, la respuesta a la convocatoria por parte de los profesionales más inquietos e incluso la presentación de trabajos, por escasos que fueran, demuestran que existe ya en nuestro país un interés por la discusión teórica. En este sentido, la cantidad de comunicaciones está posiblemente más relacionada con el reconocimiento por parte de los prehistoriadores de las insuficiencias de su formación de cara a acometer un estudio epistemológico o, incluso, con el de su desconocimiento del tema, que con el rechazo del mismo.

Esta reunión de metodología, el «Coloquio sobre distribución y relaciones entre asentamientos» (Teruel, 1984) (Ruiz *et al.*, 1986, p. 35) y el dedicado a «Corrents teòrics en arqueologia» (Ballestin *et al.*, 1988) son algunos de los puntos de referencia para valorar los cambios en la Arqueología española durante esta década. Sin embargo, se carece todavía de perspectiva temporal suficiente para que esa evaluación sea objetiva (Ruiz *et al.*, 1986, p. 35). Por otro lado, son pocos los trabajos que han abordado el tema a partir de indicadores internacionalmente aceptados del impacto de un determinado autor o enfoque metodológico (Ruiz Zapatero, 1987). En consecuencia, el análisis de la situación en los ochenta se mueve dentro de un margen importante de imprecisión e intuición. Dicho margen se explica también por la circunstancia de que la renovación no tiene una dirección institucional más que en el caso de la orientación nomotética de la «Nueva Arqueología» (véase *infra*). La reflexión sobre la naturaleza de la crisis y las alternativas a la insatisfacción profesional que algunos de los jóvenes arqueólogos españoles experimentan se vinculan con la lectura

de las revistas y libros ingleses y norteamericanos (Martín de Guzmán, 1988, p. 43). Así pues, la accesibilidad de la bibliografía será un factor importante en la resolución de la crisis, introduciendo gran variabilidad en su manifestación concreta en las distintas universidades españolas.

La perspectiva autodidacta desde la que se aborda la renovación metodológica tiene implicaciones negativas, como la desorientación y falta de criterios claros de muchos de los prehistoriadores comprometidos en la misma, y positivos, como un mayor sentido crítico a la hora de la evaluación de las opciones que se ofrecen. Este rasgo ha sido recientemente valorado por A. Gilman (1988, p. 61) que, como «observador acostumbrado al mundo anglonorteamericano», estima «más que esperanzador ver en varios trabajos recientes sobre la prehistoria de la península Ibérica (Lull, 1983; Criado Boado *et al.*, 1986; Ruiz *et al.*, 1986) un nivel de lucidez muy superior al de la mayor parte de los que se adhieren a la nueva arqueología y al de los dirigentes de la nueva reacción que se le opone»⁴⁹.

Por mi parte, propongo la consideración de, al menos, cuatro alternativas a la crisis disciplinar. La primera que puede definirse, a grandes rasgos, como «nuevo arqueológica» incluye un enfoque «cientifista», vinculado con los miembros del Departamento de Antropología y Etnología Americanas (Universidad Complutense de Madrid) y otro de «arqueología económico-cultural y ambiental» de difusión más amplia.

La segunda, emprendida por J. M. Vicent García (Departamento de Prehistoria. Centro de Estudios Históricos, CSIC, Madrid), aborda el análisis de los fundamentos teórico-metodológicos de la Prehistoria desde la Filosofía de la Ciencia.

La tercera, inspirada en la Antropología Cultural estructuralista, ha sido propuesta por el doctor C. Martín de Guzmán (Departamento de Prehistoria. Facultad de Geografía e Historia, Universidad Complutense de Madrid).

La cuarta está representada por los investigadores materialistas históricos del Colegio Universitario de Jaén y del Departamento de Historia de las Sociedades Precapitalistas y Antropología Social de la Universidad Autónoma de Barcelona.

⁴⁹ Gilman (1988, p. 61) se refiere a «un materialismo hipersimplificado o un idealismo especulativo», respectivamente. Agradezco al doctor Gilman haberme facilitado el original en inglés del texto, de cuya versión española fueron suprimidas las referencias bibliográficas por la redacción de la revista.

Como adelanté, sólo la orientación nomotética de la alternativa «nuevo arqueológica» ha surgido y se ha desarrollado en un marco institucional. Las propuestas estructural y epistemológica responden a la trayectoria intelectual personal de sus respectivos propugnadores. Su impacto en la comunidad disciplinar depende de sus propios méritos. Finalmente, la opción materialista histórica se origina también fuera del contexto académico de la Arqueología. La formación teórica marxista de los principales investigadores de cada centro universitario está imbricada con su compromiso político. Esta posición doctrinal puede reflejarse o no desde un principio en la labor arqueológica concreta pero, en todo caso, lo hace a partir de un cierto momento y cuenta ahora con el apoyo institucional que su implantación académica les proporciona.

La situación que se vive en este momento en la Prehistoria española es de gran dinamismo de modo que, en poco tiempo, cuando salgan a la luz los trabajos en prensa, el panorama puede resultar diferente. Soy consciente de ello y, por consiguiente, no doy a la estructuración en cuatro alternativas que propongo más que un valor provisional, tentativo, destinado fundamentalmente a la presentación organizada de la información. Confío en que sea ése el sentido en que lo entienda el lector.

III.2. *El enfoque «nuevo arqueológico»: la orientación «cientifista» y la «arqueología económico-social y ambiental»*

La preocupación por la fundamentación teórico-metodológica de la Prehistoria se inicia en España a comienzos de la década de los setenta en el Departamento de Antropología y Etnología Americanas (Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Complutense de Madrid). Su iniciativa fundamental en ese sentido consiste en una importante labor de traducción, iniciada con la publicación de los números de 1971 y 1972 de sus *Cuadernos de Antropología Social y Etnología*, dedicados a la «Arqueología teórica». A través de ella se pretendía «llenar el vacío que existe en lengua castellana sobre estos temas» (Rivera, 1972, p. IV).

Las obras seleccionadas correspondían a significados representantes de la «Nueva Arqueología», ya sea del autor fundacional (Binford, 1972a), ya de miembros de la rama «ley y orden» (Fritz y Plog, 1970; Watson, Leblanc y Redman, 1974), pero también a críticos de

la misma (Trigger, 1971) o a otros que seguían líneas de investigación paralelas (Chang, 1972 y 1976). Se trataba fundamentalmente de autores norteamericanos, pero no sólo de ellos (Daniel, 1974; Klejn, 1970)⁵⁰.

La publicación del libro de Watson, Leblanc y Redman (1974) en castellano en la serie de libros de bolsillo de una editorial bien conocida supone la primera oportunidad de una difusión generalizada de los presupuestos de la orientación nomotética de la N.A. en nuestro país. Es difícil evaluar su incidencia. No tengo conocimiento de que la obra fuera reseñada (Ruiz Zapatero, 1987, p. 318), lo cual podía ser un indicador, al menos, de la atención que se la prestó en medios oficiales. La impresión es que no pasó de ser una «curiosidad bibliográfica». Sin duda se leyó, pero ello no llevó a recoger el requerimiento básico de la N.A. de emprender un debate explícito sobre la estructura teórica de la Prehistoria (Alcina, 1975, p. 76). Tal situación es lógica si se recuerda que esta categoría específica de problemas carecía de interés en el medio intelectual donde se dio a conocer.

Me parece interesante señalar que, si la situación se compara con la de otros países, cabría hablar de una sensibilización especial por parte de los americanistas españoles a dicho requerimiento. Así, por ejemplo, en Francia, «aunque muchos habían leído las obras de L. y S. Binford, no hubo reacciones por escrito antes de 1973» (dos reseñas) (Audouze y Leroi-Gourhan, 1981, p. 182). Sería «una expresión de la típica penetración superficial de las ideas foráneas» en ese país (*ibidem*). Por otro lado, la crítica a «New Perspectives in Archaeology» (Binford y Binford, 1968) aparece en *American Antiquity* y en la URSS tres y cinco años después de su publicación, respectivamente (Klejn, 1977, p. 11). La obra, como tantas otras significativas de esta orientación, no fue reseñada en España (Ruiz Zapatero, 1987, p. 318). Sin embargo, teniendo en cuenta que el lapso transcurrido entre la publicación en inglés y la traducción al español de la obra de Watson, Leblanc y Redman es de tres años, la investigación española más sensible habría respondido positivamente a las nuevas alternativas tanto o más rápidamente que otras, en principio, mejor preparadas para ello.

⁵⁰ La consulta de los índices de los dos «Cuadernos» dedicados a la «Arqueología Teórica» permite hacerse una idea de la amplitud de posiciones que se tuvieron en cuenta para presentar un estado de la cuestión al lector español. Por su parte, T. Chapa (1988) comenta las obras traducidas del inglés disponibles en la actualidad.

El artículo de M. Rivera Dorado (1981), uno de los más significados promotores de la orientación «cientifista», reproduce fielmente sus presupuestos (véanse *supra*, pp. 22-23). Por otra parte, su fecha de publicación puede considerarse indicativa de la finalización de la labor divulgadora de los americanistas madrileños.

El autor defiende el programa característico de la rama «ley y orden»: ciencias naturales como modelo normativo (Rivera, 1981, p. 102), monismo metodológico (*ibidem*, p. 100), reivindicación del razonamiento hipotético-deductivo, investigación orientada a la resolución de problemas, establecimiento de hipótesis, construcción y verificación de leyes y predicción (*ibidem*, y p. 101), optimismo gnoseológico (*ibidem*, p. 103).

Hoy en día, el equipo del Departamento de Antropología y Etнологía Americanas que promovió la renovación disciplinar se ha disuelto. El propio doctor Rivera mantiene ahora posiciones más matizadas que la que se acaba de comentar y, sobre todo, menos materialistas (*idem*, 1988, p. 279).

Paralelamente a esa orientación «cientifista» llegan a España las obras de la escuela de paleoeconomía de Cambridge (Higgs, 1972-75), las de la escuela americana de estudios ambientales (Butzer, 1971; Freeman, 1973) y las de los «nuevos arqueólogos» británicos. Ellas configuran la que he denominado «arqueología económico-social y ambiental».

La heterogeneidad de situaciones que pueden englobarse bajo tal designación (véanse *supra*, pp. 72-73), agravada por la ausencia de obras de conjunto sobre el tema, hacen difícil su evaluación con suficiente perspectiva. Mi propósito, en este caso, se limita a facilitar algunos datos expresivos de la diversidad de factores que concurren en el desarrollo de esta línea de investigación según períodos y zonas del país ⁵¹.

La investigación del paleolítico cantábrico es una de las que primero refleja la preocupación por la consideración de los «hechos globales» (Bernaldo de Quirós, 1980, p. 7) ⁵². Confluyen allí la «exca-

⁵¹ Hago referencia únicamente aquí a aquellas obras que no manejo en los capítulos siguientes del libro. Los estudios de síntesis referidos a los primeros períodos metalúrgicos peninsulares o los específicos sobre el Sureste, a veces, amplían de modo significativo el panorama.

⁵² Esto queda resaltado si se tiene en cuenta que la obra a la que estoy aludiendo corresponde a la memoria de licenciatura defendida por el autor en 1974 en el Dpto. de Prehistoria de la Universidad Complutense.

vación etnográfica» (Leroi-Gourhan, 1950), la presencia de investigadores de la escuela americana (Freeman, 1973) y el conocimiento de los trabajos de la británica (Higgs, 1972-75) por algunos paleolíticos españoles. En este contexto, F. Bernaldo de Quirós (1980, p. 8) propone tres niveles de análisis de los yacimientos (Esencial, Espacial y Ambiental) que partiendo de los restos faunísticos identificados logren su relación con «la ecología en que se sitúa el yacimiento». Su programa, que incluía la exposición de los procedimientos correspondientes, resultaba totalmente novedoso para su momento.

Las obras de los «nuevos arqueólogos británicos», así como las de la «arqueología cultural» de enfoque ecológico (Clark, 1952 y 1972) (véase *supra*, p. 35), a diferencia de lo que ocurrió con las de los autores «científistas», fueron traducidas muy tardíamente, cuando lo fueron (Clark, 1980; Clarke, 1984; Renfrew, 1979a). Tampoco estos libros, ni las importantes colecciones de artículos editadas por Clarke (1972) y Renfrew (1973), merecieron ningún comentario en las tres revistas españolas de mayor tradición y difusión (Ruiz Zapantero, 1987, pp. 317-318).

Creo que, a pesar de ello, su influencia en el desarrollo de la investigación fue mucho mayor que la de los autores de la orientación nomotética. Atribuyo este hecho a diversos factores interconectados. Se ocupan de temas clásicos de la Prehistoria europea como el megalitismo (Renfrew, 1967), el campaniforme (Clarke, 1970 y 1976), la aparición de la civilización en el Mediterráneo oriental (Renfrew, 1972) y el intercambio prehistórico (Renfrew, 1969). Afrontan problemas largamente discutidos en ese contexto (cronología, mecanismos de explicación del cambio cultural) (Renfrew, 1979a) con el tipo de conocimiento de la evidencia arqueológica que la tradición disciplinar es capaz de valorar. Por otro lado, el propio enfoque desde el que se abordan los problemas mantiene conexiones con dicha tradición.

En efecto, «Renfrew parte de una concepción que pretende integrar la línea histórica abierta por Childe, con los postulados neofuncionalistas-neoevolucionistas de la "New Archaeology"» (Ruiz *et al.*, 1986, p. 42). Su aportación reside en la insistencia en el estudio de las estructuras sociales «para comprender el proceso de cambio (Arqueología Social)» (*ibidem*).

Clarke es conocido entre nosotros, sobre todo, por su obra teórica *Arqueología analítica* (1968), que «recoge buena parte de la tra-

dición ecléctica de la Arqueología» (Ruiz *et al.*, 1986, p. 44). En ella se «plantea la elaboración de una metodología analítica propia para la Arqueología basada en la lógica positivista y en un empleo de la cibernética como elemento básico del proceso investigador. Todo ello con la elaboración de un lenguaje arqueológico» más preciso (*ibidem*, p. 43).

Me interesa destacar dos aportaciones de Clarke al análisis arqueológico de especial resonancia en España. Sus propuestas de «nuevos principios de clasificación a partir de la taxonomía numérica» para «contribuir a la homogeneización investigadora» (*ibidem*) harán de la *Arqueología analítica* «una de las monografías más consultadas [...] con el fin de elaborar clasificaciones jerárquicas coherentes de los materiales arqueológicos» (Chapa, 1988, p. 136).

Además, su «concepción del asentamiento, no como unidad cerrada en sí misma, sino como una estructura que se relaciona con el medio [...] y con otras estructuras de asentamiento [le] convierte en un predecesor de [...] la Arqueología Espacial» (Ruiz *et al.*, 1986, p. 43). Sus categorías de «micro, semimicro y macrosespacio» interpretan «el conjunto del espacio socialmente ocupado» como «paisaje humanizado» o «territorio» (*ibidem*).

El «eclecticismo» de Clarke se expresa, por ejemplo, en la conexión entre estas dos aportaciones y la alternativa a la Nueva Arqueología vinculada con el «Estructuralismo arqueológico» de Trigger y Chang. Este último es el mejor conocido en España gracias a las traducciones ya aludidas (Chang, 1972 y 1976): «Chang recoge la tradición de la “Escuela Contextual” (véase *supra*, p. 32), desarrollada por Taylor en los años veinte [articulada] operacionalmente a partir del concepto de Lévi-Strauss de estructura» (Ruiz *et al.*, 1986, p. 42).

C. Martín de Guzmán (1988, pp. 44-45), conectado con la alternativa estructuralista (apartado III.4 de este capítulo), destaca de la contribución de Chang

su insistencia en torno a la dificultad insuperable de interpretar de modo aislado el artefacto y los repertorios. Propone como unidad de estudio el *asentamiento* [equivalente arqueológico de la unidad social fundamental que es la comunidad] y su patrón. Pues el objeto de la investigación arqueológica no es el mero estudio de los útiles, sino el de su función y significado. La significación del útil se deducirá no de la tipología sino del contexto espacial, de su sintaxis, del estudio de la localidad, del sitio donde aparece conectado.

Estas perspectivas contextuales para el estudio del objeto y el ya-

cimiento tendrán amplio eco entre los prehistoriadores más insatisfechos. El interés despertado por el estudio de la relación «hombre-medio» y «hombre-hombre» durante la década de los setenta queda expresado, a comienzos de la siguiente, en la celebración del «Coloquio sobre distribución y relaciones entre asentamientos» organizado por el doctor F. Burillo Mozota en 1984, en Teruel. Como he comentado ya, esta iniciativa se cree uno de los indicadores más claros del cambio que se está produciendo en la Prehistoria española (Cerrillo, 1984, p. 44; Ruiz *et al.*, 1986, p. 35). Los cinco volúmenes de las actas son un buen exponente del estado de la «Arqueología Espacial» en nuestro país, tanto por la amplitud cronológica considerada (desde el Paleolítico a la época medieval), como por el número de comunicaciones presentadas (sesenta y una).

Dejando de lado los trabajos del equipo del colegio universitario de Jaén (apartado III.5 de este capítulo), me interesa destacar algunas de ellas.

V. Fernández Martínez y G. Ruiz Zapatero (1984) exponen, por primera vez en español y de una manera completa, los fundamentos teóricos del análisis territorial (territorios de explotación, anual y de captación de yacimientos) que constituye, sin duda, uno de los que está mereciendo mayor atención por parte de los prehistoriadores españoles.

F. Burillo y un amplio equipo (1984) presentan el proyecto interdisciplinar, en curso, de Mora de Rubielos (Teruel) que aborda el patrón de ocupación humana del territorio con la máxima perspectiva cronológica. Las unidades territoriales del hábitat tradicional se emplean para la evaluación crítica de los planteamientos teóricos sobre la territorialidad.

G. Ruiz Zapatero y V. Fernández Martínez (1984) ponen en evidencia la naturaleza agrupada por áreas locales de los asentamientos protohistóricos del Bajo Aragón combinando procedimientos analíticos diferentes (análisis territorial y polígonos de Thiessen). Integran los datos funerarios y los límites de la distribución de las importaciones coloniales como elementos de contraste y facilitan estimaciones demográficas tentativas⁵³.

Por su parte, J. Rovira Port y J. Santacana Mestre (1984) proponen un modelo de despoblación/concentración en el bajo Segre des-

⁵³ G. Ruiz Zapatero (1983) desarrolla esta línea de investigación en su tesis doctoral.

de el Bronce Medio a la Iberización con un regreso al patrón rural en época medieval. Dicho modelo vincula el abandono del hábitat disperso propio del modo doméstico de producción (Sahlins, 1977, en Rovira y Santacana, 1980) con la implantación de artesanos en diversos núcleos y, en último término, con la aparición de una economía excedentaria e incipientemente monetarizada. La transformación de la economía comercial romana provoca, durante la época altomedieval, la vuelta a una ocupación análoga a la de la Edad del Bronce.

El ejemplo más brillante de las posibilidades de los estudios hombre-medio lo proporciona, a mi juicio, el plan de investigación sobre el megalitismo que están emprendiendo J. M. Bello Diéguez, F. Criado Boado y J. M. Vázquez Varela (Prehistoria) y M.^a J. Aira Rodríguez y F. Díaz-Fierros Viqueira (Edafología) con el apoyo institucional de la Xunta de Galicia.

El objetivo del citado plan es «descubrir el patrón de asentamiento de las comunidades megalíticas sobre el territorio», es decir, «la interrelación de la realidad natural (el medio ambiente, la ecología) y la del hecho cultural (el megalitismo)» (Criado *et al.*, 1986, p. 17).

Los trabajos se inician a partir de 1980 a raíz de la celebración en Santiago del *II Seminario de Prehistoria e Arqueoloxía do NW Peninsular*, cuyo tema principal era la ocupación de dicho espacio desde la Prehistoria hasta la Edad Media (Bello *et al.*, 1987, pp. 20-21)⁵⁴.

Se estudian sucesivamente las diferentes comarcas gallegas dentro de una estrategia de investigación que puede definirse como «Nueva Arqueología» en la medida que concibe «un estudio del hábitat [...] en el seno de un doble sistema de relaciones»: el «entorno ecológico» y «la totalidad del sistema social» (Criado *et al.*, 1986, p. 14). Sin embargo, se distancia de la misma en cuanto que se propone como primer paso «la reconstrucción de las condiciones paleoambientales de esas comarcas durante la etapa estudiada», en lugar de suponer las actuales extensibles al pasado (*ibidem*, p. 15). Tampoco se está de acuerdo con el determinismo geográfico de la N.A. que utiliza el marco natural como método para descubrir la base económica. Por el contrario, la «vida cultural cambia [...] el espacio, y así se crea [...] su paisaje característico que es el reflejo de un sistema complejo de dialéc-

⁵⁴ Según el equipo gallego (Criado *et al.*, 1986, p. 14), el «estudio fundamental, analítico y sintético al unísono y que reúne gran cantidad de datos» es el de Bello, Criado y Vázquez (1987).

tica e intercambio entre aquél y la cultura [donde] lo económico es un factor más» (*ibidem*).

Los datos del trabajo son la localización y distribución de los monumentos megalíticos —que «no obedece al azar»— y las características del medio físico: geología, geomorfología, hidrografía y climatología, edafología, vegetación, geografía humana (demografía, distribución del *ager*, utilización del *saltus*) (*ibidem*, pp. 17 y 19).

Los «condicionamientos culturales» que habría que tener en cuenta para la interpretación de aquéllas son: «la situación de las mámoas en lugares visibles y/o desde los cuales se pueden dominar amplios paisajes, la localización asociada con caminos, la distribución de los túmulos de una necrópolis en relación con eventos astronómicos (por ejem., alineadas en dirección E-W, o de cualquier otro tipo)» (Bello *et al.*, 1987, p. 107).

La diferente extensión del marco geográfico escogido para el estudio hace que, en el caso de la cultura megalítica de la provincia de La Coruña, se evalúe el segundo, que podría «tener una *importante significación religiosa y cultural*» (*ibidem*, p. 121) y, en el de la sierra de Barbanza, el primero (Criado *et al.*, 1986, p. 143).

Es difícil saber si esa circunstancia es responsable también del distinto énfasis concedido a los «condicionantes culturales» en sus respectivas interpretaciones de la localización y distribución de las manifestaciones megalíticas. La organización socioeconómica y los condicionantes paleoambientales se evalúan de manera más precisa en el libro encabezado por J. M. Bello Diéguez (1987, pp. 148-153) que en el que lo hace F. Criado Boado (1986, p. 176)⁵⁵. En este último, se supone que el «nuevo tipo de representación y aprehensión simbólica del espacio», asumido por las comunidades a partir de «la extensión de un nuevo tipo de práctica económica que destruye el ambiente natural» es «el que traduce y permite el levantamiento de un monumento megalítico, el cual [representa] fórmulas eminentemente simbólicas» (*ibidem*).

En todo caso, el modelo de grupo humano propuesto es coincidente: «*pequeñas comunidades que practicaban una agricultura ce-*

⁵⁵ La diferencia más llamativa se encuentra en la ausencia de cualquier referencia a los ajuares en las conclusiones del estudio del megalitismo de la Sierra de Barbanza (Criado *et al.*, 1986). A mi juicio, la circunstancia de que sólo estuvieran representados (una lámina de sílex) en uno de los treinta túmulos considerados (*ibidem*, p. 46), por la violación sistemática a que habían sido sometidos, no explica por sí sola tal hecho.

realística de roza, junto con la ganadería, y que se debían asentar sobre el territorio de forma dispersa» (*ibidem*, p. 172; también en Bello *et al.*, 1987, pp. 152-153).

Confío que los comentarios previos hayan resultado indicativos de la amplitud de la perspectiva, así como del sentido crítico con el que se está abordando la «arqueología social» en España por grupos muy diversos de prehistoriadores si bien, todavía, minoritarios.

III.3. *El enfoque epistemológico*

J. M. Vicent García (Departamento de Prehistoria, Centro de Estudios Históricos, CSIC) es el prehistoriador que se ha significado más en el desarrollo de una investigación sobre la fundamentación epistemológica de la disciplina. Esta y otras razones ⁵⁶ motivaron que me sirviera de sus trabajos como referencia en los apartados correspondientes (II.1 a II.4 de este capítulo 1). En esta ocasión presento de forma abreviada sus opiniones acerca de la naturaleza de la crisis de la Prehistoria y las alternativas más adecuadas, a su juicio, para su resolución satisfactoria.

J. M. Vicent (1982, p. 47), en una posición antitética a la de los «cientifistas», atribuye precisamente a «la constitución histórica de la Prehistoria como disciplina científico-natural [...] la imposibilidad de la teorización». En efecto, como vimos, al ser la Física el modelo metodológico de la Ciencia Natural y tener como principal axioma la cognoscibilidad exclusiva de «las manifestaciones sensibles de los seres», la Prehistoria queda restringida a una «Arqueología descriptiva, puesto que la cultura material es la única manifestación observable de su objeto» (*ibidem*, p. 48).

Estos principios configuran, a su vez, la «forma» que adopta nuestro conocimiento del pasado. Desde ellos, «sólo son perceptibles [...] las relaciones mensurables entre los grupos o los individuos concebidos como sistemas físicos [...], es decir, conjuntos de partículas sin cualidades en interrelación mecánica [...]. Los modelos de la Ciencia Social serán así necesariamente modelos mecánicos y, por lo tanto y aquí estriba la cuestión fundamental, *deterministas*» (*ibidem*).

De ahí que para este investigador (*ibidem*), la pregunta crucial que deben plantearse los prehistoriadores es si «el objeto de la Prehisto-

⁵⁶ Cf. nota 11.

ria [es] concebible desde una perspectiva atomista-mecanicista-determinista, basada en la noción de causalidad física».

Sus principales objeciones a la concepción «fiscalista» de la disciplina residen en el «carácter sustancialmente indeterminista de ciertos fenómenos inherentes al “objeto humano”», así como el carácter integrador, «orgánico» de la cultura, muy distinto a la visión atomista de la realidad, propia de la Física (*ibidem*).

La cultura (*ibidem*, p. 49) «no puede ser comprendida como un sistema mecánico, en primer lugar porque no es concebible como un conjunto de hechos, en el sentido físico derivado de la noción de “explicación”, pero igualmente porque la noción de “causalidad” se disuelve en la noción de “sistema cultural”: la Cultura no puede ser causalmente explicada. Es más, la Cultura no puede ser *explicada*, sino *comprendida*».

Desde esta perspectiva el objetivo de las Ciencias Humanas sería «hacer conceptualmente inteligibles sus objetos de conocimiento» en vez de «hacer generalizaciones universales sobre los fenómenos», como las Ciencias Naturales (*ibidem*). Así, propone (*ibidem*, pp. 49-50) como «paradigma» de ese complejo multidisciplinar de las Ciencias de la Cultura:

la concepción de los fenómenos culturales desde la noción de «lenguaje» y [como] método la hermenéutica (Von Wright, 1979, pp. 36 ss.). El marco formal de estas ciencias, entre las que la Prehistoria puede ocupar lugar destacado, se puede construir a partir de [...] la Teoría de los Sistemas como marco formal de la consideración de *totalidades culturales* y de *procesos* y la Lingüística Formal como marco metodológico de la *comprensión hermenéutica*. [Una] «Teoría Formal General de la Cultura» debe proporcionar las reglas de interpretación del objeto cultural, de la misma manera que la Mecánica proporciona las reglas de explicación del mundo físico.

J. M. Vicent (*ibidem*, p. 50) no considera posible hoy día abordar la empresa de definir «una Prehistoria concebida desde la perspectiva de la noción de Cultura [...], pero sí [...] iniciar la discusión sobre las alternativas a la disciplina presente», en la línea que siguen sus trabajos.

III.4. *El enfoque estructural*

C. Martín de Guzmán (1988, p. 28) reivindica como objetivo de una arqueología científica «alcanzar un cuadro de determinaciones que puedan ser formuladas como elementos constitutivos de las "leyes" de la cultura»⁵⁷. Para ello, «necesita de [...] un modelo por excelencia que abarque la totalidad del hecho cultural y social» (*ibidem*, p. 32). La búsqueda de dicho modelo o «paradigma» se inicia con «la conceptualización teórica, con el recurso y el concurso de los modelos matemáticos, del control deductivo, o nomológico-deductivo, sobre un *haz de hipótesis pertinentes*» (*ibidem*, p. 33).

Este concepto de «paradigma» «permite pensar la relación entre un sistema formal (lógico) y un sistema exterior (o natural)» (*ibidem*, p. 34). Define las «reglas de correspondencia» entre «cada hecho (o el objeto o contexto que lo expresa)» y la «semántica del sistema» (su interpretación y significado) (*ibidem*).

Cumplidos los anteriores requisitos, cree (*ibidem*, p. 35)

legítimo basar una epistemología de los modelos arqueológicos en el estudio sistemático de las correspondencias entre los conceptos sintácticos y los conceptos semánticos; que contengan o impliquen los contextos (y las relaciones), certificadas por medio del procedimiento de una excavación dirigida por un plan previo donde se cuestionen grandes problemas culturales, económicos, institucionales, medioambientales, etc., por resolver. Sólo entonces la excavación servirá como «experimento», y como elemento adecuado para la verificación (afirmativa o negativa) de los cuestionarios pertinentes movidos por una amplia teoría

La «opción estructural» que propone es una «amplificación de los modelos nomotético-deductivos propios de la ciencia» en la que «introduce una *noción de gramaticalidad* [...] más acorde con los fenómenos culturales, y sus propiedades *generativas*» (*idem*, 1984, p. 56).

A diferencia de la visión empirista y particularista tradicional supera la consideración de los «modos de expresión cultural, tanto en el nivel material, como institucional», como «fenómenos aislados», meramente descriptibles, para entenderlos como respuesta de un «sis-

⁵⁷ Su «carácter predictivo [...] sólo podría entenderse en registros estructurales de "larga duración" y en macromarcos referenciales (modelos económicos, modos de producción) y no en hechos coyunturales, o en fenómenos episódicos» (Martín de Guzmán, 1984, p. 47).

tema general de interconexiones estructurales» que hay que explicitar (*ibidem*, p. 52).

El registro se transforma así en un «sistema de signos» (discurso de los objetos), en el cual todo artefacto «más allá de su *función* o *valor*, de su “clase” [...] es la unión resultante de un elemento material (*significante*) y de un componente intencional (*significado*)» (*ibidem*, p. 53).

El discurso objetual, entendido desde sus enunciados sintácticos —que expresan las redes de relación— es factible de ser «traducido». La transcripción semiótica de los significantes culturales (segmentos sintácticos formados por series interrelacionadas de «puntos artefactuales») posibilita, a su vez, la aproximación al *significado cultural*, particularmente en los niveles estructurales del discurso.

Abordar el problema del «significado de los objetos» exige la aceptación de que el indicador arqueológico, el punto artefactual, actúa como morfema (a nivel *significante*) (*ibidem*, p. 47).

El autor (*ibidem*, y p. 48) hace notar que «en un análisis estructuralista el *significado* no sólo emana del contexto [relaciones sintagmáticas], sino que se promueve a partir de un nivel subyacente, de una realidad abstracta, común a todos ellos [relaciones paradigmáticas]. Queda entonces por admitir los distintos *significados* que pueden derivar de un mismo *significante/artefacto*».

Así, por ejemplo, el troceado de un animal puede funcionar dentro del discurso como indicador derivado de una «acción técnica» o como *signo* («signos para alimentarse»).

«Estos signos, como categoría primaria de cualquier expresión tienden a cargarse de connotaciones que le convierten bien en *síntomas* (por su reiterada frecuencia dentro del discurso, y que tienden a ocupar un mismo nivel específico) o en *símbolos* (con una carga metafórica o metonímica sancionada por la tradición social, e incorporados a los niveles institucionales)» (*ibidem*, p. 48).

Para que los resultados empíricos y contrastables sean susceptibles de esta

lectura complementaria, hay que ordenar los datos como un «suceso comunicativo», de carácter diádico, con dos extremos:

- a) Un centro emisor de datos (que llamaremos «Y» = yacimiento) y un centro receptor (que llamaremos «R» = arqueólogo).
- b) El «suceso comunicativo» que supone la existencia de un mensaje. Es de

cir, que el «significante»/artefacto lleva dentro, o en *relación con otros términos*, un significado. El mensaje se expresa en un *sistema codificado*, en claves, a primera vista indescifrable, que obliga a «R» (centro receptor) a acometer la operación de *descodificación* [*ibidem*].

Para lograr esta «descodificación» hay que determinar el contexto de los «indicadores arqueológicos» a partir de las «asociaciones y dicotomías». Así, se distinguen (*ibidem*, y p. 49):

«1. *Indicadores primarios*: aquéllos en los que la asociación es evidente.» Por ejemplo los animales domésticos indican que hubo ganadería.

«2. *Indicadores secundarios*: aquéllos donde la asociación sólo es explicable por medio de un convencionalismo cultural (enterrar a los jefes, acompañados de un ajuar guerrero) [...] cargan un *contenido simbólico* y son difíciles de descodificar» (*ibidem*).

En definitiva (*ibidem*, p. 51), se trata de considerar que «la expresión material de cualquier comunidad cultural refleja otros niveles “invisibles” de su propio complejo a nivel de estructuras». Es «simultáneamente el resultado de la *participación de la producción* y de relaciones sociales más complejas» (*ibidem*).

Es decir, adquiere «su último sentido [...] en el sistema cultural que es donde, en definitiva, obtiene su *función estructural* y su valoración». De ahí que «la cultura material sea entendida *también* como un sistema de valores (reales y simbólicos)» (*ibidem*, p. 53).

Los tipos de relaciones que componen el «sistema de signos» culturales se agrupan en dos: «las *relaciones sintagmáticas*⁵⁸, que determinan la composición de complejos de diverso tipo, contenidos en el discurso» y las «*paradigmáticas* que determinan la composición de cada término en relación con otras unidades del sistema no contenidas en el discurso». Las primeras se establecen «entre distintos tipos pertenecientes a una misma familia funcional». Las segundas son las relaciones «con los “modelos” con las “clases”» (*ibidem*).

Martín de Guzmán (*ibidem*, p. 56) advierte que la base gramatical de su «opción estructural» «incide no sólo en la formación lógica [...] del discurso de los objetos, sino también [...] en el conjunto de

⁵⁸ El autor (Martín de Guzmán, 1984, p. 52, nota 4) precisa: «Cada *sintagma* —es decir, dos o más artefactos, nunca uno aislado o descontextualizado— lleva dentro la idea de «familia asociativa». La relación «admite una disposición horizontal (o sincrónica...) y vertical (diacrónica...)» (*ibidem*).

los elementos transformacionales que se contienen en la *sintaxis objetiva*.

Esta se articula en dos «*redes sintácticas*»: unas «*endógenas* [...] que agrupan a los objetos en *conjuntos sémicos* (mobiliario, herramientas de carpintería, juego de té). Es decir, en una relación de carácter sintagmático». Las otras son «*exógenas*: que conecta al objeto con elementos y situaciones externas a él (su procedimiento de fabricación distribución, sus distintas adscripciones a otros repertorios, etc.)» (*ibidem*, pp. 56-57).

Las redes exógenas posibilitan «también la [...] adscripción cultural del objeto ya no en su contexto estratigráfico, sino en la órbita de su *parentesco social* (comunidad, etnia)» (*ibidem*, p. 57).

Así pues, las «redes exógenas» (*ibidem*, y p. 58) permiten el «ensamblaje o adscripción» del objeto «a un nivel modélico entendido como una gramática que formalice los códigos terminales que explicita las relaciones entre los *sintagmas de composición* (descripción formal) y los *sintagmas de ensamblaje* (adscripción estructural)». Estos últimos «son [los] que inciden en el campo de la teoría desde que se establezca su correspondencia o no (nivel de verificación-contrastación) con los modelos estructurales, enunciados en las hipótesis de trabajo» (*ibidem*, p. 58).

La elaboración de un «modelo» (*ibidem*, p. 54) parte del establecimiento de un «cuerpo inicial de enunciados —que revisten formas axiomáticas— [de los que] se derivan los *teoremas* sometidos a las reglas deductivas». El resultado final de las cadenas de inferencia permite la verificación-contrastación de las hipótesis mediante la observación directa y empírica de los objetos.

La epistemología de los modelos se basa, por tanto, «en el estudio sistemático de las correspondencias entre los conceptos sintácticos y los conceptos semánticos», *i.e.*, entre las dimensiones formal y significativa de la ciencia (*ibidem*, p. 55).

Se indica cómo «la operación de llevar lo particular a lo general puede repetirse *ad infinitum* [...] hasta alcanzar una suerte de “modelo ideal” que servirá como elemento de referencia frente a nuevos y cada uno de los objetos sometidos a control científico [...]. La coincidencia, aproximación o alejamiento del “modelo ideal” servirá para establecer diferencias de grado, o variantes, entre los distintos objetos observados» (*ibidem*).

Hay que considerar ahora cuáles son los modelos que incumben a la Arqueología.

C. Martín de Guzmán (*ibidem*, p. 56) observa que «en un primer nivel puramente objetual (productos artefactuales) el modelo sería tipológico-funcional». Se trataría de determinar los distintos tipos y subtipos en base a su equiparación con la noción modélica o «arque-tipo».

En un segundo nivel «los conjuntos tipológico-funcionales se [elevan] a categoría de *conjuntos que expresan relaciones estructurales*, y que se [contrastan] teóricamente, con los *modelos* previstos por la propia investigación» (*ibidem*).

En síntesis, el programa de C. Martín de Guzmán (*ibidem*, p. 60) tiene varios objetivos. El primero es llegar a concebir «cualquier acción investigadora como una operación científica de carácter recíproco: *un proceso dialéctico guiado por la teoría y controlado por los hechos*». El segundo es superar la tradicional concepción «atomista» de la cultura (cultura como agregado de rasgos aislados) por una concepción estructural que explique los elementos culturales por referencia al modelo estructural que les corresponde. Así (*ibidem*, p. 57) «tan sólo se podrá determinar que dos objetos son equivalentes cuando se encuentren en contextos idénticos y con funciones *intercambiables* [...] en una *lectura* ya no meramente formal, sino y principalmente, económica».

Por último, resulta de interés destacar la preocupación del autor (*ibidem*, p. 37) porque «el replanteamiento de la Arqueología, si quiere resolverse con plenitud, además de romper con los hábitos caducos y rutinarios de una disciplina sin cuerpo teórico que la justifique [se someta], por principios éticos elementales, a examinar el grado de *validez social* de su investigación».

III.5. *El enfoque materialista histórico*

La influencia, más o menos acentuada, del materialismo histórico puede advertirse en la obra de los prehistoriadores interesados en la renovación de la Prehistoria española. Sin embargo, sólo está «institucionalizada» en el Departamento de Prehistoria del Colegio Universitario de Jaén (Universidad de Granada) y en el Departamento de Historia de las Sociedades Precapitalistas y Antropología Social (Facultad de Letras) de la Universidad Autónoma de Barcelona. Ambos equipos han centrado su investigación en los últimos períodos de la Prehistoria (Calcolítico, Edad del Bronce) y en la Protohisto-

ria. El ámbito territorial ha sido muy distinto en cada caso: Alto Guadalquivir en el primero y Almería y Mallorca —por ceñirme a los programas que han tenido mayor proyección— en el segundo.

El equipo de Jaén se ha formado en torno a la labor docente emprendida por A. Ruiz Rodríguez desde los años setenta. Se trata de una investigación planificada y pensada a largo plazo, cuyos objetivos permiten su incardinación, a partir de un cierto momento, con los de la política arqueológica de la Junta de Andalucía. Ello ofrecerá mayores posibilidades de contar con los medios necesarios para llevarla a efecto.

A. Ruiz Rodríguez, M. Molinos Molinos y F. Hornos Mata⁵⁹ exponen en el libro *Arqueología en Jaén (Reflexiones desde un proyecto arqueológico no inocente)* el ideario y programa fundamental de su trabajo. Esta información es de gran utilidad para una correcta valoración de la alternativa que representan por lo que creo que hay que felicitarles por su iniciativa.

Los autores (Ruiz *et al.*, 1986, p. 44) señalan la gran diversidad de corrientes del marxismo occidental postchildeano —Spriggs (1984) describe hasta siete— que influyen en la Prehistoria. Por su parte, destacan en primer lugar: «la escuela italiana formada alrededor de Bianchi Bandinelli que arranca de la arqueología clásica [...], pero que a partir de los años setenta amplía sus criterios teóricos y metodológicos hacia una concepción de la Arqueología como investigación total del proceso histórico» (Ruiz *et al.*, 1986, p. 44).

Consideran que, de entre todos sus discípulos, Carandini representa «una de las más activas corrientes dentro de la arqueología materialista» (*ibidem*).

En segundo lugar mencionan la alternativa vinculada a los «arqueólogos de la prehistoria [...] como Thompson, Leone, Chapman o Gilman [...], Pearson, Tosi o Bate» que mantienen entre sí diferencias importantes (*ibidem*, y p. 45).

El proceso de conocimiento, «en este caso proceso de trabajo arqueológico-histórico», que reivindican desde el materialismo dialéctico tiene como «elementos fundamentales: la materia prima (los datos arqueológicos), los instrumentos teóricos (conceptos) y técnicos y el propio producto (conocimientos)» (*ibidem*, p. 45). El equipo de Jaén aporta una reflexión propia y una investigación original en cada

⁵⁹ F. Hornos Mata tuvo la amabilidad de leer este apartado y hacerme observaciones críticas. Del resultado final soy la única responsable.

caso. Sus líneas fundamentales de investigación son: la «Teoría de la Arqueología y Métodos de la Arqueología Espacial», la «Defensa del Patrimonio Arqueológico» (F. Hornos) (*ibidem*, pp. 108-109) y la tipología estadística (*ibidem*, p. 47).

En el campo de la «Teoría de la Arqueología» —en el que se está «todavía en un sistema de principios teóricos de lo que debe ser y no ser la Arqueología» (*ibidem*, p. 58)— se centran en las «teorías sobre el artefacto», «el espacio» y «el proceso» (*ibidem*, y pp. 59-60).

Siguiendo la «reciente propuesta de Carandini de continuar la teoría del medio de trabajo que Marx había iniciado en *El capital* para la Economía Política» plantean «una serie de teorías parciales desarrolladas, cuya teoría global articulada será con el tiempo la Teoría Arqueológica» (*ibidem*, p. 58).

En relación con la «teoría de la Mercancía» manejan no sólo los circuitos de distribución externa evaluados por la teoría histórica tradicional (difusión de productos, teoría del fósil-guía), sino también los de distribución interna tanto de carácter mercantil como vinculados con procesos de producción y/o consumo (*ibidem*). El artefacto participa en los diferentes procesos por lo que no creen conveniente «construir tipologías de productos, mercancías y medios de trabajo, quedando este nivel para la investigación correspondiente al objeto no contextualizado» (*ibidem*). Esa misma valoración global de la economía, les lleva a disolver el papel diferencial asignado por la Arqueología contextual a los procesos de consumo y/o producción respecto a los de distribución e intercambio a tenor de sus posibilidades de fosilización (*ibidem*).

Abordar el estudio de los materiales arqueológicos desde esta nueva perspectiva tiene importantes implicaciones prácticas. Se sustituye «la idea del Fósil-Guía como hilo conductor de las tipologías impuestas por el positivismo [por] una nueva concepción morfológica y estadística» (*ibidem*, p. 47). De acuerdo con ella, éstas son establecidas a partir de los valores estadísticos de las variables presentes en los artefactos y del factor presencia/ausencia, logrando un mayor nivel de precisión (*ibidem*) (por ejemplo, en Ruiz y Nocete, 1981; Ruiz, Molinos, Nocete, Castro, 1983, pp. 205-224).

Al propio tiempo se desmitifica el objeto arqueológico como fin último de la investigación (Ruiz, Molinos, Nocete y Castro, 1986, p. 65), ampliando «el marco de la matriz artefacto-rasgo-contexto» de Clarke (1968), para concebirlo como «producto», «efecto de un proceso de trabajo» y con un «valor de uso» históricamente deter-

minado por las relaciones técnicas de producción (Ruiz, Molinos, Nocete y Castro, 1986, p. 67).

De acuerdo con la «teoría sobre el espacio» el contexto que se tiene en cuenta para abordar este estudio es el del «máximo nivel de trabajo en la Arqueología espacial» (Ruiz *et al.*, 1986, p. 59): «el Territorio Político y Económico [...] identificable a un estado o a una comunidad autosuficiente [...] donde [se define] el marco completo de las relaciones económicas y político-ideológicas y donde la dependencia y jerarquía de los asentamientos y las relaciones de éstos con el territorio global se hacen efectivas» (Ruiz, Molinos, Nocete y Castro, 1986, p. 76).

El primer paso es la identificación de unidades menores como las áreas y lugares de producción, consumo e intercambio, articuladas o no en unidades constructivas, que expresan las relaciones técnicas de producción. Ello «asociado al inventario y clasificación artefactual delimita el marco del análisis tecnológico» (*ibidem*, pp. 71-72). A su vez, «los niveles referidos a la circulación (distribución e intercambio...) desvelan las relaciones sociales de producción al introducir el factor "propiedad"», a través de la determinación del contexto funcional del producto y de «su asociación en articulaciones de consumo y producción» (*ibidem*, p. 74)⁶⁰.

La conceptualización del objeto como producto con valores de uso, de cambio o superestructural definibles (*ibidem*, p. 63) es básica «tanto para la revalorización y defensa del patrimonio arqueológico, al destruir el fundamento de las colecciones» (*ibidem*, p. 65), como «para reconstruir el proceso [socioeconómico] y el marco histórico en el que se localiza» (*ibidem*, p. 63).

El hecho de que, como se ha dicho, ese marco histórico esté definido espacialmente por el Estado convierte la prospección sistemática en un elemento fundamental para la puesta en práctica de su programa metodológico. La prospección es la «base de los estudios sobre la ocupación del [...] territorio por las sociedades humanas y de las relaciones entre los asentamientos» (Ruiz *et al.*, 1986, p. 47). En concreto, la que estaba siendo realizada en el Alto Guadalquivir «des-

⁶⁰ El artículo de Nocete, Ruiz, Molinos y Castro (1986, p. 203) presenta los resultados de la aplicación de esta «matriz teórica» al poblado de la Edad del Cobre del cerro de la Coronilla. Se estudia «la correlación dentro de una estructura de los productos y lugares de actividad, de estos consigo mismo y de las diferentes estructuras localizadas en el yacimiento en sí mismas y en relación a la circulación de los artefactos» (*ibidem*).

de 1974 [...] en los últimos años [1983] se ha visto intensificada por el proyecto de inventario arqueológico provincial» (Ruiz, Nocete y Sánchez, 1986, p. 271). La coincidencia entre estos trabajos y la excavación arqueológica de nuevos yacimientos ha permitido encuadrar los identificados de la prospección «en la información estratigráfica ofrecida por las excavaciones y en consecuencia ampliar el conocimiento en términos de patrones de asentamiento y áreas culturales» (*ibidem*). Buena prueba de ello son los trabajos de síntesis sobre el poblamiento ibérico (Ruiz Rodríguez, 1978) y la Edad del Cobre y la argarización (Ruiz, Nocete y Sánchez, 1986). En ambos períodos, el análisis espacial se aborda desde la relación «hombre-hombre» (modelo de formación de polígonos Thiessen) (Ruiz y Molinos, 1984; Nocete, 1984).

En relación con la «teoría del proceso», el equipo jiennense (Ruiz *et al.*, 1986, p. 60) considera la cronología como la primera forma de «ordenación de la información obtenida». Sin embargo, la introducción del concepto «proceso histórico» en Arqueología requiere la distinción en la excavación arqueológica entre «el momento de abandono del yacimiento, o de cada fase del mismo» y el de «destrucción». Sólo el primero proporciona los factores históricos explicativos.

Al propio tiempo, los diferentes momentos definidos estratigráficamente por la cultura material deben interpretarse de acuerdo con los conceptos de «invasión, contacto o desarrollo interno en una teoría del cambio histórico-cultural». Más tarde el análisis histórico los incluye en «campos teóricos como el de transición o reproducción de un grupo social» (*ibidem*).

«La aproximación de la teoría global de la Arqueología a los análisis concretos del marco provincial de Jaén, obliga [...] a fijar [...] líneas de investigación» por fases históricas, encaminadas a la «creación de [...] modelos de trabajo que lleven al conocimiento de la Arqueología de la Historia de Jaén» (*ibidem*). Expongo a continuación la correspondiente a los primeros períodos metalúrgicos. Me centro en ella por su vinculación con el tema que trato en próximos capítulos. Por otro lado, aunque constituye el ámbito específico de investigación de F. Nocete⁶¹, la intervención de gran parte de los miembros del equipo jiennense en su configuración garantiza su uti-

⁶¹ Es objeto de su tesis doctoral (en prensa en los *B.A.R.*). Agradezco a F. Nocete el envío de sus artículos.

lidad como indicador de la forma en que abordan un problema específico de la Prehistoria.

F. Nocete Calvo (1986, p. 91) caracteriza el proceso que tuvo lugar en el Alto Guadalquivir desde finales del Neolítico a la Edad del Bronce como uno: «de consolidación de la economía de producción [...], disgregación de los nudos parentales en las comunidades [...] desarrollo de las primeras formas estatales y la aparición de las primeras sociedades de "clase"».

Esta caracterización no obvia las peculiaridades de las distintas tierras del Guadalquivir, sino que evita la linealidad.

El proceso queda enmarcado entre dos «Fases de Transición». La Primera corresponde a la denominada «Crisis del Neolítico Final», provocada por la presión demográfica consiguiente a la «Primera Revolución Agrícola» y «el deterioro ambiental de la agricultura de rozas» (*ibidem*, p. 93)⁶². El cambio no afecta a la tecnología sino a la estrategia territorial (*ibidem*, p. 92), «en los albores del Cobre Pleno» (*ibidem*, p. 94).

Las poblaciones del valle del Guadalquivir o consolidan el «proceso de sedentarización al aglutinar las aldeas itinerantes del Neolítico Final» (Primera Colonización Agrícola) (*ibidem*, p. 92) o prosiguen «la colonización de las tierras de secano [...] en la Campiña baja y media» (Segunda Colonización Agrícola). En el primer caso, los asentamientos valoran las condiciones de visibilidad y accesibilidad de los emplazamientos y se fortifican (*ibidem*) con una «cualidad militar, más disuasoria que bélica», «en la lucha por las mejores tierras» y con «posibles vinculaciones de asociación parental a las tierras de los antepasados» (Primera Colonización) (*ibidem*, p. 94). Ese «gran poblado fortificado», «ejemplifica el Estado de la Comunidad [...] aglutinando en torno a sí toda una serie de centros dependientes encaminados tanto a fines productivos como estratégicos que irán formando la trama del modelo de Estado Territorial (Nocete, 1984)» (*idem*, 1986, p. 94).

Por el contrario, «las sólidas bases económicas que suponía la explotación cerealista del secano» explican el mantenimiento de «la es-

⁶² Es difícil valorar esta afirmación porque Nocete (1986, p. 92) previamente había desestimado la incidencia de la «distorsión ecológica» en el cambio económico. Quizá sea un error tipográfico: la conexión entre agricultura de roza y deterioro ambiental es constante en los artículos del equipo jiennense (por ejemplo Ruiz, Nocete y Sánchez, 1986, p. 280).

estructura de dominio parental» por las comunidades de la Campiña occidental (*ibidem*).

La Segunda Fase de Transición (s. XVII a.C., Edad del Cobre Final) expresa «la máxima integración, expansión y crisis espacial» del «modelo de Colonización y el modelo de Estado Territorial de los grandes poblados fortificados» (*ibidem*). El final de este último «parece consumado a mitad del «II Milenio» (*ibidem*, p. 95).

El cambio cultural afecta «de una manera dominante a las estrategias territoriales, de donde [se infiere] que los motores de la “crisis” se inician en las contradicciones que aquéllas generaron» (*ibidem*, p. 94). Nocete (*ibidem*, p. 95) apunta un «cambio [no cualitativo] en las bases económicas», «trastornos ecológicos o los resultados de una sobreexplotación del nicho», cuestiones que deja abiertas «la ausencia de reconstrucciones paleoambientales para el Alto Guadalquivir»⁶³. Las consecuencias de la Segunda Fase de Transición «son el modelo de sociedad de la Edad del Bronce» (*ibidem*, p. 94).

Las características generales del período se resumen en «la emergencia de nuevas relaciones sociales donde grupos segmentarios, la aparición y consolidación de jefaturas relegarán [...] las estructuras parentales» (*ibidem*, p. 94).

El autor, siguiendo a Lull (1983), atribuye parte de la ruptura del «engranaje parental» a la «progresión cualitativa y cuantitativa» de la metalurgia (Nocete, 1986, p. 94). Esas nuevas relaciones sociales desarrollan en gran medida el militarismo (incremento de los rasgos defensivos de los asentamientos, profusión de armas) y «los elementos socio e ideotécnicos que lo sustentan» (*ibidem*, y p. 95). Dichos elementos son accesibles gracias a las rutas comerciales incentivadas «en el área oriental de la actual provincia de Jaén [...] por la demanda efectiva del Sudeste» (*ibidem*, p. 96).

La «estructura económica [es] de perfil intensivo y de mayor especialización (Lull, 1983)» (metalurgia, «explotación exhaustiva de todos los recursos disponibles: canteras de piedra, almagra, sílex») (Nocete, 1986, p. 94). En ese marco se produce la aludida «intensificación y consolidación de rutas comerciales y la presencia de estímulos exógenos, primero mediante el Campaniforme y posteriormente mediante las nuevas ideas del Sudeste que conocemos como Argar» (*ibidem*).

⁶³ Nocete rectifica así opiniones anteriores según las cuales «la práctica extensiva de una agricultura de secano [...] acabaría por agotar los suelos» (Nocete, 1984, p. 101).

Como en la fase anterior, el proceso no es homogéneo. En las Campiñas y Vega del Guadalquivir desaparecen asentamientos dependientes, concentrándose la población. Algunos centros territoriales se abandonan y se crean otros (*ibidem*, p. 95). Las Campiñas mantienen «arcaicas estructuras agrícolas» (*ibidem*, p. 96). Ahora bien, algunas comunidades del sector occidental pueden haber cambiado su estrategia de subsistencia hacia el «desarrollo de una ganadería intensiva», a juzgar por «la aparición de asentamientos en la zona del Piedemonte» del prebético (Ruiz, Nocete y Sánchez, 1986, p. 280). Los «grupos pastoriles de tradición troglodita», ya establecidos en las Sierras Meridionales (Nocete, 1986, p. 96), más influidos por estas nuevas comunidades son los más próximos al Guadalquivir (Ruiz, Nocete y Sánchez, 1986, p. 282). En esta zona el hábitat troglodita coexiste con nuevas formas de vivienda, advirtiéndose esta misma combinación de lo tradicional y lo nuevo en la cultura material (*ibidem*, también en Nocete, 1986, p. 96) y el mundo funerario. Como en las Campiñas occidentales el cambio sólo «comienza a manifestarse a nivel ideológico» por la presencia en las tumbas colectivas de objetos de prestigio (Nocete, 1986, p. 96).

Finalmente se colonizan nuevas tierras para la explotación agrícola, como en las Campiñas orientales, o minera, como en Sierra Morena donde se establecen «dinámicos poblados metalúrgicos» (*ibidem*, p. 95).

En definitiva, se trata de una propuesta que cuenta con esa «propiedad de la síntesis» que el autor (*ibidem*, p. 92) creía que «la escasez general de datos que afecta especialmente al Alto Guadalquivir» iba a impedir. Evidentemente, dicha escasez explica que las diversas formaciones sociales consideradas sigan «hoy escasamente conocidas» e «insuficientemente planteadas» (*ibidem*, p. 96) y que falte una evidencia de contraste tan fundamental como la paleoambiental, pero quedan claras las líneas generales de la concepción del proceso por parte del autor.

El proceso valora la propia crisis indígena, de base agrícola, más que factores exógenos como el tradicional «influjo argárico» (Ruiz, Nocete, Sánchez, 1986, p. 285), así como su expresión diferenciada en dichas formaciones. Ello contrasta muy positivamente con las síntesis uniformizadoras al uso ⁶⁴.

⁶⁴ Hay que esperar la publicación de la tesis doctoral de F. Nocete para ver cómo se ha resuelto el grave problema de su sincronización. Los elementos arqueológicos

Esa atención a la especificidad, reivindicada expresamente por Nocete (1986, p. 92) al negarse a «trasplantar modelos teóricos aplicados a otras formaciones cuya problemática es distinta», no se tiene, sin embargo, en relación con la dinámica infraestructural. Se advierte aquí una «subyacente identificación pobreza-arcaísmo = pastoreo, riqueza=progreso=agricultura [...] típica de la etnografía del siglo pasado» (Bello *et al.*, 1987, p. 146) a la que se añade la de montañas = pastoreo, valles = agricultura, ampliamente generalizada entre las orientaciones más tradicionales (Lull, 1983, p. 16)⁶⁵ (por ejemplo, en Bosch Gimpera).

La circunstancia de que «los grupos pastoriles» (Sierras Meridionales) y de «ganadería intensiva» (Piedemonte del Prebético) ocupen una posición marginal en el proceso reduce la «historia agraria» (Nocete, 1986, p. 91) del Alto Guadalquivir a la de la «explotación cerealista de secano» de las Campiñas y el Valle del Guadalquivir.

El rasgo más llamativo, a mi juicio, es la elisión de cualquier referencia a la posibilidad de una intensificación agrícola como salida a la crisis. Intensificación y especialización parecen constreñidas a las actividades extractivas y de transformación (Nocete, 1986, p. 94)⁶⁶.

La «explotación cerealista de secano» sucede a una «agricultura de rozas» insuficientemente definida dada su diversidad geográfica e histórica (Bello *et al.*, 1987, p. 149). De hecho sólo se alude a su condición de agente de «deterioro ambiental» (Nocete, 1986, p. 93) y de la movilidad de sus practicantes (*ibidem*, p. 92).

La fertilidad agrícola de los suelos del valle del Guadalquivir y las características de la agricultura de rozas habrían permitido soluciones a la crisis basadas tanto en la intensificación como en la ex-

no suelen tener unos períodos de circulación tan breves como sería deseable para ese propósito. A su vez, nuevas asociaciones contextuales pueden aconsejar la reconsideración de la cronología propuesta (Ruiz, Molinos, Nocete y Castro, 1983, p. 228), debido o no a la diferente permeabilidad a la innovación que manifiesta cada formación social, circunstancia acertadamente valorada por Nocete. Finalmente, es difícil contar con secuencias estratigráficas, tipológicamente bien caracterizadas, en un territorio tan amplio y diverso.

⁶⁵ Las obras sobre las poblaciones megalíticas gallegas, a las que alude la cita y las correspondientes a la «Escuela Clásica» (capítulo 4, apartado III.1) están llenas de este tipo de apriorismos.

⁶⁶ La reconocida influencia de Lull (1983) en la toma en consideración de esta alternativa hace sospechar que la resistencia a «trasplantar modelos teóricos aplicados a otras formaciones sociales» dejó ciertos cabos sueltos.

tensión de los cultivos. No queda claro por qué se escoge la segunda alternativa en lugar de la primera.

En realidad, la transformación de ciertos agricultores itinerantes de roza del Valle del Guadalquivir en un «Estado de la Comunidad» de poblados sedentarios, funcionalmente diferenciados y jerarquizados, representa un salto cualitativo en el proceso que se asume más que se explica.

La argumentación propuesta tiene en cuenta, fundamentalmente, condicionantes geográficos, ya que se excluye un cambio cualitativo en las bases económicas (Nocete, 1986, p. 95) y se estima que el ocurrido tiene lugar «a pesar del escaso desarrollo [del] nivel técnico [de las formaciones socioeconómicas], y en general de sus fuerzas productivas» (Ruiz, Nocete y Sánchez, 1986, p. 277), (el énfasis es mío).

Los «fertilísimos suelos generadores [...] de unas posibilidades agrícolas de altos rendimientos» (*ibidem*) pueden ser una condición para la acumulación de excedentes (la intensificación y la coerción pueden ser otras). Sin embargo, que tal acumulación efectivamente suceda requiere un factor «externo», asumidas la solidez de la producción agrícola (*ibidem*, p. 279) y el marco «de autosuficiencia general que caracteriza a las formaciones económico-sociales prehistóricas» (Nocete, 1984, p. 101). Dicho factor puede ser un «Estado» pero, entonces, ese «Estado» pasa a convertirse en causa —no en efecto— de los excedentes agrícolas.

El énfasis en la fertilidad del suelo resulta aparentemente contradictorio con la asunción de que el «excedente se obtiene del máximo de tierras explotadas» (Ruiz, Nocete y Sánchez, 1986, p. 279). En este segundo caso quedaría justificada la inferencia de que las «sociedades agrícolas [...] tienden a un control exhaustivo de las mismas, al coordinar y organizar su explotación. Esta práctica, a partir de la cual se desencadena la jerarquización entre asentamientos y posiblemente entre los propios hombres, puede entenderse como uno de los elementos básicos en la aparición y desarrollo del estado» (*ibidem*).

La cuestión consiste, entonces, en establecer las condiciones en las que tal control es posible, cosa que no me ha quedado clara en la consulta de las obras del equipo de Jaén sobre el tema. Quizá el problema de fondo resida en las connotaciones tan diferentes que tiene el concepto «Estado» para unos investigadores y otros. La definición más completa que he encontrado corresponde a un largo párrafo de F. Nocete (1984, pp. 100-101). Dado su interés, lo transcribo en su integridad:

la compleja estructuración jerárquica establecida en base a [...] Grandes poblados-Granero, Pequeños Poblados agrícolas de las Campiñas Altas. Pequeños Poblados de clara posición estratégica y *exentos de la actividad agraria* [muestra] una especialización relativa dentro de los marcos de la *autosuficiencia general* que caracteriza a las formaciones económico-sociales prehistóricas, [...] que conllevaría unas complejas relaciones de desigualdad económico-política y a una amplia red de relaciones de «compensación» bajo los parámetros de una ordenación macro-poblado y territorial que podemos definir como un Estado inserto en el mundo comunitario parental, donde no sólo las necrópolis evidencian el colectivismo económico, sino que también el poblado nos aparece como una unidad de macroproducción residencia y posiblemente de filiación, donde lejos de presentarse atractivo sobre los poblados secundarios, el peso de la autosuficiencia económica genera un espacio vital que impide el desarrollo de cualquier poblamiento agrícola a su alrededor, relegando a un segundo término cualquier función jurídico-política [el énfasis es mío].

En un trabajo posterior, Nocete (1986, p. 92) clarifica esa última idea: «una cuestión que sí debemos tener presente, ante aquellos que rechazan *la entidad estatal* de este nuevo orden histórico, es la de entender que la aparición de incipientes formas estatales *no debe pasar irremediamente por marcadas estratificaciones sociales* ni el desarrollo de una institucionalizada burocracia palacial» (el subrayado es mío).

En cambio, para otro autor materialista histórico como Gilman (1987a, p. 30), el panorama descrito por el equipo de Jaén

no nos permite pensar que estemos observando algo más complejo que un sistema incipiente de jefaturas [...], aún aceptando que el tamaño y el emplazamiento desiguales de los poblados sean pruebas de su diferenciación funcional, una jerarquía tal no puede ser indicio suficiente de una concentración de excedentes que permita apoyar las instituciones de un Estado (administración y establecimiento militar permanentes). Además, como estos investigadores reconocen, los pocos datos funerarios disponibles para esta región tampoco indican una diferenciación social marcada, cuyo mantenimiento requiriera instituciones estatales.

Sería conveniente una clarificación de los términos de la discusión, en ocasiones, bastante confusos. No se entiende bien cómo poblados «exentos de la actividad agraria» se consideran insertos en el «marco de la autosuficiencia general». Por otro lado, si las «complejas relaciones de desigualdad económico-política» inferidas de la je-

rarquización territorial no pueden ponerse a prueba en el registro arqueológico por la falta de «marcadas estratificaciones sociales», será imposible averiguar si es pertinente o no la interpretación de la jerarquización en esos términos. Una vez establecidos los indicadores arqueológicos oportunos, habría que decidir si la formación social de referencia se describe mejor con el término de «jefatura», «Estado incipiente» o cualquier otro que se creyera más adecuado. A mi juicio, hoy por hoy, el segundo está dotado de un sentido implícito, inevitable y muy arraigado, que sugiere contextos sociales, políticos y económicos muy alejados de los descritos por el equipo de Jaén. Así pues, su empleo dificulta, más que facilita, la interpretación de la formación social responsable de esa jerarquización territorial en cuya definición están trabajando.

En conclusión, considero que la línea de investigación emprendida por el equipo jiennense es la más completa de las que configuran el panorama de la Prehistoria española. Responde a un programa coherente y planificado que aúna los desarrollos teóricos con sus correspondientes articulaciones empíricas en un mismo proceso de conocimiento. Las políticas de investigación y de gestión de recursos culturales se integran en un proyecto expreso de crítica social en el que una vía da sentido a la otra, diluyendo su contraposición académica tradicional.

Los problemas se localizan en el terreno del contraste empírico. Como ya he advertido, ello no es achacable a la falta de formulación de las hipótesis pertinentes, sino al carácter incompleto del registro arqueológico actualmente disponible o al hecho de que las publicaciones sean sólo avances de programas en curso. Esto puede explicar el uso de «conclusiones de primer grado» (Lull, 1983, p. 16). A la vista de los resultados obtenidos, cuando existe una adecuada confrontación con el registro arqueológico (Nocete, Ruiz, Molinos, Castro, 1986), no parece exagerado suponer que el conocimiento de «la Arqueología de la Historia de Jaén» será uno de los más sólidos de todo el país —sino el más— de aquí a unos pocos años.

La línea de investigación emprendida por los prehistoriadores marxistas vinculados al Departamento de Historia de las Sociedades Precapitalistas y Antropología Social de la Universidad Autónoma de Barcelona se desarrolla paralelamente a la anterior. Sin embargo, es mejor conocida que ella. La razón reside en los tipos de publicación y temas escogidos por unos y otros para su primera difusión. El artículo de A. Ruiz Rodríguez (1978) aparece en una revista especiali-

zada y aborda la problemática de una parte de los pueblos iberos. El libro de Lull (1983), por el contrario, se edita en una colección universitaria ampliamente manejada y se refiere a la cultura nacional e internacionalmente más identificatoria de nuestra Edad del Bronce e, incluso, de nuestra Prehistoria: El Argar. Ello y, quizá la pertenencia de los componentes del segundo equipo a una de las universidades más importantes del país explica que, cuando se quiere presentar la versión marxista de la «Arqueología hoy», se escoja a ese mismo autor (Lull, 1988).

Las dos propuestas materialistas dialécticas tienen, lógicamente, muchos puntos de contacto entre sí⁶⁷, sin que falten inevitables cambios de énfasis, derivados de la diferencia de contexto y de protagonistas. Entre los primeros se encuentran, por ejemplo, la preocupación por la teoría arqueológica o su llamada de atención sobre las implicaciones sociales y políticas subyacentes en la misma (Lull, 1988, pp. 67-68) y en la labor del prehistoriador. Comparten, igualmente, la crítica a la tipología tradicional y su sustitución por otra con criterios explícitos y jerarquizados que emplea técnicas complejas de análisis cuantitativo, así como la consideración de la prospección como «punto de partida necesario de todo el programa de investigación arqueológico» (Chapman *et al.*, 1987, p. 119).

Los investigadores catalanes defienden en varias ocasiones que «la arqueología, como cualquier otra ciencia social, debe tener su propio marco teórico» (Estévez *et al.*, 1984, p. 26), advirtiendo de «las evidentes implicaciones políticas en el modo de obrar escéptico» del empirismo tradicional (Lull, 1988, p. 67). Sin embargo, la contextualización de su trabajo en «las coordenadas teóricas del materialismo histórico» (Lull, 1983, p. 21) se produce en el libro sobre El Argar, ya aludido, pero no en las monografías del equipo (Vicent, 1986, p. 313) o, lo que es más notable, en los artículos específicos sobre «teoría arqueológica» (Estévez *et al.*, 1984; Lull, 1988)⁶⁸. Esto últi-

⁶⁷ Por desgracia, no es posible contar en el caso de esta alternativa metodológica con una exposición programática tan útil para su evaluación «desde dentro», como la que ofrece el equipo jiennense (Ruiz *et al.*, 1986), salvo en «los puntos de partida epistemológicos» (Lull, 1988, p. 62). En consecuencia, ese programa debe «reconstruirse» a partir de la bibliografía, no siempre suficientemente expresiva o accesible, con el riesgo de parcialidad y subjetivismo que ello implica.

⁶⁸ El artículo de Lull (1988, pp. 62-63) «expone los puntos de partida epistemológicos [...] básicos para la construcción de una teoría científica en arqueología», así como «las ideas que [ha] ido elaborando sobre los objetivos antes expuestos [...] en su estado actual de matización».

mo expresa la preocupación preferente de los autores por los aspectos de la teorización más vinculados con la contrastabilidad empírica (corroboración de hipótesis, programas de investigación).

Su posición en relación con el problema de la causalidad —tan discriminador en este momento a raíz de las propuestas del marxismo estructural—, análogamente a la del equipo de Jaén, insinúa un determinismo infraestructural de base ecológica. Ello contrasta con el papel secundario que los marxistas suelen conceder al medio natural frente a la determinación histórica (véase *supra*, p. 52). Así, Lull y Estévez (1986, p. 442) sostendrán que, «bajo el supuesto de que las formaciones económico-sociales se desarrollan a partir de procesos dialécticos polarizados en las relaciones existentes entre el «grupo-medio» y las relaciones «intergrupales-intragrupales»» (*ibidem*), «el primer paso para detectar [su] funcionamiento [...] [es] intentar reconstruir el medio ambiente natural» (Gasull *et al.*, 1984; también en Chapman *et al.*, 1987, p. 219) (véase *infra*).

El párrafo transcrito expresa dos de las señas de identidad de este grupo: los estudios paleoambientales (relación «grupo-medio») y los de «arqueología de la muerte» (relaciones «intragrupales»). Además, resulta característica la atención a la proyección exterior de su trabajo. Esta última se articula mediante la publicación en series internacionales (Gasull *et al.*, 1984), la realización de programas de investigación fuera del país⁶⁹ y la colaboración con prehistoriadores extranjeros dentro del mismo (Chapman *et al.*, 1987).

Los estudios paleoambientales muestran una preferencia inversa a la del equipo jiennense: relación «hombre-medio» (obras arriba citadas, por ejemplo) en lugar de «hombre-hombre». Así, mientras la orientación macros espacial de aquél viene dada, como sabemos, por la elección del Estado como contexto de estudio, el enfoque semimicroespacial del equipo catalán considera que «el primer paso para detectar el funcionamiento de [una] comunidad [...] [es] intentar reconstruir [...] el marco ecológico para captar la utilización y la transformación realizadas por el grupo, según sus necesidades, exigencias y posibilidades» (Gasull *et al.*, 1984, p. 3).

Como en los estudios ambientales gallegos (véanse *supra*, pp. 80-81), las apreciaciones del «aspecto físico del entorno actual [...] han sido contrastadas con los datos empíricos procedentes [en este caso] de la

⁶⁹ V. Lull y J. Estévez (1986, p. 442) iniciaron, junto a M. Picazo y R. Olmos, en 1983, «el estudio de las necrópolis geométricas de la isla de Eubea» (en curso).

excavación, fundamentalmente los análisis polínicos, antracológicos [...], faunísticos [...] y de la materia prima utilizada para la construcción y la fabricación de instrumentos de producción» (*ibidem*).

Se evalúan críticamente las posibilidades de estos análisis (Estévez, 1984; Yll, 1984), manejando los resultados obtenidos como elementos fundamentales para el contraste de hipótesis, lo que garantiza su integración en la síntesis final.

El desarrollo de la «arqueología de la muerte» parte de la hipótesis de que «la naturaleza, complejidad y diversidad de los rituales [funerarios] en un grupo social sugerirán en algún grado el estadio de las relaciones sociales intragrupalas y expresarán de alguna manera la distancia económica, social o ideológica entre los individuos» (Lull y Estévez, 1986, p. 442).

Desde esa perspectiva estudian, primero, los tipos de enterramientos argáricos atendiendo, por separado, a su continente y contenido y, después, las necrópolis en su conjunto «según su ubicación en los diferentes microambientes territoriales argáricos», para averiguar «si la distancia social que muestra la práctica funeraria equivale o no a la distancia real o geográfica»⁷⁰.

Finalizo la presentación de la alternativa propuesta por el Departamento de Historia de las Sociedades Precapitalistas de Barcelona comentando las monografías de la excavación de Son Fornés (Gasull *et al.*, 1984) y el proyecto Gatas (la prospección arqueológica) (Chapman *et al.*, 1987). En sus respectivos ámbitos son una de las obras más interesantes publicadas en los últimos años sobre las posibilidades de interpretación global a partir de una escala semimicroespacial.

Me centraré, en cada caso, en las cuestiones de «procedimiento» por diversas razones. Son Fornés es un poblado talayótico cuya problemática es ajena al tema de este libro. En cambio la abordada en el proyecto Gatas cae de lleno en el mismo, por lo que he preferido tenerla en cuenta en el capítulo correspondiente (cap. 4, epígrafe IV). Por otro lado, dado que estas monografías hacen referencia a las intervenciones arqueológicas más generalizadas entre los prehistoriadores, sirven eficazmente como demostración del nexo teoría-práctica en la crítica a la tradición investigadora empirista.

La importancia del estudio sobre Son Fornés (Mallorca) fue destacada hace ya tiempo (Vicent, 1986). Es la primera que se edita en español en la serie Internacional de los B.A.R. (Chapman en Gasull

⁷⁰ Sus resultados se comentan en el capítulo 4, apartado III.2.

et al., 1984, Prefacio). Inaugura, igualmente, las publicaciones de excavaciones en extensión en nuestro país ⁷¹.

El objetivo fundamental de los autores «era excavar un yacimiento con suficientes garantías para [...] ilustrar [...] las sucesivas transformaciones económico-sociales de un grupo protohistórico del llano mallorquín» (Gasull et al., 1984, p. 3), «desde las fases iniciales hasta su total romanización» (*ibidem*, p. 1).

Ese poblado se selecciona tras una prospección «en diversos municipios» (*ibidem*).

Como recordaré, según el equipo catalán, la comprensión de la «interacción comunidad/medio» es «el primer paso» para detectar su funcionamiento (*ibidem*, p. 3). Así, la caracterización del «aspecto físico del entorno actual» se contrasta con los resultados procedentes de la excavación de «los análisis polínicos, antracológicos [...], faunísticos [...] y de la materia prima utilizada para la construcción y la fabricación de instrumentos de producción» (*ibidem*).

De acuerdo con el objetivo fundamental citado, la excavación busca «en el registro medidas arqueológicas de variables como intensificación, especialización y jerarquización [...] en la línea de lo que ha llegado a ser conocido como arqueología procesual» (Chapman en Gasull et al., Prefacio).

La orientación de los trabajos de campo en esa dirección «en lugar de la tradicional subordinación de la excavación a las cuestiones de historia cultural» supone la valoración de datos novedosos en un informe arqueológico (Vicent, 1986, p. 312). Pero lo más importante es que tal cosa sucede sin menoscabo del correcto tratamiento de los problemas estratigráficos y de definición de estructuras arquitectónicas que preocupan a la mayoría de los arqueólogos (*ibidem*).

La excavación se emprende en «la zona más rica en restos», donde se emplaza un talaiot (gran torre) y diversas edificaciones adosadas al mismo (Gasull et al., 1984, p. 6). Determinada la secuencia cultural de los distintos cortes estratigráficos mediante «técnicas que proceden del método Wheeler», se excava en extensión (*ibidem*). Aquí «el método estratigráfico fue modificado [...] por el registro espacial» de «subconjuntos» (teoría sistémica) individualizados: «aportaciones de origen natural y [...] artificial accidental, estructuras y ele-

⁷¹ La excavación en extensión afectó a «105 metros cuadrados» de «la superficie aproximada de dos hectáreas y media» que ocupa el yacimiento (Gasull et al., 1984, p. 6).

mentos arquitectónicos definidos, equipo doméstico, restos alimentarios de desecho o almacenados» (*ibidem*, y p. 10).

Cada elemento cuenta con una «coordinación tridimensional» y una asignación cronológica (*ibidem*, p. 10). Esa localización espacio-temporal permite dar el «segundo paso» en dirección al objetivo global de la investigación: estudiar la distribución e interrelación espacial de esos subconjuntos (*ibidem*, p. 3) para averiguar, con ayuda de información complementaria, las transformaciones socioeconómicas experimentadas por los ocupantes del poblado a lo largo del tiempo.

Una vez descritas las estructuras arquitectónicas y el material (cerámico, lítico, óseo, metálico, varia, restos alimentarios) recuperado en cada una de ellas, se evalúa el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas a partir de los procesos de trabajo implicados en las tareas constructivas y alfareras.

El proceso de edificación (cantería, transporte, tiempo, fuerza de trabajo, etc.) se precisa a partir de la naturaleza y disposición de los elementos arquitectónicos recuperados en el registro arqueológico, datos paleoambientales y topográficos y con el apoyo de la experimentación y la comparación etnográfica (*ibidem*).

En cuanto a la cerámica, «la clasificación de las pastas y los acabados y un análisis morfométrico de las piezas» mediante análisis cuantitativo de cierta complejidad permite identificar formas y tipos de vasijas (*ibidem*). Su distribución diferencial en las unidades de habitación sugiere «el nivel funcional potencial» (*ibidem*, p. 5).

Finalizada esa tarea, «se ha intentado reconstruir el proceso de trabajo» correspondiente apoyándose «en algunas leyes generales de la Antropología» y en el contraste experimental de las hipótesis obtenidas: «procedencia de las arcillas, [...] extracción, carga y transporte [...]; preparación de la pasta; modelado y cocción; tiempo empleado, y presencia o ausencia de artesanos especializados» (*ibidem*).

«Un trabajo semejante se ha hecho con los restos alimentarios de desecho» (*ibidem*).

El resultado final es «la reconstrucción del patrón económico-social de la comunidad que vivía en Son Fornés durante la fase [...] talayótica» (*ibidem*).

Como indica Vicent (1986, p. 315), la monografía «es un magnífico ejemplo de las posibilidades de una investigación arqueológica [...], orientada a la resolución de problemas planteados por [...] principios teóricos [explícitos] y conducida con una metodología rigurosa e imaginativa, que es capaz de integrar las destrezas tradicional-

mente aprendidas [...] con instrumentos de análisis aún [...] poco frecuentes, como el análisis cuantitativo, con técnicas serias o la experimentación».

Este aparato metodológico será la base fundamental del proyecto Gatas. Dicho proyecto está siendo emprendido por un equipo hispano-inglés de carácter interdisciplinario («colaboran arqueólogos, botánicos, geólogos, antropólogos físicos y ecólogos», Chapman *et al.*, 1987, p. 219)⁷². Su objetivo es «contrastar los modelos propuestos referentes a la aparición de sociedades complejas durante el calcolítico y la Edad del Bronce en el sudeste de la península Ibérica mediante una investigación arqueológica centrada en la excavación del yacimiento de Gatas (Turre, Almería)». Su elección se debe a «que posee una sucesión de asentamientos correspondientes a las etapas mencionadas» (*ibidem*).

El interés por la relación «hombre-medio» de los investigadores catalanes se ve reforzado en esta ocasión por su valor crucial para dicho contraste⁷³.

El proyecto se desarrollará en tres fases (*ibidem*, pp. 220-221 e i-ii). La primera, cuyos resultados se dan a conocer en el libro de referencia, evalúa el estado de la cuestión, expone la teoría alternativa de los autores y presenta la prospección —«primera fase fundamental de [su] programa» (*ibidem*, p. 119).

La segunda, tomando como punto de partida las hipótesis y conclusiones enunciadas tras la prospección a propósito de las secuencias cronológica y medioambiental del yacimiento y de los recursos económicos potencialmente explotables por sus ocupantes, abordará una excavación por sondeos estratigráficos destinada a ponerlas a prueba en cada fase. Además, se formularán los posibles «dinamizadores del incremento productivo» comparando «el nivel de desarrollo tecnológico» (evaluado mediante las «tipologías morfométricas de los medios de producción») «con las diversas esferas de actuación económico-social». Finalmente, la dispersión de los sondeos permitirá «una primera aproximación a la dinámica espacial de los diversos asentamientos de Gatas y a la posible funcionalidad de las estructu-

⁷² El grueso del proyecto recae conjuntamente en el equipo español y en R. W. Chapman (Dpt. of Archaeology, University of Reading). La competencia específica de los investigadores ingleses es «La prospección geofísica de Gatas 1985» (B. y M. Turton) (Chapman *et al.*, 1987) y los análisis metalográficos (R. E. Clough) (*ibidem*, p. 207).

⁷³ Véase capítulo 4, epígrafe IV.

ras descubiertas». La eventual existencia de sepulturas hará posible un estudio de paleonutrición, paleopatología y «de la norma funeraria».

El proyecto finalizará con una excavación extensiva sistemática destinada a contrastar, a su vez, el modelo formal paleoecológico y económico-social elaborado durante la segunda fase.

La fase de prospección se inicia con la contextualización del yacimiento de Gatas a tenor de la información arqueológica conocida de la depresión de Vera (cartografía de los yacimientos desde el Calcolítico al Bronce Final) (*ibidem*, p. ii) y a la biogeografía actual de la misma. Como en el caso de Son Fornés, a partir de los estudios de «la geología, la geomorfología, la vegetación, el clima y la hidrología actuales» se elabora un cuadro ecológico de referencia para la futura información paleoecológica (*ibidem*, p. 219).

La localización precisa del poblado en este contexto venía establecida por la información publicada. En consecuencia, la prospección tuvo lugar sobre el propio yacimiento y sobre su presumible área de captación de recursos. Esos dos ámbitos de actuación requerían dos estrategias, encaminadas a un mismo objetivo: «evaluar si el estudio actual arqueológico del yacimiento de Gatas y su zona de captación permitía reconocer indicadores capaces de representar el estado prehistórico del medio y del yacimiento» (*ibidem*, p. 120).

La prospección en el yacimiento pretendía averiguar la potencia, naturaleza y estado del depósito geo-arqueológico, así como la intensidad y distribución espacial, tanto de estructuras como de artefactos y su clasificación cronológico-cultural (*ibidem*).

La «topografía, [...] alzados y plantas segmentarias» del lugar sirvieron para el registro gráfico de la documentación extraída de acuerdo con «una división zonal adecuada a la realidad física». Su objetivo era incluir «la distorsión de los materiales por procesos dinámicos erosivos [...] en los límites marcados por la propia topografía» (*ibidem*).

Tras un «batido zonal [...] total y completo», se recogieron «al azar pero sin sobrepasar las 500 unidades por área» los fragmentos cerámicos informes (*ibidem*, p. 121). En cambio se recuperaron todos los que contaran con «una forma determinable del perfil [...] decoración y/o piezas de prensión» (*ibidem*, p. 181).

«Las mismas reglas [...] fueron respetadas para los *items* metálicos, líticos y los adornos de concha» (*ibidem*, p. 121). En cambio, en el caso de los «restos alimentarios» y «humanos» se intentó evitar la «contaminación cronológica» centrandolo en los lugares con

«adscripción estratigráfica prehistórica evidente», en los sedimentos amontonados junto a las excavaciones antiguas, procedentes de las mismas, así como en las «lenguas de deposición» formadas por la erosión en las laderas del cerro (*ibidem*).

La recuperación de los «restos alimentarios» y «humanos» no es frecuente en las prospecciones arqueológicas, a pesar de su indudable interés para la elaboración de hipótesis paleoambientales, paleoecológicas y paleodemográficas. Tampoco lo es la identificación de las materias primas de los «*items* arqueológicos» y de los restos constructivos, destinada a «evaluar [...] el gasto de energía que implicó su obtención» (*ibidem*, p. 122). Las posibilidades de esta línea de investigación para una evaluación del nivel de desarrollo de las fuerzas productivas y de los procesos de trabajo, ya quedaron en evidencia en la monografía de Son Fornés.

La última cuestión en la prospección del yacimiento concierne a la valoración de «la potencialidad arqueológica del subsuelo. [Se] llevó a cabo mediante [...] análisis de magnetometría y resistividad» sobre «las áreas con indicadores potenciales» (*ibidem*, pp. 120-121).

En cuanto a la prospección de la zona de captación, su delimitación espacial se basó en el ajuste de la propuesta inicial de Higgs y Vita Finzi (1972) a «las condiciones microambientales específicas del medio inmediato» al mismo y a «la presencia de otros importantes yacimientos» (Chapman *et. al.*, 1987, p. 123). El área así definida, «6 km²», fue objeto de análisis geomorfológicos, geobotánicos, mineralógicos, hidrológicos y polínicos destinados a la elaboración de «hipótesis de trabajo concernientes al paleoambiente, [...] las probables zonas de extracción de materias primas, áreas potenciales de explotación agrícola y los núcleos de abastecimiento de aguas» (*ibidem*).

Los resultados indican que el territorio propuesto tenía «suficientes requisitos para la reproducción y mantenimiento de un asentamiento propio de las Edades del Cobre y del Bronce [...], sobre todo en los concernientes a posibilidades alimentarias» (*ibidem*).

En resumen, las monografías del Departamento de Historia de las Sociedades Precapitalistas de la Universidad Autónoma de Barcelona expresan con claridad, a mi juicio, cómo la brillantez de los resultados de un programa de investigación depende de una teoría que, al establecer «los niveles dialécticos entre las esferas conceptual y fáctica [...], dé sentido» a lo que se hace (Lull, 1988, p. 69).

IV. CONCLUSION

La situación actual de la Prehistoria española es de gran dinamismo y complejidad. Desde fines del siglo XIX, el desarrollo de la investigación europea había estado vinculado a la historiografía académica. Afortunadamente, el monolitismo de este enfoque empirista, marcadamente antiteórico, empieza a entrar en crisis a partir de la segunda guerra mundial, agudizándose entre 1950 y 1970.

Las décadas de referencia corresponden a un momento de expansión capitalista y bienestar social en los países occidentales industrializados, expresado en nuestro ámbito mediante el incremento de fondos para la investigación arqueológica, ahora muy tecnificada (procedimientos computerizados, análisis fisicoquímicos, entre los que destaca el radiocarbono), y para la correspondiente docencia universitaria. Las disciplinas científico-naturales y humanísticas, sensibles a la filosofía neopositivista imperante, se orientan a una recogida ordenada de datos efectuada en un marco teórico explícito y destinadas a establecer generalizaciones universales con valor predictivo.

La preocupación por el valor práctico de la ciencia en la sociedad moderna incide especialmente en la investigación arqueológica norteamericana, donde confluye con una tradición de inspiración nomotética. La Prehistoria británica, por su parte, estaba preadaptada a esta «Nueva Arqueología» no sólo por su pertenencia a la misma comunidad cultural y científica, sino también por el interés de algunos de sus más significados representantes por los estudios económicos y medioambientales que son de atención preferente por parte de aquélla.

Se llega así a la diferenciación en Europa de varias alternativas metodológicas que, a grandes rasgos, podemos agrupar en dos. Por un lado están la investigación anglosajona y la de su ámbito de influencia (fundamentalmente Escandinavia), y por otro, la implantada en los demás países del continente. En esta última, el fenómeno de la «pérdida de la inocencia» definido por Clarke se manifiesta con especial intensidad en países como Italia e, incluso, España, mientras que otros como Alemania y Francia mantienen más arraigado el historicismo tradicional. Sin embargo, las nuevas alternativas no han llegado a consolidarse en ninguno de estos casos como señas de identidad nacional de la disciplina. Las versiones más generalizadas, las de mayor peso académico, combinan los objetivos habituales de historia cultural con el empleo de procedimientos empíricos cada vez

más precisos, tanto a la hora de la ejecución de la excavación arqueológica como del estudio de los hallazgos.

El impacto de la *Ciencia en Arqueología*, según título de Brothwell y Higgs, se expresa en la incorporación de una evidencia que venía siendo relegada u obviada —componentes ambientales y económicos—, en la sofisticación alcanzada en la indagación de procedimientos de fabricación y vías de distribución de productos, y en la ampliación de la información cronológica, que además gana en fiabilidad, especialmente con el sistema radiocarbónico.

El avance del conocimiento se vincula, pues, con la ampliación de la base empírica y, consiguientemente, no pone en cuestión el «concepto de Prehistoria» tradicional, sino que lo asume como punto de partida. La ausencia o, incluso, la negación de una teoría arqueológica explícita ha limitado severamente las posibilidades de renovación de la disciplina en los países europeos que he agrupado como la segunda alternativa a la crisis. La naturaleza de esa «teoría arqueológica» es la que determina el «sentido» de la lectura del pasado. Es conveniente, pues, volver sobre nuestros pasos y considerar el proceso que se acaba de exponer desde ese punto de vista.

En esencia, la «lectura del pasado» sólo puede seguir dos vías. Una niega cualquier principio de determinación y regularidad en la conducta humana. Es una posición relativista, desde el punto de vista epistemológico e idealista, desde una perspectiva filosófica. Fontana la identifica con la historiografía académica. La otra vía acepta ese principio de determinación como condición de acceso al entendimiento del pasado como un proceso inteligible. Consiguientemente es racionalista y materialista, y concibe el conocimiento como un instrumento de transformación, y no sólo de comprensión, de la realidad.

Mi opción personal por esta segunda alternativa me lleva a defender una reflexión sobre los aspectos formales del conocimiento científico —epistemología— y sobre el objeto de dicho conocimiento y su instrumentalización metodológica. Voy a ocuparme de esas dos series de cuestiones, conexas pero diferenciables, de manera sucesiva. La circunstancia de que los investigadores se pongan al corriente de las mismas de forma tácita, a través de su formación científica, otorga una importancia crucial a la tarea del crítico que deberá tratar de hacerlas explícitas.

Las bases del método crítico propuesto por Vicent para acceder a los aspectos formales de la Prehistoria son los conceptos «reconstrucción racional del proceso científico» y «distinción lenguaje-

metalenguaje». Su empleo le ha permitido definir tres cortes diacrónicos o «ciclos históricos» en la estructura de la Prehistoria que se van agregando a la tradición académica hasta dar lugar hoy a otras tantas «tendencias disciplinares».

Tomando como referencia el esquema tripartito de Harris para la Antropología cultural, Vicent denomina «ciclo tradicional» al positivismo clásico de los dos primeros: incorporación de Difusionismo y Evolucionismo (primer período nomotético) y perfeccionamiento de los procedimientos empíricos que culminan con la «Revolución Tecnológica (interludio ideográfico)». El tercer ciclo corresponde a la irrupción de orientaciones cientifistas como las representadas por la «Nueva Arqueología» (segundo período nomotético). El arraigo del «ciclo tradicional» en la Prehistoria continental y, sobre todo, en la española, ha supuesto generalmente la subsunción de la Prehistoria teórica en una sistemática de la cultura material, es decir, Arqueología. Sin embargo, no se renuncia al objetivo teórico inicial que trata de lograrse interpretando las categorías taxonómicas en términos histórico-culturales.

Vicent identifica las alternativas a esta situación con las tres tendencias disciplinares aludidas, expresivas de tres niveles progresivos de «autoconsciencia». El «Anticientifismo» aboga por la perpetuación de la tradición. El «Reformismo pragmático o Positivismo modificado» pretende una cientifización de la Prehistoria por incorporación de los procedimientos disponibles tras la «Revolución Tecnológica». Por último, el «Neopositivismo o Cientifismo» defiende la renovación total de los objetivos disciplinares y redefinición metodológica de la disciplina sobre la base de las nuevas condiciones factuales, teóricas y metateóricas.

El «Anticientifismo» es una tendencia residual, pero cuya influencia se manifiesta en rasgos como la extendida creencia en la objetividad de la observación y la permanencia de versiones clásicas del difusionismo y evolucionismo. El «Cientifismo» y el «Reformismo pragmático», por el contrario, ocupan respectivamente la posición hegemónica en el área de influencia anglosajona y en los países del continente europeo ajenos a ella.

Resumiendo lo expuesto por Vicent, señalaremos que la única diferencia sustancial del segundo, con relación al «Anticientifismo», es que pretende la reconstrucción histórica de la Prehistoria por simple *descripción* en vez de a través de la *interpretación* del registro arqueológico, como venía haciendo la tradición disciplinar. Esa radicaliza-

ción de la reacción antiteórica —la ilusión de los hechos sin teoría— es el objeto principal de la crítica del «Cientifismo», siendo su seña de identidad el recurso a la Teoría de la Ciencia como auxiliar imprescindible de la renovación metodológica y de la propia investigación, adaptándose de un modo parcial el método hipotético-deductivo de K. G. Hempel. Dado que nuestra disciplina no está suficientemente consolidada, ni tan siquiera descrita, ello facilita unos medios para su formalización que convierten al «Cientifismo» en el único núcleo de una posible Prehistoria científica. Otra cuestión, y crucial, ya señalada por Vicent, es si resulta factible e, incluso, deseable la transformación de la Prehistoria en una Física de los fenómenos socioculturales.

La respuesta a ese interrogante requiere la apertura de un debate acerca de cuál debe ser el objeto teórico de la Prehistoria. Esa discusión atañe a la segunda serie de cuestiones de reflexión obligada desde la vía racionalista al estudio del pasado. Su tratamiento exige la descripción y discusión de la tradición disciplinar y de los programas metodológicos que contiene.

Habitualmente se han contrapuesto dos tradiciones, una de orientación antropológica y otra histórica, vinculadas con la investigación arqueológica norteamericana y europea. Esta disyuntiva está conectada con la diferente amplitud del registro arqueológico en ambos continentes que favorece un sentido de unificación y continuidad entre pasado y presente en Europa, inexistente en un territorio de nueva colonización para la población blanca, como Norteamérica.

La trayectoria histórica de los desarrollos a uno y otro lado del Atlántico demuestra, sin embargo, el paralelismo esencial de los mismos. No podría ser de otro modo si se tiene en cuenta la interconexión entre las respectivas comunidades científicas, que comparten un contexto social, político y económico común. Así pues, la dicotomía nos retrotrae, en primer término, a las posiciones deterministas y antideterministas mantenidas en el estudio de la conducta humana. En segundo término, la consideración de las primeras nos presenta otra nueva: la existencia entre las que implican o no un compromiso de transformación social.

J. Fontana vincula el antideterminismo con la «historia académica» que hace arrancar de las tendencias opuestas a la herencia revolucionaria francesa del siglo XVIII, en el período entre 1814 y 1917. Entre ellas destacan la reivindicación de la individualidad frente al análisis social y el fortalecimiento de la idea de nación, fundamenta-

da en una historia y cultura comunes, definidas a partir de la proclamación solemne de la falacia académica de la imparcialidad. El arqueólogo alemán Kossinna simboliza esa reivindicación nacionalista en nuestra disciplina.

Desde ese momento a las últimas manifestaciones de *Annales*, aquella historiografía sigue una línea ininterrumpida. Entre las dos guerras mundiales la correlación entre bolchevismo y materialismo histórico lleva a intentar cerrar el paso al primero en la realidad política, desterrando el otro de la mente de los hombres. Ese objetivo se intenta conseguir mediante diversas vías que se prolongan hasta la actualidad. Hay tres con una incidencia especial en nuestra disciplina.

La primera vía culmina la iniciada a comienzos de este siglo por el neokantismo de Rickert y la «filosofía de la vida» de Dilthey. Su influencia llega a la Prehistoria a través de Croce y, sobre todo Collingwood, base de la filosofía de la historia de la arqueología simbólica y estructural, contextual o postprocesual de Cambridge, representada por Hodder. Su concepción de la historia como la reactualización de pensamientos pretéritos en la propia mente del historiador —palabras de Collingwood— excluye cualquier causalidad general y priva a ese último de instrumentos analíticos encaminados a lograr resultados que puedan someterse mínimamente a prueba.

La segunda vía busca la sustitución de las orientaciones metodológicas más críticas de la Historia por las menos comprometedoras para el orden social de las de la Antropología. Incide de modo especial en la Prehistoria, más sensible a la influencia teórica de dicha disciplina. Las manifestaciones con mayores implicaciones en la investigación arqueológica son el difusionismo, el particularismo, el funcionalismo y el estructuralismo. Los dos últimos son las únicas alternativas deterministas de entre las que se proponen la renovación de la historia académica, pero ambas, desde perspectivas acriticas.

Los esquemas explicativos fundados en la difusión culminan en las nociones de *Kulturkreise* o «círculos culturales» de la escuela histórico-cultural de Viena y en las de «áreas culturales» del norteamericano Kroeber. La primera llega directamente a la Prehistoria española a través de la formación alemana de la mayoría de sus principales figuras. Sus rasgos específicos son la defensa de un evolucionismo (recurso al método comparativo) que negaba «las regularidades y las leyes en la historia» y su clara preocupación cronológica.

El particularismo tiene su máximo representante en Boas, quien al observar directamente la enorme variabilidad del registro etnográfico

fico optó por oponerse al método comparativo y a cualquier forma de generalización. La fascinación por lo individual e ideacional en la cultura, la «perspectiva ecléctica» y la precisión en la recogida de datos son rasgos boasianos constatables en la tradición nacional de la investigación prehistórica alemana y francesa, por citar las dos de mayor incidencia en la española. Queda así de manifiesto cómo la «orientación antropológica» no es por sí misma un criterio de discriminación útil en la indagación acerca del «objeto teórico» de la Prehistoria.

En cuanto al funcionalismo, es la manifestación de la reacción académica en el período entre guerras más claramente favorable a las posiciones conservadoras. Intenta desvelar las reglas de articulación de los mecanismos que rigen el equilibrio de las formas sociales existentes, con el fin de justificarlas y mostrar su adecuación (Fontana, 1982, p. 168).

Su origen se halla en Durkheim, de quien arranca no sólo la escuela funcionalista británica (Radcliffe-Brown y Malinowski), sino también la de la antropología estructural francesa (Lévi-Strauss). Esa herencia común incide sobre la que estaba previamente implantada en Norteamérica por la orientación boasiana.

En Norteamérica la primera de estas escuelas adquiere un notable desarrollo a través del neofuncionalismo ecológico-cultural de la «Nueva Arqueología» (décadas de los sesenta y setenta), mientras que paralelamente trabajos como el de Chang, entre otros, incorporan el estructuralismo a la disciplina. En cambio, en Europa, el migracionismo, el difusionismo y la escuela taxonómica habían desaparecido del escenario británico, pero se mantenían al otro lado del canal.

El trabajo de G. Clark de orientación funcionalista favoreció un amplio desarrollo de la investigación ecológica en Prehistoria que, como se ha indicado, preparó el camino en Gran Bretaña para la aceptación del enfoque sistémico, básico en la «Nueva Arqueología». El «neofuncionalismo» de esta tendencia disciplinar comienza a extenderse en la década de los setenta fuera de ese ámbito, entre otros factores por la dedicación de los autores del contexto académico anglosajón a temas específicos de la Prehistoria europea.

El francés A. Leroi-Gourhan, por su parte, se sirvió básicamente de la antropología estructuralista en su estudio del arte Paleolítico Superior y en la definición y articulación de la excavación etnográfica. El conocimiento del estructuralismo, por ejemplo en España, se reducía generalmente al de esas aplicaciones. Su difusión llegará, en gran

parte, en las décadas de referencia (véase *supra*) de la mano de sus versiones norteamericanas, y en la de los ochenta a través de la crítica al procesualismo de la «Nueva Arqueología» por parte de la «Arqueología simbólica y estructural» de Cambridge.

La tercera vía corresponde a la escuela de *Annales*, que según Fontana es el último intento de reconstrucción de la historia académica. *Annales* reivindica una historia global o integral de «hechos de masas», encaminada a la resolución de problemas y propone nuevos métodos de trabajo interdisciplinarios. Este esfuerzo de modernización encubriría a juicio de Fontana la ausencia siempre de un pensamiento teórico sólido. En cualquier caso, su incidencia en la Prehistoria sólo ha sido ocasional, y la renovación metodológica de la disciplina hay que adjudicársela más bien, por efecto directo o indirecto, a la «Nueva Arqueología» anglosajona.

Tras veinticinco años de debate parece haberse alcanzado un consenso respecto a la valoración de esta última tendencia disciplinar: positiva en el terreno empírico (uso de procedimientos cuantitativos complejos, reconstrucción de las bases materiales de las sociedades pasadas), ambivalente en relación con sus presupuestos teórico-metodológicos y crítica en lo que atañe al nivel de teoría o explicación de los fenómenos culturales.

Se aprecia su reivindicación de una teorización explícita y de la formulación de programas de investigación diseñados para comprobar hipótesis o explicaciones alternativas de los datos. Se rechaza, en cambio, su defensa de una objetividad que ignora la intervención de factores «extracientíficos» en el proceso de conocimiento, así como la exigencia por parte de su rama «ley y orden» de unas formulaciones nomotéticas mal entendidas en su origen epistemológico y, consiguientemente, inadecuadas en su articulación arqueológica.

En cuanto a su comprensión de los fenómenos culturales tanto desde posiciones idealistas como materialistas históricas, se critica su desinterés por los contextos específicos que se estudian en cuanto «laboratorio de la evolución cultural» en vez de por su interés intrínseco. Ciertos autores como Trigger justifican por ello su calificación como expresión arqueológica del imperialismo americano posterior a la guerra.

En definitiva, la consideración de la trayectoria histórica de los estudios acerca del pasado pone en evidencia cómo la disyuntiva orientación antropológica/orientación histórica no es en sí misma relevante para una indagación acerca del «objeto» de conocimiento de la

Prehistoria. En cambio, la instrumentación metodológica de dicho conocimiento exige una opción determinista, si se quiere acceder a él de forma intersubjetiva y que su contenido sea susceptible de contraste empírico.

El «Gran Debate» (Klejn, 1977, p. 3) en torno a la determinación o indeterminación de la conducta humana y, en su caso, a la naturaleza de la misma, tiene lugar a mediados de los sesenta, por la reivindicación nomotética de la Nueva Arqueología. Hoy resulta claro que se confundieron los conceptos de «ley fundamental» e «hipótesis corroborada», y por tanto las leyes del proceso cultural, desde el punto de vista epistemológico, aún no están suficientemente formuladas.

La valoración de las cuestiones formales que se acaban de comentar está conectada, a su vez, con el compromiso social y político del historiador. Este puede concebir su trabajo como el acceso a un bloque cerrado de conocimientos o como un instrumento crítico para la transformación de la realidad. La exposición del desarrollo de la Historia ha dejado en evidencia la resistencia opuesta a la única concepción histórica expresamente revolucionaria: el marxismo. De hecho su influencia en la Prehistoria europea estuvo circunscrita y vinculada a las obras de V. Gordon Childe hasta la década de los sesenta. Sólo en los últimos diez años se ha hecho popular, con opciones diversas pero en las que parecen estar teniendo mayor peso las que destacan el papel de ideología y estructura, en lugar del de la economía, como determinante principal.

El marxismo completa el panorama de las opciones deterministas en el estudio del pasado. Dichas opciones combinan los procedimientos inductivos y deductivos y tienen un carácter comparativo universal. Pretenden la elaboración de generalizaciones de naturaleza nomotético-deductiva, probabilística y/o histórica. Como indica Harris, asumen que la cultura es un fenómeno superorgánico que sigue leyes, no queridas por los individuos que participan en la misma sino inherentes a ella. Sus versiones más significativas son, por un lado, el materialismo cultural, la ecología cultural y el materialismo histórico ya aludido y, por el otro, el estructuralismo.

En el aspecto de la causalidad, el margen que se concede a la libertad individual en las diversas alternativas es muy diverso. Las variantes funcionalistas o estructuralistas lo consideran irrelevante en mayor o menor grado (ecología cultural) para el conocimiento de la cultura. En cambio, el materialismo histórico lo hace depender de las contradicciones existentes entre las estructuras que constituyen las

formaciones sociales. La conflictividad consustancial a las mismas deja abierto un ámbito para «el papel creador del individuo en el cambio cultural» y para «la variabilidad y la no conformidad de los individuos a las pautas culturales» (Harris, 1979, p. 259). Sin embargo, se trata de un ámbito delimitado por la naturaleza específica de la formación social y, por lo tanto, bien diferenciado del indeterminismo que el particularismo boasiano sitúa en el núcleo de la cultura.

El factor económico no es, por tanto, el único determinante del proceso histórico sino, según Engels, el que lo define en última instancia. El nivel de desarrollo de las fuerzas productivas pone los límites externos a la posible variación en las relaciones de producción. Se trataría, pues, de una «causalidad negativa», ya que determina prioritariamente lo que no puede suceder frente a lo que tiene que suceder.

La conexión que Marx (1975a, p. 348) establece entre las «formas de conciencia social» y «la estructura económica [...] sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política» a la que corresponden, ha fundamentado las críticas a la objetividad de su lectura del pasado. En realidad, la asunción de que «el sujeto, socialmente condicionado, posee un papel activo en el acto de conocimiento» sólo es objetable desde una concepción absoluta de la objetividad (Linares, 1984, p. 129). Frente a esa «ideología de la ciencia» que le da un carácter «intemporal y universal» (Chalmers, 1984, p. 234) el marxismo señala la historicidad del conocimiento y lo evalúa «investigando sus fines [relacionados con la situación social] y el grado en que es capaz de cumplirlos» (*ibidem*, p. 231). Esto va en contra de la «ideología de la ciencia», pero no supone la adopción correlativa de una posición individualista y relativista. La comprensión del estado de desarrollo de una rama del conocimiento y el dominio de los medios disponibles sería la mejor forma de intentar cambiarlo de forma controlada. A ese respecto, la indagación acerca del «estado de desarrollo» de la Prehistoria tiene un interés doble. Es condición necesaria para su formalización y, además, es un requisito previo a su empleo como instrumento crítico para la transformación de la realidad.

En España, el estudio de la Prehistoria ha combinado un enfoque idealista con la adopción de una metodología positivista. Como sabemos, ello conduce a la subsunción de la Prehistoria teórica en una Arqueología descriptiva y posibilita una amplia especulación subjetiva. La obra de autores como Almagro Basch expresa bien el enfoque clásico de la Prehistoria española.

La idea de cultura corresponde a la que fue definida como «normativa» por los autores funcionalistas de la «Nueva Arqueología»: se concibe como un gran «todo», transmitido a través del tiempo y del espacio por aprendizaje o difusión.

La finalidad de la Prehistoria normativista es la reconstrucción de la historia cultural, explicando las diferencias y semejanzas culturales en términos de factores históricos o psíquicos, y confundiendo la sucesión temporal con la causalidad histórica. La convicción de la naturaleza ateorica de la Prehistoria y el arraigo del «argumento de autoridad» identifican esta metodología normativista con la consustancial a la propia disciplina.

Se llega así a mediados de los setenta a una situación en la que, junto a importantes avances en el terreno empírico, hay un estancamiento teórico.

Esta tendencia continúa como consecuencia del impacto de la «ciencia en Arqueología» debido fundamentalmente a la investigación faunística, paleoambiental y metalográfica de los prehistoriadores alemanes que introducen, además, junto con los paleolitistas franceses, sustanciales mejoras en las excavaciones arqueológicas.

Esta desproporción entre el dispositivo técnico y el teórico se expresa hoy en la multiplicidad de reuniones centradas en el primero y la escasez, por contra, de reflexiones desde el punto de vista de la teoría. A pesar de la traducción y edición de algunas de las obras más significativas de la «Nueva Arqueología», faltan aún estudios de síntesis sobre esta cuestión y, salvo honrosas excepciones, exposiciones programáticas completas de las posiciones defendidas por los distintos investigadores o equipos comprometidos en la renovación metodológica. En consecuencia, el análisis de la situación en los años ochenta se mueve en un margen importante de imprecisión e intuición.

En este contexto, cualquier estructuración de las alternativas a la crisis disciplinar sólo puede tener un valor provisional. Por mi parte, he propuesto la consideración de cuatro alternativas.

La primera de ellas puede definirse, a grandes rasgos, como «nuevo arqueológica». Incluye un enfoque «cientifista» —vinculado con los miembros del departamento de Antropología y Etnología americanas de la Universidad Complutense— y otro de «arqueología económico-social y ambiental». Este último incluye equipos e investigaciones individuales de todo el país, interesados por todos los períodos (desde el Paleolítico a la Protohistoria). Recoge variadas influen-

cias: «arqueología cultural» de enfoque ecológico, escuela de paleoconomía de Cambridge, escuela americana de estudios ambientales, los «nuevos arqueólogos» británicos y el estructuralismo arqueológico. Todas ellas proceden del ámbito científico anglosajón, salvo en el caso de la última, donde también está presente la influencia provocada por la obra de Leroi-Gourhan. Las propuestas de esta segunda vía de la alternativa «nuevo arqueológica» pueden encontrarse también en otras alternativas a la crisis, dado que, muchas veces, tienen un carácter instrumental. Sin embargo, entonces, están insertas en un programa teórico-metodológico global del que el estudio prehistórico concreto es un ejemplo de aplicación.

La segunda opción destinada a dar salida al estancamiento disciplinar consiste en una indagación acerca de los fundamentos teórico-metodológicos de la Prehistoria, desde la Filosofía de la Ciencia. Ha sido emprendida por J. M. Vicent García en el departamento de Prehistoria del Centro de Estudios Históricos del CSIC.

La tercera alternativa, inspirada en la Antropología Cultural estructuralista, ha sido sugerida por el doctor C. Martín de Guzmán desde el departamento de Prehistoria de la Universidad Complutense.

Por último, la cuarta opción está representada por los investigadores materialistas históricos del Colegio Universitario de Jaén y del departamento de Historia de las Sociedades Precapitalistas y Antropología Social de la Universidad Autónoma de Barcelona. Ambos equipos estudian los últimos períodos de la Prehistoria (Calcolítico y Edad del Bronce) y la Protohistoria.

La orientación nomotética de la alternativa «nuevo arqueológica» es la única surgida y desarrollada en un marco institucional. Las propuestas estructural y epistemológica responden a la trayectoria intelectual personal de sus respectivos propugnadores. Su impacto en la comunidad disciplinar depende de sus propios méritos. En cuanto a la opción materialista histórica tiene su origen en el compromiso político de los principales investigadores de cada centro universitario, pero cuenta ahora con la proyección institucional que su implantación académica les proporciona.

La orientación nomotética de la primera alternativa y la segunda se ocupan de los problemas de la investigación científica al nivel más general posible. C. Martín de Guzmán articula, además, un programa a nivel medio. Los equipos marxistas arrancan de ese nivel y emprenden una indagación arqueológica concreta. Como se ha dicho, esta última es la única que se advierte en los trabajos que he incluido

en la «arqueología económico-social y ambiental» Sin embargo, no hay que olvidar que esta forma de concebir la investigación es anti-tética a la tradicional en la medida en que contextualiza el fenómeno humano, condicionándolo a factores ambientales, económicos y/o sociales.

En realidad, la conciencia generalizada de la determinación teórica es la seña de identidad de los intentos renovadores y ello explica la meticulosidad de los nuevos proyectos. En ellos la «Arqueología Espacial» juega un papel fundamental en la configuración del registro, bien a través de la estrategia «hombre-medio» (análisis de captación de recursos), bien «hombre-hombre» (modelo de formación de polígonos Thiessen). Es difícil averiguar en qué medida la elección de una y otra depende de un problema teórico concreto o de las condiciones reales en que tiene que desenvolverse la investigación. En la mayoría de los casos es más factible emprenderla a escala semimicroespacial que macroespacial.

El interés por la «Arqueología Espacial» ha convertido la prospección sistemática superficial en condición previa para su puesta en práctica. Ello unido a su papel fundamental (inventarios arqueológicos) en la política de gestión de recursos culturales de las comunidades autónomas ha dado hoy a esta forma de intervención el predominio que tradicionalmente tuvo la excavación. Estas últimas, por otra parte, tienden a ser extensivas, con las posibilidades que ello tiene para una interpretación global de la formación social.

Otro aspecto identificativo de la sustitución de la perspectiva histórico-cultural por otra de tipo procesual es la pertinencia y «economía» del tipo de colaboración interdisciplinar emprendida. No se trata ya, como en los trabajos de los autores encuadrados en el «Reformismo pragmático», de contar con una larga nómina de especialistas en toda la gama de estudios ambientales o técnicas analíticas posibles. Se busca la integración en los proyectos de los que resultan imprescindibles para el contraste de hipótesis. Incluso se da el caso de que la concepción del conocimiento como un proceso abierto lleva a la inclusión de hipótesis todavía no corroboradas, sugeridas a partir de otras que sí lo están. Desde la perspectiva empirista tradicional puede ser tentadora la descalificación de las conclusiones propuestas en ese marco. Sin embargo, la claridad con la que se expone en qué grado han sido sometidas a prueba deja a salvo la necesaria condición de objetividad.

En cuanto al análisis, las tipologías tradicionales han dejado lugar

a otras con criterios explícitos y jerarquizados, que emplean técnicas complejas de análisis cuantitativo. Su combinación con la experimentación y el recurso a los paralelos etnográficos pertinentes ha permitido la recuperación del potencial de información socio-económica contenido en el registro tecno-tipológico. Lo segundo también es aplicable a la documentación arquitectónica.

La lucidez y sentido crítico que testimonian muchos de estos desarrollos renovadores de la Prehistoria española no han pasado inadvertidos. Se trata, además, de procedimientos y estudios accesibles a la generalidad de los investigadores que, normalmente, se sirven de ellos en su trabajo.

Queda patente así cómo el contexto teórico del prehistoriador y su capacidad de articulación de líneas de investigación imaginativas y susceptibles de control empírico —no el simple recurso a tecnologías o disciplinas nuevas y sofisticadas— son los factores determinantes para lograr una «lectura significativa» del pasado.

Esta conciencia, generalizada entre los sectores más renovadores, se completa con la de que el científico debe salir de su «torre de marfil» y examinar el grado de validez social de su investigación.

Se aúnan de este modo los requisitos para una formalización de la disciplina con el reconocimiento de las implicaciones extracientíficas del estudio del pasado. Esta doble sensibilización y el interés de los resultados ya publicados de las alternativas a la tradición disciplinar permiten abrigar fundadas esperanzas de que su continuidad y ampliación sitúen a la investigación prehistórica española en una posición relevante en el contexto continental europeo en la próxima década. La tarea presente es sentar las bases para que así sea.